

¡Adorada sea la Santa Faz de Nuestro Señor Jesucristo!

**IGLESIA CRISTIANA PALMARIANA
DE LOS CARMELITAS DE LA SANTA FAZ**

Residencia: "Finca de Nuestra Madre del Palmar Coronada", Avenida de Jerez, Nº 51,
41719 El Palmar de Troya, Sevilla, España
Apartado de correos de Sevilla 4.058 — 41.080 Sevilla (España)

Iglesia Una, Santa, Católica, Apostólica y Palmariana



DECIMOCTAVA CARTA APOSTÓLICA

Más consideraciones sobre la muerte.

Las postrimerías, y los medios para una buena muerte.

Llamada para el 12 y 13 de octubre de 2020

Nos, Pedro III, Sumo Pontífice, Vicario de Cristo, Sucesor de San Pedro, Siervo de los siervos de Dios, Patriarca del Palmar de Troya, de Glória Ecclesiæ, Heraldado del Señor Dios de los Ejércitos, Buen Pastor de las almas, Inflamado del Cielo de Elías y Defensor de los Derechos de Dios y de la Iglesia.

En el Santo Evangelio, Nuestro Señor Jesucristo advierte: "Cuando viereis guerras y oyereis rumores de nuevas guerras y de sediciones, no os turbéis... Porque primero se levantará gente contra gente, y reino contra reino; y habrá enfermedades repugnantes y epidemias devastadoras... Y todo esto no será más que el principio de los dolores."

Ahora que estamos en "el principio de los dolores," es el momento en que tenemos que prepararnos bien para todos los sufrimientos que nos esperan en los tiempos apocalípticos, cuando sean derramadas las copas de la ira divina. La sinagoga de Satanás, que es la masonería o antiiglesia, dirige los gobiernos del mundo. Ya sabemos que se infiltró en la iglesia romana para destruirla, y cómo lograron su fin por medio del engaño, diciendo, por ejemplo, que era caritativo dialogar con los herejes y que las falsas religiones eran buenas; y convirtieron la Misa en un banquete luterano bajo el pretexto de fomentar la participación de los fieles. "Al hacerse rigurosamente obligatorio, quedó abolido oficialmente el Santo Sacrificio de la Misa o Sacrificio Perpetuo. Con la implantación del Novus Ordo, los templos o lugares de santificación, fueron abatidos y profanados por los sacrílegos cultos." (Daniel). Además, la masonería "continuó la obra destructiva de manera oficial, y con más intensidad, a través de disposiciones y decretos, falsificando la firma del Papa San Pablo VI, y abusando de su sello; y, en muchas ocasiones, obligándole a firmar mediante drogas y amenazas." (Daniel). Astucias propias de los hijos del diablo, que es el padre de la mentira, las cuales ponen al descubierto la maldad de los satánicos conspiradores, que aspiran a formar un único gobierno mundial bajo la tiranía del diablo.

Pero aún no han terminado su labor. Esos satanistas siguen preparando el tiránico reinado del anticristo. Ahora están instando para que todos los habitantes de la tierra obligatoriamente reciban vacunas. Quizás aquellos ingenuos que en tiempos de San Pablo VI creyeron que aquellos cambios eran para el bien de la Iglesia, creerán que ahora están preocupados por el bien de nuestra salud corporal.

Tengamos en cuenta que el demonio es la 'mona de Dios' y que le imita con la blasfema pretensión de ser igual a Dios. Ya sabéis que pronto llegan los días del Anticristo que pretenderá ser adorado como Dios. Cristo, para preparar su camino, tuvo a su Precursor, San Juan Bautista, que administraba el Bautismo de Penitencia para predisponer mejor a las almas a aceptar el Bautismo de Cristo, llegando a Él purificados y fortalecidos con la justicia imperfecta.

El Anticristo también tiene sus precursores, los cuales están preparando su camino. Ya están dispuestos para administrar la antítesis del Bautismo de Penitencia: el 'bautismo de corrupción' que, en lugar de purificar con el agua limpia que administraba el Bautista, contamina a la gente con inmundicias. Ya lo estamos viendo: severísimos controles de movimiento de personas y producción de materias primas, que están paralizando casi totalmente las economías de todos los países de Occidente; ya están imponiendo la esclavitud a todo el pueblo,

el arresto domiciliario, prohibición de trabajar, empobrecimiento y la vigilancia total, y todo este tiránico despotismo viene en nombre de la ‘democracia’ o gobierno del pueblo. La gente pronto estará clamando por el remedio que les permita la libertad de trabajar y viajar, y hasta de comprar o vender: eso será la vacuna. No podemos fiarnos de los satanistas; al igual que su padre, son enemigos de la humanidad y procuran la perdición de las almas. ¿Por qué quieren inyectar componentes repulsivos en cada ser humano? ¿Será quizás como un sacramento satánico para mejor predisponer al pueblo a aceptar más tarde la infame ‘marca de la bestia’?

Debemos reconocer que, por ser los únicos miembros de la Santa Iglesia, los palmarianos tenemos una misión importante que cumplir en medio del cataclismo. Nuestra responsabilidad es grande, porque Dios nos ha dado lo más grandioso que existe, su divina Gracia, y con justicia exige mucho de nosotros. Exige amor, fidelidad, oración y penitencia, y el fiel cumplimiento de los Mandamientos. Tenemos que aplacar la Ira divina, hacer reparación por los pecados, y dedicarnos especialmente a procurar la eterna salvación de los incontables pobres pecadores que pronto tendrán que presentarse en el tribunal de Dios para recibir su sentencia eterna.



Llegan tiempos de mucha mortandad, y por eso volvemos a hablaros de la preparación para la muerte, como una continuación de lo que os dijimos en nuestra Decimoséptima Carta Apostólica.

Recordad lo que dijo el Papa San Gregorio XVII Magnífico: “Nos, declaramos como Doctor Universal de la Iglesia, que estamos en los Últimos Tiempos, que estamos en los Tiempos Apocalípticos, que las últimas trompetas están sonando, que están próximos los últimos sellos y las copas de la Ira Divina. También, está próximo el reinado universal del Anticristo. También, está próximo el Retorno de Cristo, el cual, con su divino soplo, destruirá al Anticristo. Viviremos unos tiempos terribles y oscuros; pero, no tengamos

miedo, pues Cristo ha dicho que estará con su Iglesia asistiéndola hasta la consumación de los siglos.”

Del inefable bien de la gracia divina y del gran mal de la enemistad con Dios: Quien sabe apartar lo precioso de lo vil es conforme a Dios, que sabe desechar el mal y escoger el bien. Veamos cuán grande bien es la gracia divina, y qué mal inmenso la enemistad con Dios. No conocen los hombres el valor de la divina gracia. De aquí que la cambien por naderías, por humo ligero, por un poco de tierra, por un irracional deleite. Y, sin embargo, es un tesoro de infinito valor que nos hace dignos de la amistad de Dios, de suerte que el alma que está en gracia es regalada amiga del Señor.

Los paganos, privados de la luz de la fe, creían cosa imposible que la criatura pudiera tener amistad con Dios; y hablando según el dictamen de su corazón, no se equivocaban, porque la amistad, como dice San Jerónimo, hace iguales a los amigos. Pero Dios ha declarado en varios lugares que por medio de su gracia podemos hacernos amigos suyos si observamos y cumplimos su ley: “Vosotros sois mis amigos, mientras hicieréis las cosas que Yo os mando.” Por lo que exclama San Gregorio: “¡Oh bondad de Dios! No merecíamos ni aun ser llamados siervos suyos, y Él se digna llamarnos sus amigos.”

¡Cuán afortunado se estimaría el que tuviese la dicha de ser amigo de su rey! Mas si en un vasallo fuera temeridad pretender la amistad de su príncipe, no lo es que un alma sea amiga de su Dios. Refiere San Agustín que hallándose dos cortesanos del emperador en un monasterio, uno de ellos comenzó a leer la vida de San Antonio Abad, y conforme leía se le iba desasiendo el corazón de los afectos mundanos de tal modo, que hablaba así a su compañero: “Amigo, ¿qué es lo que buscamos? Sirviendo al emperador, lo más que podremos pretender es el conseguir su amistad. Y aunque a tanto llegásemos, expondríamos a grave peligro la eterna salvación. Con harta dificultad lograríamos ser sus amigos. Mas si quiero ser amigo de Dios, ahora mismo puedo serlo.”

El que está, pues, en gracia, amigo del Señor es. Y aun mucho más porque se hace hijo de Dios. Tal es la inefable dicha que nos alcanzó el divino amor por medio de Jesucristo. “Mirad el tierno amor que ha tenido hacia nosotros el Padre Celestial, al querer que seamos hijos suyos, y que nuestro nombre sea el de hijos de Dios.” (1 Juan).

El alma que está en gracia es también esposa del Señor. Por eso el padre del hijo pródigo, al acogerle y recibirle de nuevo, le dio el anillo en señal de desposorio. Esa alma venturosa es, además, templo del Espíritu Santo. Santa María de Oignies vio salir a un demonio del cuerpo de un niño que recibía el bautismo, y notó que entraba en el nuevo cristiano el Espíritu Santo rodeado de ángeles.

Cuando tu alma, para dicha tuya, está en gracia de Dios, es su templo y amiga, hija y esposa de Dios. Mas si pecas gravemente lo pierdes todo, y eres enemigo de Dios y esclavo del infierno. Con profunda gratitud considera que Dios te da tiempo de recuperar su gracia si no la tienes, y ámale sobre todas las cosas, porque lo importante es que Dios reine en ti con su gracia, y que sólo a Dios sirvas, sólo a Dios ames y por Dios vivas.

Dice Santo Tomás de Aquino que el don de la Gracia excede a todos los dones que una criatura puede recibir, puesto que la gracia es participación de la misma naturaleza divina. Y antes había dicho San Pedro que

Dios nos dio las gracias para que “fuéramos partícipes de la naturaleza divina.” ¡Tanto es lo que por su Pasión mereció nuestro Señor Jesucristo! Él nos comunicó en cierto modo el esplendor que de Dios Padre había recibido; de manera que el alma que está en Gracia se une con Dios íntimamente y, como dijo el Redentor, en ella viene a habitar la Trinidad Santísima.

Tan hermosa es un alma en estado de gracia, que el Señor se complace en ella y la elogia amorosamente: “¡Qué hermosa eres, Esposa mía, qué hermosa eres!” Diríase que el Señor no sabe apartar sus ojos de un alma que le ama ni dejar de oír cuanto le pida. Decía Santa Brígida que nadie podría ver la hermosura de un alma en gracia sin que muriese de gozo. Y Santa Catalina de Siena, al contemplar un alma en tal feliz estado, dijo que preferiría dar su vida a que aquella alma hubiese de perder tanta belleza. Por eso la Santa besaba la tierra por donde pasaban los Sacerdotes, considerando que por medio de ellos recuperaban las almas la gracia de Dios.

¡Y qué tesoro de merecimientos puede adquirir un alma en estado de gracia! En cada instante le es dado merecer la gloria; pues, como dice Santo Tomás, cada acto de amor hecho por tales almas merece la vida eterna. ¿Por qué envidiar, pues, a los poderosos de la tierra? Si estamos en gracia de Dios podemos continuamente conquistar harto mayores grandezas celestiales.

En su ‘Menologio’ de las vidas de miembros de su Orden muertos con fama de santidad, refiere el Padre Patrignani que un hermano coadjutor de la Compañía de Jesús se apareció después de su muerte y reveló que se había salvado, así como San Felipe II rey de España, y que ambos gozaban ya de la gloria eterna; pero que cuanto menor había él sido en el mundo comparado con el rey, tanto más alto era su lugar en el Cielo.

Sólo el que la disfruta puede entender cuán suave es la paz de que goza, aún en este mundo, un alma que está en gracia. Así lo confirman las palabras del salmo: “Gozan de mucha paz los que aman tu Ley.” La paz que nace de esa unión con Dios excede a cuantos placeres pueden dar los sentidos en el mundo.

Jesús es el Buen Pastor que se dejó crucificar por dar la vida a sus ovejas. Cuando huías de Él, te buscaba con amorosa diligencia, para concederte de nuevo su gracia, que perdiste míseramente por tu culpa.

Consideremos ahora el infeliz estado de un alma que se halla en desgracia de Dios. Está apartada de su Bien Sumo, que es Dios: de suerte que ella ya no es de Dios, ni Dios es ya suyo. Y no solamente no la mira como suya, sino que la aborrece.

No detesta el Señor a ninguna de sus criaturas, ni a las fieras, ni a los reptiles, ni al más vil insecto. Mas no puede dejar de aborrecer al pecador; porque siendo imposible que no odie al pecado, enemigo en absoluto contrario a la divina voluntad, debe necesariamente aborrecer al pecador unido con la voluntad al pecado. Dice el Salmo: “Tú eres Dios de Bondad y aborreces la iniquidad... Tú aborreces a todos los que obran iniquidad.”

¡Oh Dios mío! Si alguno tiene por enemigo a un príncipe del mundo, apenas puede reposar tranquilo, temiendo a cada instante la muerte. Y el que sea enemigo de Dios, ¿cómo puede tener paz? De la ira de un rey se puede huir ocultándose o emigrando a algún otro lejano reino; pero ¿quién puede sustraerse de las manos de Dios? Si subiere al Cielo, allí está; si descendiere al infierno, está allí con su justicia. Dondequiera que vaya, la mano divina llegará hasta el pecador.

¡Desventurados pecadores! Malditos son de Dios, malditos de los ángeles y malditos de los Santos. Además, estar en desgracia de Dios lleva consigo la pérdida de todos los méritos.

Aunque hubiese merecido un hombre tanto como un San Pablo Eremita, que vivió noventa y ocho años en una cueva; tanto como un San Francisco Javier que, según San Alfonso María de Ligorio, conquistó para Dios diez millones de almas; tanto como San Pablo, el gran Apóstol de los gentiles, si aquél cometiera un solo pecado mortal, lo perdería todo; ¡tan grande es la ruina que produce el incurrir en desgracia del Señor!

De hijo de Dios, se convierte el pecador en esclavo de Satanás; de amigo predilecto se trueca en odioso enemigo; de heredero de la gloria, en merecedor del infierno. Decía San Francisco de Sales que si los ángeles pudieran llorar, al ver la desdicha de un alma que cometiendo un pecado mortal pierde la divina gracia, los ángeles llorarían, compadecidos.

Pero la mayor desventura consiste en que, aunque los ángeles llorarían si pudieran llorar, el pecador no llora. El que pierde un caballo o una oveja, dice San Agustín, no come, no descansa, gime y se lamenta. Pero si pierde la gracia de Dios, ¡come y duerme y no se queja!

Dios, para hacerte digno de su gracia, pasó treinta y tres años de trabajos y dolores, y tú, quizás, en un instante, por un momento de envenenado placer, la has despreciado y perdido sin reparo. Ahora te da tiempo de recuperar la gracia si de veras lo deseas.

Dios, que condenó a todo el género humano a sufrir la muerte, nos ha ocultado el momento y la hora de ella, para que procuremos vivir santamente todos los días de nuestra vida, y así merezcamos una muerte dichosa, abrasados en su divino amor.

Locura del pecador: San Juan de Ávila decía que en el mundo debiera haber dos grandes cárceles: una para los que no tienen fe, y otra para los que, teniéndola, viven en pecado y alejados de Dios. A estos, añadía, les conviniera la casa de locos. Mas la mayor desdicha de estos miserables consiste en que, con ser los más ciegos e insensatos del mundo, se tienen por sabios y prudentes. Y lo peor es que su número es grandísimo: “el número de los necios es incalculable” (Eclesiastés). San Gregorio XVII lo explica: “No todos se salvan, porque no todos se acogen a la obra salvífica de la reparación y redención de Cristo y María realizada en la Cruz del Calvario. No todos se acogen, desgraciadamente. Son muchos, y muchos, y muchos, y muchos, los hombres que están en el fuego eterno del infierno. ¡Pobres necios!”

Hay quien enloquece por las honras y el poder; otros, por los placeres; no pocos, por las naderías de la tierra. Y luego se atreven a tener por locos a los Santos, que menospreciaron los vanos bienes del mundo para conquistar la salvación eterna y el Sumo Bien, que es Dios. Llamen locura el abrazar los desprecios y perdonar las ofensas; locura el privarse de los placeres sensuales y preferir la mortificación; locura renunciar las honras y riquezas y amar la soledad, la vida humilde y escondida. Pero no advierten que a esa su sabiduría mundana la llama Dios necedad (1 Corintios): “¿No es verdad que para Dios es necedad la sabiduría mundana?” La sabiduría de este mundo es locura ante Dios.

¡Ah! Algún día confesarán y reconocerán su demencia. ¿Cuándo? Cuando ya no haya remedio posible y tengan que exclamar, desesperados: “¡Infelices de nosotros, que reputábamos por locura la vida de los Santos! Ahora comprendemos que los locos fuimos nosotros. ¡Ellos se cuentan ya en el dichoso número de los hijos de Dios y comparten la suerte de los bienaventurados, que eternamente les durará y los hará por siempre felices, mientras que nosotros somos esclavos del demonio y estamos condenados a arder en esta cárcel de tormentos por toda la eternidad! ¡Nos engañamos, pues, por haber querido cerrar los ojos a la divina luz, y nuestra mayor desventura es que el error no tiene ni tendrá remedio mientras Dios sea Dios!”

¡Qué inmensa locura es, por tanto, perder la gracia de Dios a trueque de un poco de humo, de un breve deleite! ¿Qué no hace un vasallo para alcanzar la gracia de su príncipe? Y, ¡oh Dios mío!, por una vil satisfacción perder el Sumo Bien, perder la gloria, perder también la paz de esta vida, haciendo que el pecado reine en el alma y la atormente con sus perdurables remordimientos. ¡Perderlo todo, y condenarse voluntariamente a interminable desventura!

¿Te entregarías a aquel placer ilícito si supieras que luego habrían de quemarte una mano o encerrarte por un año en una tumba? ¿Cometerías tal pecado si, al cometerle, perdieras tu dinero? Y, con todo, tienes fe y crees que pecando perderás el Cielo, perderás a Dios y serás condenado al fuego eterno. ¿Cómo te atreves a pecar?

¿Qué sería de ti ahora, pobre pecador, si Dios no hubiera tenido tanta misericordia? Quizás te hallarías en el infierno, donde están los insensatos cuyas huellas seguiste. Da gracias al Señor, y suplícale que no te abandone en tu ceguera, como bien lo merecías. Nuestro Salvador quiere acogerte como a hijo suyo, aunque no seas digno de que te llame ‘hijo’, porque le has ultrajado descaradamente. Mas, se complace en buscar la oveja perdida y en abrazar a los hijos extraviados.

¡Infortunados pecadores! Se afanan y aplican en adquirir la ciencia mundana y en procurarse los bienes de esta vida, que en breve plazo ha de acabarse, y olvidan los bienes de aquella otra vida que no ha de acabar jamás.

De tal manera pierden el juicio, que no solamente son locos, sino que se reducen a la condición de brutos; porque viviendo como irracionales, sin considerar lo que es el bien ni el mal, siguen solamente al instinto de las inclinaciones sensuales, se entregan a lo que inmediatamente agrada a la carne y no atienden a la pérdida y eterna ruina que se acarrearán. Esto no es proceder como hombre, sino como bestia.

“Llamamos hombre,” dice San Juan Crisóstomo, “a aquél que conserva la imagen esencial del ser humano.” Pero ¿cuál es tal imagen? El ser racional. Ser hombre es, por consiguiente, ser racional, o sea, obrar con arreglo a la razón, no según el apetito sensitivo. Si Dios diese a una bestia el uso de razón y ella conforme a la razón obrase, diríamos que procedía como hombre. Y, al contrario, cuando el hombre procede con arreglo a los sentidos, contra la razón, debe decirse que obra como bestia.

¡Ah, si tuviesen sabiduría e inteligencia y previesen las postrimerías! El hombre que se guía en sus obras razonablemente prevé lo futuro, es decir, lo que ha de acaecerle al fin de la vida: la muerte, el juicio y, después, el infierno o la gloria. ¡Cuánto más sabio es un rústico que se salva que un monarca que se condena! Mejor es un mozo pobre y sabio, que rey viejo y necio que no sabe prever lo venidero.

¡Oh Dios! ¿No tendríamos por loco al que, para ganar un céntimo en seguida, arriesgase el perder toda su hacienda? Pues el que a trueque de un breve placer pierde su alma y se pone en peligro de perderla para siempre, ¿no ha de ser tenido por loco? Tal es la causa de que se condenen muchísimas almas, atender no más



que a los bienes y males presentes y no pensar en los eternos. Por eso San Pablo decía: “Si no creyésemos en la resurrección de los muertos, tendríamos que decir como los que nada esperan en la otra vida: ‘Comamos y bebamos, que mañana moriremos.’” (1 Corintios).

Dios no nos ha puesto en la tierra para que nos hagamos ricos ni para que busquemos honras o satisfagamos los sentidos, sino para que nos procuremos la vida eterna. Y el alcanzar tal fin es lo único que debe interesarnos: “Una sola cosa es necesaria.”

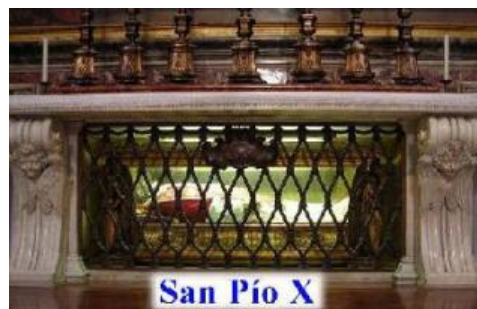
Pero los pecadores desprecian este fin y, pensando no más que en lo presente, caminan hacia el término de la vida, se van acercando a la eternidad y no saben a dónde se dirigen. “¿Qué dirías de un piloto,” dice San Agustín, “a quien se preguntara a dónde va, y respondiese que no lo sabe? Todos dirían que lleva la nave a su perdición. Tales son esos sabios del mundo que saben ganar haciendas, darse a los placeres, conseguir altos cargos, y no aciertan a salvar sus almas.”

Sabio del mundo fue Alejandro Magno, que conquistó innumerables reinos; pero al poco tiempo murió, y se condenó para siempre. Sabio fue el Epulón, que supo enriquecerse; pero murió y fue sepultado en el infierno. Sabio de ese modo fue Enrique VIII, que acertó a mantenerse en el trono, a pesar de su rebelión contra la Iglesia. Pero al fin de sus días reconoció que había perdido su alma, y exclamó: “¡Todo lo hemos perdido!” ¡Cuántos desventurados gimen ahora en el infierno! “¡Ved,” dicen, “cómo todos los bienes del mundo pasaron para nosotros como una sombra, y ya no nos quedan más que perdurable dolor y eterno llanto!”

“Dios respeta la libertad humana dada por Él, para que el hombre elija entre el bien o el mal, entre la vida eterna o la muerte eterna; y tanto el justo como el pecador, serán juzgados según el justo juicio de Dios, y sentenciados a destinos opuestos.” (Eclesiástico). El hombre tiene ante sí la vida y la muerte; lo que más le guste, lo que elija, le será dado. ¡Oh cristiano! Delante de ti se hallan la vida y la muerte, es decir, la voluntaria privación de las cosas ilícitas para ganar la vida eterna, o el entregarse a ellas y a la eterna muerte. ¿Qué dices? ¿Qué escoges? Procede como hombre, no como bruto. Elige como cristiano que tiene fe y que dice: “¿Qué aprovecha al hombre si ganare todo el mundo, y luego perdiera su alma?” (Evangelio).

Dios te dio la razón, la luz de la fe, y con todo, cuántas veces has obrado como un irracional, trocando su divina gracia por los viles placeres mundanos, que se disiparon como el humo, dejándote sólo remordimientos de conciencia y deudas con la divina justicia. ¡Qué dicha sería morir de dolor y contrición profunda, para ir al Cielo y ensalzar allí la infinita misericordia de Dios!

Penetrémonos bien de que el verdadero sabio es el que sabe alcanzar la divina gracia y la gloria, y roguemos al Señor nos conceda la ciencia de los Santos, que Él da a cuantos se la piden. ¡Qué hermosísima ciencia la de saber amar a Dios y salvar nuestra alma!, o sea, la de acertar a escoger el camino de la eterna salvación y de los medios para conseguirla. El tratado de salvación es, sin duda, el más necesario de todos. Si lo supiéramos todo, menos salvarnos, de nada nos serviría nuestro saber; seríamos para siempre infelices.



Mas, al contrario, eternamente seremos venturosos si sabemos amar a Dios, aunque ignoremos todas las demás cosas, como decía San Agustín.

Cierto día, fray Gil decía a San Buenaventura: “Dichoso vos, Padre Buenaventura, que sabéis tantas cosas. Yo, pobre ignorante, nada sé. Sin duda podréis llegar a ser más santo que yo.” “Persuadíos,” respondió el Santo, “de que si una pobre vieja ignorante sabe amar a Dios mejor que yo, será más santa que yo.” Al oír esto, exclamó a voces el santo fray Gil:

“¡Oh pobre viejecilla, sabe que si amas a Dios puedes ser más santa que el Padre Buenaventura!”

“¡Cuántos rústicos hay,” dice San Agustín, “que no saben leer, pero saben amar a Dios y se salvan, y cuántos doctos del mundo se condenan!” ¡Oh, cuán sabios fueron un San Pascual, un San Félix, capuchinos; un San Juan de Dios, aunque ignorantes de las ciencias humanas! ¡Cuán sabios todos aquellos que, apartándose del mundo, se encerraron en los claustros o vivieron en desiertos, como un San Benito, un San Francisco de Asís, un San Luis de Tolosa, que renunció al trono! ¡Cuán sabios tantos mártires y vírgenes que renunciaron honores, placeres y riquezas para morir por Cristo!

Aun los mismos mundanos conocen esta verdad, y alaban y llaman dichoso al que se entrega a Dios y entiende del negocio de la salvación del alma. En suma: a los que abandonan los bienes del mundo para darse a Dios se les llama hombres ‘desengañados’; pues ¿cómo deberemos llamar a los que dejan a Dios por los bienes del mundo? Hombres ‘engañados’.

¿De cuál número de esos quisieras ser tú? Para elegir con acierto nos aconseja San Juan Crisóstomo que visitemos los cementerios. Gran escuela son los sepulcros para conocer la vanidad de los bienes de este mundo y para aprender la ciencia de los Santos. “Decidme,” dice el Santo: “¿Sabrías distinguir allí al príncipe del noble o del letrado? Yo nada veo, sino podredumbre, huesos y gusanos.” Todas las clases del mundo pasarán en

breve, se disiparán como fábula, sueños y sombras. Hubo un cementerio que tenía puesto un cartel que decía: “Nosotros, los huesos aquí yacentes, esperamos los tuyos.”

Mas si tú, cristiano, quieres adquirir la verdadera sabiduría, no basta que conozcas la importancia de tu fin, sino que es menester usar de los medios establecidos para conseguirlo. Todos querían salvarse y santificarse, pero como no emplean los medios convenientes, no se santifican, y se condenan. Preciso es huir de las ocasiones de pecar, frecuentar los Sacramentos, hacer oración y, sobre todo, grabar en el corazón esta y otras análogas máximas del Evangelio: “¿Qué aprovecha al hombre si ganare todo el mundo, y luego perdiera su alma?”

O sea, conviene hasta perder la vida, si fuere necesario, para salvar el alma. “Si alguno quiere venir en pos de Mí, niéguese a sí mismo.” Para seguir a Cristo es menester negar al amor propio las satisfacciones que exige. Nuestra salvación se funda en el cumplimiento de la divina voluntad.

Reconoce tu pasada locura para que la llores, y aprecies y ames la bondad infinita que se compadece de ti. Jesús, que dio su Sangre para redimirte, no quiere que vuelvas a ser, como quizás has sido, esclavo del mundo. Arrepíentete y reprueba todos los momentos en que tu voluntad consintió en el pecado, y abrázate con la voluntad santísima de Dios, que sólo te desea el bien. Confía en María Santísima, y que Ella te alcance fuerza para cumplir y poner por obra cuanto agrade a Dios, y hacer que mueras antes que te opongas a su voluntad.

Vida infeliz de pecadores y vida dichosa del que ama a Dios: “Gozan de mucha paz los que aman tu Ley.” (Salmo). Se afanan en esta vida todos los hombres para hallar la paz. Trabajan el mercader, el soldado, el litigante, porque piensan que con la hacienda, el lauro merecido o el pleito ganado obtendrán los favores de la fortuna y alcanzarán la paz. Mas, ¡ah, pobres mundanos, que buscáis en el mundo la paz que no puede daros! Dios sólo puede dárosla. Pidamos a Dios que dé a sus siervos aquella paz que el mundo no puede dar.

No, no puede el mundo, con todos sus bienes, satisfacer el corazón del hombre, porque el hombre no fue creado para este linaje de bienes, sino únicamente para Dios; de suerte que sólo en Dios puede hallar ventura y reposo.

El ser irracional, creado para la vida de los sentidos, busca y encuentra la paz en los bienes de la tierra. Dad a un jumento un haz de hierba; dad a un perro un trozo de carne, y quedarán contentos, sin desear cosa alguna. Pero el alma, creada para amar a Dios y unirse a Él, no halla su paz en los deleites sensuales; Dios únicamente puede hacerla plenamente dichosa. Por eso, no hay paz para los impíos.

Aquel rico de que habla el Evangelio, había recogido de sus campos ubérrima cosecha, y se decía a sí mismo: “Alma, muchos bienes tienes almacenados para muchísimos años; descansa, come, bebe, ten banquetes.” Mas este infeliz rico fue llamado necio, y con harta razón, dice San Basilio. “¡Desgraciado!,” exclamó el santo, “¿Acaso tienes el alma de un cerdo, o de otra bestia, y pretendes contentarla con beber y comer, con los deleites sensuales?”

El hombre, escribe San Bernardo, podrá hartarse, mas no satisfacerse con los bienes del mundo. El mismo Santo, comentando aquel texto del Evangelio: “He aquí que nosotros todo lo hemos dejado”, dice que ha visto muchos locos con diversas locuras. Todos, añade, padecían hambre devoradora; pero unos se saciaban con tierra, emblema de los avaros; otros con aire, figura de los vanidosos; otros alrededor de la boca de un horno, atizaban las fugaces llamas, representación de los iracundos; aquéllos, por último, símbolo de los deshonestos, en la orilla de un fétido lago bebían sus corrompidas aguas. Y dirigiéndose después a todos, les dice el Santo: “¿No veis, insensatos, que todo eso antes os acrecienta que os extingue el hambre?”

Los bienes del mundo son bienes aparentes, y por eso no pueden satisfacer el corazón del hombre; así, el avaro, cuanto más atesora, más quiere atesorar, dice San Agustín. El deshonesto, cuanto más se hunde en el cieno de sus placeres, mayor amargura y, a la vez, más terribles deseos siente, ¿y cómo podrá quietarse su corazón con la inmundicia sensual?

Lo propio sucede al ambicioso, que aspira a saciarse con el humo sutil de vanidades, poder y riquezas; porque el ambicioso más atiende a lo que le falta que a lo que posee. Alejandro Magno, después de haber conquistado tantos reinos, se lamentaba por no haber adquirido el dominio de otras naciones.

Si los bienes terrenos bastasen para satisfacer al hombre, los ricos y los monarcas serían plenamente venturosos; pero la experiencia demuestra lo contrario. Lo afirma Salomón, que asegura que no había negado nada a sus deseos, y, con todo, exclama: “Vanidad de vanidades, todo es vanidad”; es decir, cuanto hay en el mundo es mera vanidad, mentira, locura.

¿Qué te han dejado las ofensas que hiciste a Dios, sino amargas y penas y merecimientos para el infierno? El dolor que por ello sientas no debe abrumarte, antes bien, debe consolar y aliviarte, porque es un don de la gracia, que va unido a la esperanza de que Dios ha de perdonarte. Lo que debe afligirte es lo mucho que le has injuriado a Dios, tu Redentor, que tanto te ha amado. Qué pena haber ofendido a Dios, Bondad infinita, y qué dicha sería morir de pura contrición.

Además, dice Salomón que los bienes del mundo son, no solamente vanidades que no satisfacen el alma, sino penas que la afligen. Los desdichados pecadores pretenden ser felices con sus culpas, pero no consiguen más que amarguras y remordimientos. No hay nada de paz ni reposo para los impíos.

Primeramente, el pecado lleva consigo el temor profundo de la divina venganza; pues así como el que tiene un poderoso enemigo no descansa ni vive con quietud, ¿cómo podrá el enemigo de Dios reposar en paz? Pensar en Dios causa espanto para los que obran mal.

Cuando la tierra tiembla o el trueno retumba, ¿cómo teme el que se halla en pecado! Hasta el suave movimiento de las ramas en la sombra, a veces, la llena de pavor. Huye sin ver quien le persigue, porque su propio pecado corre en pos de él. Mató Caín a su hermano Abel, y exclamó luego: “Cualquiera que me hallare me matará.” Y aunque el Señor le aseguró que nadie le dañaría, Caín, dice la Escritura, anduvo siempre “errante y fugitivo.” ¿Quién perseguía a Caín, sino su pecado?

Va, además, siempre la culpa unida al remordimiento, ese gusano roedor que jamás reposa. Acude el pobre pecador a banquetes, festejos o comedias, mas la voz de la conciencia sigue diciéndole: “Estás en desgracia de Dios; si murieses, ¿a dónde irás?” Es pena tan angustiada el remordimiento, aun en esta vida, que algunos desventurados, para librarse de él, se dan a sí mismos la muerte.

Tal fue Judas, que, como es sabido, se ahorcó, desesperado. Y se cuenta de otro criminal que, habiendo asesinado a un niño, tuvo tan horribles remordimientos, que para acallarlos se hizo religioso; pero ni aun en el claustro halló la paz, y corrió ante el juez a confesar su delito, por el cual fue condenado a muerte.

¿Qué es un alma privada de Dios, sino un mar tempestuoso? Si alguno fuese llevado a un festín, baile o concierto, y le tuviesen allí atado de pies y manos con opresoras ligaduras, ¿podría disfrutar de aquella diversión? Pues tal es el hombre que vive entre los bienes del mundo sin poseer a Dios. Podrá beber, comer, danzar, ostentar ricas vestiduras, recibir honores, obtener altos cargos y dignidades, pero no tendrá paz. Porque la paz sólo de Dios se obtiene, y Dios la da a los que le aman, no a sus enemigos.

Los bienes de este mundo, dice San Vicente Ferrer, están por de fuera, no entran en el corazón. Llevará, tal vez, aquel pecador bordados vestidos y anillos de diamantes, tendrá espléndida mesa; pero su pobre corazón se mantendrá colmado de hiel y de espinas. Y así, veréis que entre tantas riquezas, placeres y recreos vive siempre inquieto, y que por el menor obstáculo se impacienta y enfurece como perro rabioso.

El que ama a Dios se resigna y conforma en las cosas adversas con la divina voluntad, y halla paz y consuelo. Mas esto no lo puede hacer el que es enemigo de la voluntad de Dios; y por eso no halla camino de quietarse.

Sirve el desventurado al demonio, tirano cruel, que le paga con afanes y amarguras. Así se cumple siempre que los que se niegan a servir con gozo al Señor su Dios, servirán a su enemigo con hambre y con sed, y con desnudez, y con todo género de penuria. ¡Cuánto no padece aquel vengativo después de haberse vengado! ¡Cuánto aquel deshonesto apenas logra sus designios! ¡Cuánto los ambiciosos y los avaros! ¡Oh si padecieran por Dios lo que por condenarse padecen, cuántos serían santos!

¡Oh tiempo que perdiste tú! Si hubieras padecido por servir a Dios, los afanes y trabajos que padeciste ofendiéndole, ¡cuántos méritos para la gloria tendrías ahora reunidos! ¿Ah, por qué abandonaste a Dios y perdiste su gracia? Por breves y envenenados placeres, que, apenas disfrutados, desaparecieron y te dejaron el corazón lleno de heridas y de angustias. Mira la vileza de los bienes que te ofrece el demonio para lograr que pierdas la gracia. Maldice y detesta esos pecados mil veces; y bendice la misericordia del Señor, que con tanta paciencia te ha sufrido.

Puesto que todos los bienes y deleites del mundo no pueden satisfacer el corazón del hombre, ¿quién podrá contentarlo? Sólo Dios. El corazón humano va siempre buscando bienes que le satisfagan. Alcanza riquezas, honras o placeres, y no se satisface, porque tales bienes son finitos, y él ha sido creado para el infinito bien. Mas si halla y se une a Dios, se aquieta y consueta y no desea ninguna otra cosa.

San Agustín, mientras se atuvo a la vida sensual, jamás halló paz; pero cuando se entregó a Dios, confesaba y decía al Señor: “Ahora conozco, ¡oh Dios!, que todo es dolor y vanidad, y que en Vos sólo está la verdadera paz del alma.” Y así, maestro por experiencia propia, escribía: “¿Qué buscas, hombrezuelo, buscando bienes? Busca el único Bien, en el cual se encierran todos los demás.”

El rey David, después de haber pecado, iba a cazar a sus jardines y a banquetes, y a todos los placeres de un monarca. Pero los festines y florestas y las demás criaturas de que disfrutaba le decían a su modo: “David, ¿quieres hallar en nosotros paz y contento? Nosotros no podemos satisfacerte. Busca a tu Dios, que únicamente Él te puede satisfacer.” Y por eso David gemía en medio de sus placeres, y exclamaba: “Mis lágrimas son mi pan día y noche, mientras mis enemigos me afligen diciéndome: ‘¿Dónde está tu Dios en quien tanto confías?’”

Y, al contrario, ¡cómo sabe Dios contentar a las almas fieles que le aman! San Francisco de Asís, que todo lo había dejado por Dios, hallándose descalzo, medio muerto de frío y de hambre, cubierto de andrajos, mas con sólo decir: “Mi Dios y mi todo”, sentía gozo inefable y celestial.

San Francisco de Borja, en sus viajes de religioso, tuvo que acostarse muchas veces en un montón de paja, y experimentaba consolación tan grande, que le privaba del sueño. De igual manera, San Felipe Neri, desasido y libre de todas las cosas, no lograba reposar por los consuelos que Dios le daba en tanto grado, que decía el Santo: “Jesús mío, dejadme descansar.”

El Padre jesuita Carlos de Lorena, de la casa de los príncipes de Lorena, a veces danzaba de alegría al verse en su pobre celda. San Francisco Javier, en sus apostólicos trabajos de la India, se descubría el pecho, exclamando: “¡Basta, Señor!, no más consuelo, que mi corazón no puede soportarlo.” Santa Teresa decía que da mayor contento una gota de celestial consolación que todos los placeres y esparcimientos del mundo. Y en verdad, el Señor no puede faltar a sus promesas, y Él ofreció dar, aun en esta vida, a los que dejen por su amor los bienes de la tierra, el céntuplo de paz y de alegría.

¿Qué vamos, pues, buscando? Busquemos a Jesucristo, que nos llama y dice: “Venid a Mí todos los que estáis fatigados y agobiados, que Yo os aliviaré.” El alma que ama a Dios encuentra esa paz que excede a todos los placeres y satisfacciones que el mundo y los sentidos pueden darnos.

Verdad es que en esta vida aun los Santos padecen; porque la tierra es lugar de merecer, y no se puede merecer sin sufrir; pero, como dice San Buenaventura, el amor divino es semejante a la miel, que hace dulces y amables las cosas más amargas. Quien ama a Dios, ama la divina voluntad, y por eso goza espiritualmente en las tribulaciones, porque abrazándolas sabe que agrada y complace al Señor.

¡Oh Dios mío! Los pecadores menosprecian la vida espiritual sin haberla probado. Consideran únicamente, dice San Bernardo, las mortificaciones que sufren los amantes de Dios y los deleites de que se privan; mas no ven las inefables delicias espirituales con que el Señor los regala y acaricia. ¡Oh, si los pecadores gustasen la paz de que disfruta el alma que sólo ama a Dios! “Gustad, y ved,” dice David, “cuán suave es el Señor.”

Comienza, pues, a hacer la diaria meditación, a comulgar con frecuencia, a visitar devotamente al Santísimo Sacramento; comienza a dejar el mundo y a entregarte a Dios, y verás cómo el Señor te da, en el poco tiempo que le consagres, consuelos mayores que los que el mundo te dio con todos sus placeres. “Probad y veréis.” El que no lo prueba no puede comprender cómo Dios contenta a un alma que le ama.

¡Oh cuán ciego fuiste si te apartaste de tu Redentor, Sumo Bien y fuente de todo consuelo, y te entregaste a los pobres y deleznales placeres del mundo! Tu ceguera debe asombrarte; pero aún más su misericordia, y cómo no ha omitido nada para que tú le amases y para mostrar cuánto anhela tu amor. Sea gloria de su omnipotencia hacer que tu corazón, antes cautivo de terrenales afectos, arda desde ahora en amor a Dios.

Los malos hábitos: Una de las mayores desventuras que nos acarreó la culpa de Adán es nuestra propensión al pecado. De ello se lamentaba el Apóstol, viéndose movido por la concupiscencia hacia el mismo mal que él aborrecía: “Lo bueno que quiero, no lo hago; mas, lo malo que no quiero, sí lo hago. Y si hago lo que no quiero, es movido por la ley del pecado o ley de la carne que habita en mí.” (Romanos). De aquí procede que para nosotros, infectos de tal concupiscencia y rodeados de tantos enemigos que nos mueven al mal, sea difícil llegar sin culpa a la gloria.

Reconocida esta fragilidad que tenemos, os preguntamos ahora: ¿Qué diríais de un viajero que debiendo atravesar el mar durante una tempestad espantosa y en un barco medio deshecho, quisiera cargarle con tal peso, que, aun sin tempestades y aunque la nave fuese fortísima, bastaría para sumergirla? ¿Qué pronóstico formarías sobre la vida de aquel viajero? Pues pensad eso mismo acerca del hombre de malos hábitos y costumbres, el cual ha de cruzar el mar tempestuoso de esta vida, en que tantos pierden su alma, y ha de usar de frágil y ruinosa nave, su cuerpo, al que va unida.

¿Qué ha de suceder si la cargamos todavía con el peso irresistible de los pecados habituales? Difícil es que tales pecadores se salven, porque los malos hábitos ciegan el espíritu, endurecen el corazón y ocasionan probablemente la obstinación completa en la hora de la muerte.

Primeramente, el mal hábito nos ciega. ¿Por qué motivo los Santos pidieron siempre a Dios que los iluminara, y temían convertirse en los más abominables pecadores del mundo? Porque sabían que si llegaban a perder la divina luz podrían cometer horribles culpas.

¿Y cómo tantos cristianos viven obstinadamente en pecado, hasta que sin aceptar ningún remedio se condenan? Porque el pecado los ciega, y por eso se pierden. Toda culpa lleva consigo ceguera, y acrecentándose los pecados, se aumenta la ceguera del pecador. Dios es nuestra luz, y cuanto más se aleja el alma de Dios, tanto más ciega queda, y se llenará de vicios.

Así como en un vaso lleno de tierra no puede entrar la luz del sol, así no puede penetrar la luz divina en un corazón lleno de vicios. Por eso vemos con frecuencia que ciertos pecadores, sin luz que los guíe, andan de

pecado en pecado, y no piensan siquiera en corregirse. Caídos esos infelices en oscura fosa, sólo saben cometer pecados y hablar de pecados; ni piensan más que en pecar, ni apenas conocen cuán grave mal es el pecado.

“La misma costumbre de pecar,” dice San Agustín, “no deja ver al pecador el mal que hace.” De suerte que viven como si no creyesen que existen Dios, la gloria, el infierno y la eternidad.

Y acaece que aquel pecado que al principio causaba horror, por efecto del mal hábito no horroriza luego. Quedan como paja delante del viento. Ved con qué facilidad se mueve una paja por cualquier suave brisa; pues también veremos a muchos que antes de caer resistían, a lo menos por algún tiempo, y combatían contra las tentaciones; mas luego, contraído el mal hábito, caen al instante en cualquier tentación, en toda ocasión de pecar que se les ofrece. ¿Y por qué? Porque el mal hábito los privó de la luz.

Dice San Anselmo que el demonio procede con ciertos pecadores como el que tiene un pajarillo aprisionado con una cinta. Le deja volar, pero cuando quiere lo derriba otra vez en tierra. Tales son, afirma el Santo, los que el mal hábito domina.

Y algunos, añade San Bernardino de Siena, pecan sin que la ocasión les solicite. Son, como dice este gran Santo, semejantes a los molinos de viento, que cualquier aire los hace girar, y siguen volteando, aunque no haya grano que moler, y aun a veces cuando el molinero no quisiera que se moviesen. Estos pecadores, observa San Juan Crisóstomo, van forjando malos pensamientos sin ocasión, sin placer, casi contra su voluntad, tiranizados por la fuerza de la mala costumbre.



Porque, como dice San Agustín, el mal hábito se convierte luego en necesidad. La costumbre, según nota San Bernardo, se muda en naturaleza. De suerte que, así como al hombre le es necesario respirar, así a los que habitualmente pecan y se hacen esclavos del demonio, no parece sino que les es necesario el pecar.

He dicho esclavos, porque los sirvientes trabajan por su salario; mas los esclavos sirven a la fuerza, sin paga alguna. Y a esto llegan algunos desdichados: a pecar sin placer ni deseo.

El impío, después de haber llegado a lo profundo de los pecados, no hace caso; o sea, el pecador obstinado en los malos hábitos, y hundido en aquella sima tenebrosa, desprecia la corrección, los sermones, las censuras, el infierno y hasta a Dios: lo menosprecia todo, y se hace semejante al buitre voraz, que por no dejar el cadáver en que se ceba, prefiere que los cazadores le maten.

Refiere el Padre Recúpito que un condenado a muerte, yendo hacia la horca, alzó los ojos, y por haber mirado a una joven consintió en un mal pensamiento. Y el Padre Gisolfo cuenta que un blasfemo, también condenado a muerte, profirió una blasfemia en el mismo instante en que el verdugo lo arrojaba de la escalera para ahorcarle.

¿Con cuánta insistencia hay que rogar por los pecadores de costumbre, y compadecerlos como en peligro grave de condenación! ¿Querrán salir del precipicio en que están, si no lo miran ni lo ven? Se necesitaría un milagro de la gracia, porque si no, no abrirán los ojos ni siquiera en el juicio particular, sino en el infierno, cuando el conocimiento de su desdicha sólo ha de servirles para llorar más amargamente su locura. Aquí se refiere a los que pecan contra el Espíritu Santo, que se obstinan conscientemente en el mal, por el desprecio a los medios de salvación. La obstinación en el pecado es cuando, con refinada malicia y rebelión contra Dios, se rechazan las inspiraciones de la gracia y los sanos consejos de las personas virtuosas. La impenitencia deliberada es cuando uno se mantiene tan firme en sus malos hábitos que llega a la obstinación de no arrepentirse jamás de los pecados y de resistir cualquier inspiración de la gracia que pudiera impulsar al arrepentimiento. Cuando cualquier pecado contra el Espíritu Santo llega al sumo grado de contumacia, es ya de hecho imperdonable, no porque Dios no esté dispuesto a perdonar, sino porque el impenitente cierra de tal forma los canales de la gracia, que hace imposible en él toda recepción de la misma; pues, decididamente no quiere salvarse, y Dios respeta, necesariamente, su libre voluntad.

“Cristo quiere la salvación de todos los hombres; mas, desgraciadamente, no todos los hombres se salvan. Hay muchos que se van al infierno, al fuego eterno del infierno. Pero, no es culpa de Cristo; es culpa del hombre, que es necio; es culpa del hombre que, con su soberbia, rechaza la gracia,” dijo San Gregorio XVII en un sermón.

El Señor te ha agraciado con sus beneficios, favoreciéndote más que a otros, y tú, en cambio, quizás le has colmado de ofensas, injuriándole más que muchos otros. Te olvidaste de Dios, pero Dios no te ha olvidado; se reconoce por la luz con que ilumina ahora tu alma; y ya que te da esa divina luz, pídele también fuerza para servirle fielmente. Aunque estés lleno de vicios, Jesús es omnipotente y bien puede llenar tu alma de su santo amor, si se lo pides con confianza.

Además, los malos hábitos endurecen el corazón, permitiéndolo Dios justamente como castigo de la resistencia que se opone a sus llamamientos. Dice el Apóstol que “si bien la misericordia de Dios está a disposición de todos,

sin exclusión de hombre alguno, sin embargo, muchas veces abandona en su iniquidad a los duros de corazón que se obstinan en el mal.” (Romanos). San Agustín explica que Dios no abandona de un modo inmediato al que peca habitualmente, sino que le priva de la gracia como pena de la ingratitude y obstinación con que rechazó la que antes le había concedido; y en tal estado el corazón del pecador se endurece como si fuera de piedra.

De este modo sucede que, mientras unos se enternecen y lloran al oír predicar el rigor del juicio divino, las penas de los condenados o la Pasión de Cristo, esos pecadores de corazón endurecido ni siquiera se conmueven. Hablan y oyen hablar de ello con indiferencia, como si se tratara de cosas que no les importasen; y con esta mala costumbre, la conciencia se endurece cada vez más.

De suerte que ni las muertes repentinas, ni los terremotos, truenos y rayos, lograrán atemorizarlos y hacerles volver en sí; antes les conciliarán el sueño de la muerte, en que, perdidos, reposan. El mal hábito destruye poco a poco los remordimientos de conciencia, de tal modo que, a los que habitualmente pecan, los más enormes pecados les parecen nada. Pierden, pecando, como dice San Jerónimo, hasta ese cierto rubor que el pecado lleva naturalmente consigo.

San Pedro los compara al cerdo que se revuelca en el cieno, pues así como ese inmundo animal no percibe el hedor del fango en que se revuelve, así aquellos pecadores son los únicos que no conocen la hediondez de sus culpas, que todos los demás hombres perciben y aborrecen. Y puesto que el fango les quitó hasta la facultad de ver, ¿qué maravilla es, dice San Bernardino, que no vuelvan en sí, ni aun cuando los azota la mano de Dios? De eso procede que, en vez de entristecerse por sus pecados, se regocijan, se ríen y alardean de ellos.

¿Qué significan estas señales de tan diabólica dureza?, pregunta Santo Tomás de Villanueva, el Santo Limosnero. Señales son todas de eterna condenación. Teme, pues, que no te acaezca lo mismo. Si tienes alguna mala costumbre, procura librarte de ella ahora que Dios te llama. Y mientras te remuerda la conciencia, regocíjate, porque es indicio de que Dios no te ha abandonado todavía. Pero enmiéndate y sal presto de ese estado, porque si no lo haces, la llaga se gangrenará y te verás perdido.

¡Cuántas veces el Señor te ha llamado, y tú has resistido! Y en lugar de servirle y amarle por haberte librado del infierno y por haberte buscado tan amorosamente, quizás seguiste provocando su indignación y respondiendo con ofensas. ¿Has de seguir ofendiéndole siempre? No más, no; hartó le has ofendido; no quieras ultrajar más su paciencia. Sólo Dios, que es Bondad infinita, ha podido sufrirte hasta ahora, pero, con justa razón, podría no sufrirte más. Pide a Dios que tenga piedad de tu alma, no por tus méritos, que valen poco, sino por los de su Hijo y Redentor nuestro, en los cuales está nuestra esperanza.

Perdida la luz que nos guía, y endurecido el corazón, ¿sorprenderá que el pecador tenga mal fin y muera obstinado en sus culpas? Los justos andan por el camino recto, y, al contrario, los que pecan habitualmente caminan siempre por extraviados senderos. Si se apartan del pecado por un poco de tiempo, vuelven presto a recaer; por lo cual están en inminente peligro de condenarse.

Querrá tal vez alguno de ellos enmendarse antes que le llegue la muerte. Pero en eso se cifra precisamente la dificultad: en que el habituado a pecar se enmiende aun cuando llegue a la vejez. El mancebo, según tomó su camino, aun cuando se envejeciere, no se apartará de él; y la razón de esto, dice Santo Tomás de Villanueva, consiste en que nuestras fuerzas son hartó débiles, y, por tanto, el alma privada de la gracia no puede permanecer sin cometer nuevos pecados.

Y, además, ¿no sería enorme locura que nos propusiéramos jugar y perder voluntariamente cuanto poseemos, esperando que nos desquitaremos en la última partida? Pues no es menos necedad la de quien vive en pecado y espera que en el postrer instante de la vida lo remediará todo. ¿Puede el etíope mudar el color de su piel, o el leopardo sus manchas? Pues tampoco podrá llevar vida virtuosa el que tiene perversos y arraigados hábitos, sino que al fin se entregará a la desesperación y acabará desastrosamente sus días.

Dice San Gregorio I que si alguno se ve asaltado por enemigos, aunque reciba una herida, suele seguir pudiendo defenderse; pero si otra y más veces le hieren, va perdiendo las fuerzas, hasta que, finalmente, queda muerto. Así obra el pecado. En la primera, en la segunda vez, deja alguna fuerza al pecador (siempre por medio de la gracia que le asiste); pero si continúa pecando, el pecado se convierte en gigante; mientras que el pecador, al contrario, cada vez más débil y con tantas heridas, no puede evitar la muerte.

El pecado puede compararse con una gran piedra que oprime el espíritu; y tan difícil, dice San Bernardo, es convertirse a quien tiene hábito de pecar, como al hombre sepultado bajo rocas ingentes y falto de fuerzas para moverlas, el verse libre del peso que le abrumba.

¿Estoy, pues, condenado y sin esperanza?, preguntará tal vez alguno de estos infelices pecadores. No, todavía no, si de veras quieres enmendarte. Pero los males gravísimos requieren heroicos remedios. Se halla un enfermo en peligro de muerte, y si no quiere tomar medicamentos, porque ignora la gravedad del mal, el médico le dice que, de no usar el remedio que se le ordena, ha de morir indudablemente. ¿Qué replicará el enfermo? “Dispuesto me hallo a obedecer en todo. ¡Se trata de la vida!” Pues lo mismo has de hacer tú. Si

incurres habitualmente en cualquier pecado, enfermo estás, y de aquel mal que, como dice Santo Tomás de Villanueva, rara vez se cura. En gran peligro te hallas de condenarte.

Si quieres, sin embargo, sanar, he aquí el remedio: no has de esperar un milagro de la gracia. Debes resueltamente esforzarte en dejar las ocasiones peligrosas, huir de las malas compañías y resistir a las tentaciones, encomendándote a Dios. Acude a los medios de confesarte a menudo, tener cada día lectura espiritual y entregarte a la devoción de la Virgen Santísima, rogándole continuamente que te alcance fuerzas para no recaer. Es necesario que te domines y violentes. De lo contrario, te comprenderá la amenaza del Señor: “vuestro pecado acarreará la muerte eterna de vuestras almas.” Y si no pones remedio ahora, cuando Dios te ilumina, difícilmente podrás remediarlo más tarde.



Escucha al Señor, que te dice como dijo a Lázaro: “Sal fuera.” A ti te dice: “¡Pobre pecador ya muerto! Sal del sepulcro de tu mala vida.” Responde presto y entrégate a Dios, y teme que no sea éste su último llamamiento.

¿Has de aguardar a que Dios te abandone y te envíe al infierno? Date prisa, y resuélvete a mudar de vida y entregarte a Dios. Considera qué debes hacer, y ponlo por obra. Pide a la Santísima Virgen María, abogada de pecadores, socorrerte e indicarte el camino al Cielo. Ya que Dios te otorgó tantas gracias cuando vivías alejado de Él, muchas más puedes esperar ahora, cuando a Él acudes resuelto a que sea tu único amor, tu vida y tu todo.

Engaños que el enemigo sugiere al pecador: Imaginemos que un joven, reo de pecados graves, se ha confesado y recuperado la divina gracia. El demonio nuevamente le tienta para que reincida en sus pecados. Resiste aún el joven; mas pronto vacila por los engaños que el enemigo le sugiere. A él le diríamos: “¿Qué quieres hacer? ¿Deseas perder por una vil satisfacción esa excelsa gracia de Dios, que has reconquistado, y cuyo valor excede al del mundo entero? ¿Vas a firmar tú mismo tu sentencia de muerte eterna, condenándote a padecer para siempre en el infierno?” “No,” nos responderá, “no quiero condenarme, sino salvar mi alma. Aunque hiciere ese pecado, lo confesaré luego.” Ved el primer engaño del tentador: ¡Confesarse después! ¡Pero entre tanto se pierde el alma!

Dime: si tuvieses en la mano una hermosa joya de altísimo precio, ¿la arrojarías al río, diciendo: mañana la buscaré con cuidado y espero encontrarla? Pues en tu mano tienes esa joya riquísima de tu alma, que Jesucristo compró con su Sangre; la arrojas voluntariamente al infierno, pues al pecar quedas en el camino de la condenación, y dices que la recobrarás por la Confesión.

Pero ¿y si no la recobras? Para recuperarla es menester verdadero arrepentimiento, que es un don de Dios, y Dios puede no concedértelo; y necesitas tener firme voluntad de no ofender a Dios, algo que no quieres tener hoy. ¿Y si llega la muerte y te arrebatara el tiempo de confesarte?

Aseguras que no dejarás pasar ni una semana sin confesar tus culpas. ¿Y quién ha ofrecido darte esa semana? Dices que te confesarás mañana. ¿Y quién te promete ese día? Dios, dice San Agustín, no te ha prometido el día de mañana; tal vez te lo concederá, tal vez no, como acaeció a muchos, que fueron sanos de noche a dormir en sus camas y amanecieron muertos. ¡A cuántos, en el acto mismo de pecar, hizo morir el Señor, y en el juicio particular se condenaron al infierno! Y si sucediese lo mismo contigo, ¿cómo podrías remediar tu eterna perdición?

Persuádate, pues, de que con ese engaño de decir “después me confesaré”, el demonio ha llevado al infierno millares y millares de almas. Porque difícilmente se hallará pecador tan desesperado que quiera condenarse a sí mismo. Muchísimos, al pecar, pecan con esperanza de reconciliarse después con Dios. Por eso tantos infelices se han condenado y así han hecho imposible su remedio.

Quizá digas que no podrás resistir a la tentación que se te ofrece. Este es el segundo engaño que te sugiere el enemigo, haciéndote creer que no tienes fuerza para combatir y vencer tus pasiones. En primer lugar, menester es que sepas que, como dice el Apóstol (1 Corintios): “fiel es Dios, que no permitirá que seáis tentados más allá de vuestras fuerzas.”

Además, si ahora no confías en resistir, ¿cómo tienes esperanza de lograrlo después, cuando el enemigo no cese de inducirte a nuevos pecados y sea para ti más fuerte que antes, y tú más débil? Si piensas que no puedes ahora extinguir esa llama, ¿cómo crees que la apagarás luego, cuando sea mucho más violenta? Afirmas que Dios te ayudará. Mas su auxilio poderoso te lo da ya ahora; ¿por qué no quieres valerte de él para resistir? ¿Esperas, acaso, que Dios te aumente su auxilio y su gracia cuando tú hayas acrecentado tus culpas?

Y si deseas mayor socorro y fuerzas, ¿por qué no se los pides a Dios? ¿Dudas, tal vez, de la fidelidad del Señor, que prometió conceder lo que se le pidiera? Dios no olvida sus promesas. Acude a Él y te dará la fuerza que necesitas para resistir a la tentación. Dios, como nos dice el Concilio de Trento, no manda cosas

imposibles. Al dar el precepto, quiere que hagamos lo que pudiéremos, con el auxilio actual que nos comunica; y si este auxilio no nos bastare para resistir, nos exhorta a que se lo pidamos mayor, que pidiéndole como se debe, nos lo concederá.

¿Y por haber sido Dios tan benévolo para contigo, has sido tú tan ingrato con Él? Te apartabas tú de Dios, y Dios te buscaba. Te colmaba de bienes, y quizás tú le ofendías. Aunque sólo fuese por la bondad con que te ha tratado, debieras tú estar enamorado de Dios, porque a medida que tú acrecentabas las culpas, te aumentaba Él la gracia para que te enmendases.

Un antiguo cántico en latín llamado 'Memento mori' (Acuérdate de que has de morir), decía así: "La vida es breve, y en breve terminará. La muerte viene veloz y no respeta a nadie. La muerte lo destruye todo y no tiene piedad de nadie. Todos estamos corriendo hacia la muerte; abstengámonos de pecar. Si no te conviertes y te haces como un niño y cambias tu vida en mejor, no podrás entrar bienaventurado en el Reino de Dios."



Dices que "el Señor es Dios de misericordia." Aquí se oculta el tercer engaño, muy frecuente entre los pecadores, y por el cual no pocos se condenan. Escribe un sabio autor que más almas envía al infierno la misericordia que la justicia de Dios, porque los pecadores, confiando temerariamente en aquélla, no dejan de pecar, y se pierden.

El Señor es Dios de misericordia, ¿quién lo niega? Y sin embargo, ¡cuántas almas se precipitan cada día a las penas eternas! Es, en verdad, misericordioso, pero también es justo; y por ello se ve obligado a castigar a quien le ofende. Usa de misericordia con los que le temen: "Et misericordia ejus a progénies in progénies timéntibus eum."

Pero con los que le desprecian y abusan de la clemencia divina para más ofenderle, tiene que responder sólo la justicia de Dios. Y con grave motivo, porque el Señor perdona el pecado, mas no puede perdonar la voluntad de pecar.

El que peca, dice San Agustín, pensando en que se arrepentirá después de haber pecado, no es penitente, sino que hace burla y menosprecio de Dios. Además, el Apóstol nos advierte (Gálatas) que "de Dios nadie se burla;" ¿y qué

irrisión mayor habría que ofenderle cómo y cuándo quisiéramos, y luego aspirar a la gloria?

"Pero así como Dios fue tan misericordioso conmigo en mi vida pasada, espero que lo será también en lo venidero." Este es el cuarto engaño. De modo que porque el Señor se ha compadecido de ti hasta ahora, ¿habrá de ser siempre clemente y no te castigará jamás? Antes bien, cuanto mayor haya sido su clemencia, tanto más debes temer que no vuelva a perdonarte, y que te castigue con rigor apenas le ofendas de nuevo. No digas que has pecado, y no has recibido castigo, porque el Altísimo, al final, nos da lo que merecemos, como enseña el Eclesiástico: "Tampoco digas: 'Yo pequé: ¿Y qué mal me ha venido por eso?' Porque Dios, aunque es paciente y sufrido, dará el pago merecido."

Cuando llega su misericordia al límite que para cada pecador tiene determinado, entonces le castiga por todas las culpas que el ingrato cometió. Y la pena será tanto más dura cuanto más largo hubiere sido el tiempo que Dios esperó al culpado, dice San Gregorio.

Si vieras, pues, que, a pesar de tus frecuentes ofensas a Dios, aún no has sido castigado, debes decir: "Señor, grande es mi gratitud, porque me habéis librado del infierno, que tantas veces merecí." Considera que muchos pecadores, por culpas en vida harto menos graves que las tuyas, se han condenado irremisiblemente, y trata además de satisfacer por tus pecados con el ejercicio de la paciencia y de otras buenas obras.

La benevolencia con que Dios te ha tratado debe animarte no sólo a dejar de ofenderle, sino a servirle y amarle siempre, ya que contigo mostró inmensa misericordia, a otros muchos negada.

Que pena ser un pobre pecador, un traidor infame, avergonzado de comparecer ante la presencia de tu Jesús crucificado, tu Redentor y tu Dios. ¡Cuántas veces le has menospreciado! ¡Cuántas veces prometiste no ofenderle más! Pero quizás tus promesas fueron otras tantas traiciones, pues no bien se te ofreció ocasión de pecar, te olvidaste de Dios y le abandonaste nuevamente. Decídetes a mudar de vida y amarle tanto como le has ofendido.

"Aún soy joven. Dios se compadece de la juventud, y más tarde me entregará a Él." Consideremos este quinto engaño. Eres joven: ¿mas no sabes que Dios no cuenta los años, sino los pecados de cada hombre? ¿Cuántos has cometido? Muchos ancianos habrá que no hayan hecho ni la décima parte de los que tú hiciste.

Dice San Alfonso María: ¿Ignoras que el Señor tiene determinados el número y medida de las culpas que a cada pecador ha de perdonar? El Señor es paciente y sufre y espera hasta cierto límite; mas no bien se colma la medida de los pecados que a cada hombre quiere perdonar, cesa el perdón y se ejecuta el castigo, enviando de

improvisamente la muerte al pecador en el estado de desgracia en que éste se halle, o abandonándole a su pecado, que es pena peor que la misma muerte.

Si tenéis una tierra de labor y la cercáis con setos, y a pesar de haberla cultivado muchos años y de haber hecho en ella gastos considerables, veis que, con todo eso, no os da fruto alguno, ¿qué haréis? Le arrancaréis el cercado y la dejaréis abandonada.

Temed que Dios haga eso mismo con vosotros. Si seguís pecando, iréis perdiendo el remordimiento de conciencia; no pensaréis en la eternidad ni en vuestra alma; perderéis casi del todo la luz que nos guía, acabaréis por perder todo temor. Pues ya con eso, quitada está la cerca que os defendía. Ya llegará la santa Ira de Dios.

Examinemos, en fin, el último engaño. Dices: “Verdad es que por ese pecado perderé la gracia de Dios y probablemente quedaré condenado al infierno. Puede, pues, suceder que me condene; mas también puede acaecer que luego me confiese y me salve.” Pudiera ser así. Quizá te salves. No podemos asegurar con certidumbre que después de ese nuevo pecado no habrá ya para ti perdón de Dios, pero ya estás cerrando las puertas a la gracia por ese pecado contra el Espíritu Santo que es la presunción, lo cual puede llegar a impedirte el arrepentimiento.

Mas no negarás que si con tantas gracias como el Señor te ha concedido todavía vuelves a ofenderle, es sumamente fácil que para siempre te pierdas. Así lo patentiza la Sagrada Escritura: “El hombre de corazón obstinado, lo pasará mal en el día del juicio.” (Eclesiástico). “Los que proceden malignamente serán exterminados” (Salmo). “El que siembra ahora para fomentar los apetitos de la carne, recogerá después el fruto de la muerte eterna” (Gálatas). “Bien sabemos que a Dios está reservada la venganza, y que Él es el que la ha de tomar cuando juzgue a los que obran iniquidad” (Hebreos). “El corazón perverso, se verá cada vez más endurecido en el mal; y el pecador obstinado, añadirá pecados sobre pecados” (Eclesiástico).



Así habla de los pecadores obstinados la Sagrada Escritura, y así lo exigen la razón y la justicia. Y, sin embargo, dices que, a pesar de todo, quizá te salvarás. No es imposible; pero ¿no es tremenda locura confiar la eterna salvación a un ‘quizás’, y a un ‘quizás’ tan poco probable? ¿Es negocio éste de tan corto valer, que podemos ponerlo en tan grave riesgo?

¡Cuántos, que habrán ofendido a Dios menos que tú, no han recibido las inspiraciones que ahora te da! Bien ves que Dios desea salvarte, y tienes que unir tus deseos a los suyos, para poder ensalzar en el Cielo eternamente su misericordia.

Es muy importante acostumbrarse a vencer los engaños y tentaciones del diablo, para así irse fortaleciendo, y poder superar las terribles batallas en la hora de la muerte. ‘Ars moriendi’, un libro popular en el siglo quince, explicaba el arte de morir bien, y exponía que el morir tiene sus ventajas, y que el que imita la vida de Cristo y ama a Dios no debe temerlo; mas decía que es preciso vencer las tentaciones que suelen asaltar al moribundo: falta de fe, desesperación, impaciencia, orgullo espiritual, presunción y avaricia.

Del juicio particular: “Es forzoso que todos comparezcamos ante el tribunal de Cristo en el juicio particular.” (2 Corintios). Consideremos la presentación del reo, acusación, examen y sentencia de este juicio. Primeramente, en cuanto a la presentación del alma ante el Juez: el juicio particular se verifica en el mismo instante en que el hombre expira, y en el mismo lugar donde el alma se separa del cuerpo es juzgada por nuestro Señor Jesucristo, el cual no delegará su poder, sino que por Sí mismo vendrá a juzgar esta causa. “A la hora que no pensáis, vendrá el Hijo del Hombre.” (Evangelio). “Vendrá con amor para los buenos,” dice San Agustín, “y con terror para los obstinados en el mal.”

¡Oh, qué espantoso temor sentirá el que, al comparecer ante el Redentor, vea también la indignación divina! “Ante su Faz indignada, ¿quién podrá subsistir? Y ¿quién podrá resistir la Ira de su furor?” (Nahún). Meditando en esto, San Luis de la Puente temblaba de tal modo que la celda en que estaba se estremecía. El Venerable Padre Juvenal Ancina se convirtió oyendo cantar el ‘Dies irae’, (poema que describe el día del Juicio Final, con la última trompeta llamando a los muertos ante el trono divino, donde los elegidos estarán salvados y los condenados estarán sumergidos en las llamas eternas), porque al considerar la consternación del alma en pecado cuando vaya al juicio, resolvió apartarse del mundo; y así, en efecto, lo abandonó, diciendo: “Temo que cuando comparezca ante Dios, Él va a comparar mi vida con el ejemplo de los santos, y me dirá: mira lo que tenías que haber hecho, y por negligencia lo omitiste; juzga tú mismo: ¿qué te has merecido?”

Para el que rechaza la predicación de la Divina María, el enojo del Juez será anuncio de eterna desventura; y hará padecer más a las almas que las mismas penas del infierno, dice San Bernardo.

El miedo causa a veces sudor glacial en los criminales presentados ante los jueces de la tierra. El conspirador Pisón, con traje de reo, comparece ante el Senado, y es tal su confusión y vergüenza, que allí mismo se da muerte. ¡Qué aflicción profunda siente un hijo o un buen vasallo cuando ve al padre o a su señor gravemente enojado!

¡Pues mucha mayor pena sentirá el alma condenada cuando vea indignado a Jesucristo, a quien despreció! Airado e implacable, se le presentará entonces este Cordero divino, que fue en el mundo tan paciente y amoroso, y el alma, sin esperanza, clamará a los montes que caigan sobre ella y la oculten del enojo de Dios: “Muchos de los moradores de la Tierra, reyes, príncipes, tribunos, ricos, poderosos, esclavos y libres, huían llenos de espanto, y se escondían en las cavernas y entre las rocas de los montes, y decían a estos: ‘Caed sobre nosotros y ocultadnos de la presencia del Todopoderoso que está sentado sobre el caballo blanco, porque deja caer implacable sobre nosotros su divina justicia, ¿y quién podrá sostenerse en pie?’” (Apocalipsis).

Hablando del juicio, dice el Evangelio que “plañirán todas las tribus de la Tierra, y verán al Hijo del Hombre que vendrá en las nubes del cielo con gran poder y majestad.” Ver a su Juez en forma humana acrecentará el dolor de los pecadores; porque la presencia de aquel Hombre que murió por salvarlos les recordará vivamente la ingratitud con que le ofendieron.

Después de la gloriosa Ascensión del Señor, los Profetas dijeron a sus discípulos: “Este Jesús, que a vuestra vista ha ascendido al Cielo, retornará en su Segunda Venida, como le habéis visto ir al Cielo.” Vendrá, pues, el Salvador a juzgarnos ostentando aquellas mismas sagradas llagas que tenía cuando dejó la tierra. “Grande gozo para los justos que le contemplan, temor grande para los pecadores que aplazan su conversión,” dice Ruperto. Esas benditas llagas consolarán a los justos e infundirán espanto a los pecadores endurecidos.

¿Qué responderá el pecador a Jesucristo? ¿Se animará acaso a pedirle misericordia cuando antes se habrá dado cuenta de lo mucho que despreció esa misma clemencia? ¿Qué hará, pues, cuando vea debajo el infierno abierto, a un lado los pecados acusadores, al otro al demonio dispuesto a llevarle, y dentro de sí mismo la conciencia que remuerde y castiga? ¿Dará entonces oídos a la Virgen Santísima que le exhorta a humillarse y pedir perdón? Y si sigue obstinado en sus pecados, ¿adónde huirá del Juez enojado?

Llama siempre a tu Jesús, pues su nombre consuela y reanima, recordándote que es tu Salvador y que murió por redimirte. Humíllate a sus plantas, y pídele perdón ahora, antes de que venga a juzgarte. Ahora puedes implorarle clemencia y esperarla con confianza. Sus sagradas llagas, que entonces atemorizarán a los pecadores empedernidos, ahora te infunden esperanza.

Además, la Extremaunción obra de manera muy especial cuando los que la reciben son enfermos graves y moribundos, al quedar sobremanera fortalecidos para el último combate y para afrontar con cristiana resignación el trance de la muerte; y de esta manera alcanzar mayor gloria en el Cielo.

Considera la acusación y examen: comienza el juicio y los libros son abiertos. Dos serán estos libros: el Evangelio y la conciencia. En aquél se leerá lo que el reo debió hacer; en ésta, lo que hizo. En el peso de la divina Justicia no entrarán las riquezas, dignidades y nobleza de los hombres, sino sus obras no más. “Has sido pesado en la balanza,” dice Daniel al rey Baltasar, “y has sido hallado falto de buenas obras.” Es decir, según comentario del Padre Álvarez, que “no fueron puestos en el peso el oro y las riquezas, sino sólo el rey.”

Llegará luego el demonio con su predicación engañosa. Satanás, como seductor, tratará de inclinar la balanza hacia su lado, alabando al reo y diciéndole que ha obrado bien con sus pecados, y así inducirle para que después rechace la predicación de la Divina María, y él mismo decida su propia condenación. En su predicación mentirosa, Satanás, como acusador, dirá a Cristo que el reo obró mal y que aborreció la luz y las Gracias de la salvación; y de esta manera intentará que la sentencia del Supremo Juez sea condenatoria.

Dice San Agustín que estará el enemigo ante el tribunal de Cristo, y, para seducir al alma, a fin de que se condene eternamente, le presentará todas las promesas que hizo, olvidadas y no cumplidas después, y aducirá sus culpas, designando los días y horas en que las haya cometido: “Nos recordará cuanto hemos hecho, el día, la hora en que hemos pecado.” Luego dirá al moribundo: “Yo nada he padecido por ti; pero tú dejaste a Cristo, que dio la vida por salvarte, y te hiciste esclavo mío. A mí me perteneces.” También le recordará lo que hizo su Ángel custodio durante los años en que procuró la salvación del pecador, aunque éste despreció todas las inspiraciones y avisos, y presentará ante el reo los ejemplos de los Santos, todas las luces e inspiraciones que Dios le dio, y todos los años de vida que le concedió para que practicara el bien. Así querrá Satanás inducir al moribundo a rebelarse contra Dios y a desesperarse, y de esta manera rechazar la salvación.

Hasta las paredes que vieron pecar al reo serán acusadoras: “Las piedras del edificio en que mora alzarán el grito contra él desde las paredes” (Habacuc); y acusadora será la misma conciencia. Los pecados, dice San Bernardo, clamarán diciendo: “Tú nos hiciste, tus obras somos, y no te abandonaremos.”

Luego viene la predicación de la Divina María y, para el alma está en pecado mortal, esta predicación es para adoctrinarla, convertirla, y así darle la posibilidad de salvarse. María Santísima le dirá todo lo que Cristo

ha sufrido para salvarle y así le animará a humillarse y pedir perdón, y hacer un acto de amor a Dios que, deseando la salvación de todos, ahora le da esta última oportunidad salvífica.

También se hará el examen. Dice el Señor “Yo escudriñaré minuciosamente la ciudad” (Sofonías): Lo hará con la luz de una lámpara que penetra todos los rincones de la casa, escribe Mendoza. “Yo os digo que, hasta de cualquier palabra ociosa que hablen los hombres, habrán de dar cuenta en el día del juicio; porque por tus palabras serás reconocido como justo y por tus palabras serás condenado,” dijo el Señor. Hasta de las miradas tendrás que dar cuenta, exclama San Anselmo.

Y así como se purifica y aquilata el oro separándole de la escoria, así se aquilatarán y examinarán las confesiones, comuniones y otras buenas obras. En suma, dice San Pedro que con dificultad el justo se salvará: “si el justo, aun con sus oraciones, trabajos y aflicciones, tiene grandes dificultades para alcanzar la salvación, ¡cuánto más las tendrá el impío!”

Si se ha de dar cuenta de toda palabra ociosa, ¿qué cuenta no se dará de tanto mal pensamiento consentido, de tantas palabras impuras? Especialmente los escandalosos, que roban innumerables almas al Señor, verán claramente cuán aborrecibles fueron sus obras.



¿Qué hará entonces el pecador, al tener que rendir cuentas a Dios, y verse inundado en el fango de sus delitos? Esperamos que, en este momento supremo, sepa humillarse sinceramente y pedirle perdón, como hizo el Buen Ladrón en el Calvario, para así morir en un acto de amor a Dios y salvarse. Si no obra así, está rechazando la salvación eterna y eligiendo vivir con los demás réprobos, alejado para siempre de Dios. Esta aceptación o rechazo de la salvación por el que es juzgado, es la autodeterminación de su destino eterno.

Por las acciones del reo, el Juez Supremo le dará el fruto de sus manos; es decir, le pagará según sus obras: “Yo juzgaré, dice el Señor Dios, a cada cual según sus obras.” (Ezequiel.)

Si Jesús quisiera pagarte ahora según las obras que has hecho, quizás el infierno sería tu recompensa. Cuántas veces habrás escrito tu propia condena a ese abismo de tormentos. ¿Qué sería de ti si en este momento te juzgase? Pide con confianza a María Santísima mirar tu gran miseria, y compadecerse de ti.

En suma: para que el alma consiga la salvación eterna, el juicio ha de patentizar que la vida de esa alma ha sido conforme a la vida de Cristo. Por este motivo debemos temblar al pensar: “¿Qué haré cuando Dios se levante a juzgarme? Y cuando me preguntare, ¿qué le responderé?” ¿Qué hará, pues; qué responderá el pecador a Jesucristo Juez? Hará lo que aquel hombre de que hablan los Evangelios, que acudió al banquete sin traje de boda. No supo qué contestar, y enmudeció. Las mismas culpas le cerraban la boca. La vergüenza, dice San Basilio, dará al pecador mayor tormento que las mismas llamas infernales.

El Juicio Particular es la misteriosa y misericordiosa última oportunidad salvífica dada por Cristo en la hora de la muerte de cada ser humano. En ese momento, el moribundo que llega en pecado mortal a la presencia de Cristo, Supremo Juez, en la muerte clínica, oirá la predicación engañosa de Satanás, que será para seducir al alma a fin de que se condene eternamente. Luego oirá la predicación de la Divina María que será para adoctrinarla, convertirla, y así darle la posibilidad de salvarse. Merced a la predicación de la Divina María, nadie se salva o se condena sin haber conocido la auténtica Fe, ya que fuera de la verdadera Iglesia no hay salvación posible.

El moribundo que llegó a la muerte clínica en pecado mortal, tiene que decidir su destino eterno pues, si acepta la predicación de la Divina María rechazando a Satanás, se le perdonarán los pecados mortales y veniales, recibirá la Gracia Santificante, será confirmado en gracia y se salvará. Mas, si acepta la predicación de Satanás rechazando a la Divina María, será confirmado en la desgracia y se condenará.

Una vez que el alma juzgada autodetermina su destino eterno, Cristo, como Supremo Juez, da la sentencia: Salvífica, si el alma aceptó la predicación de la Divina María, rechazando a Satanás; condenatoria, si el alma aceptó la predicación de Satanás, rechazando a la Divina María.

Inmediatamente después de la sentencia, viene la muerte real al quedar separados el alma y el cuerpo esencial, y el alma va a su destino eterno: Al Cielo, si se salva, y no tiene antes que purificarse en el Purgatorio; al Infierno, si se condena.

En este último caso, el Juez dictará la sentencia: “Apartaos de Mí, malditos de mi Padre, id al fuego eterno.” “¡Oh! Cuán terriblemente resonará aquel trueno,” dice Dionisio el Cartujo. “Quien no tiembla por ese horrendo tronar, no está dormido, sino muerto,” exclama San Anselmo; y San Eusebio añade que será tan inmenso el terror de los condenados al oír su sentencia, que si no fueran ya inmortales, al punto morirían.

“Entonces,” como escribe Santo Tomás de Villanueva, “ya no será tiempo de suplicar, ya no habrá intercesores a quienes recurrir. ¿Y a quién acudirán? ¿Tal vez a su Dios, que despreciaron? ¿Tal vez a los Santos, a la Virgen María? ¡Ah, no! Porque entonces es el día de la retribución.”

“¡Oh Dios!,” exclama el ya citado Santo Tomás de Villanueva, “con qué indiferencia oímos hablar del juicio, como si no pudiésemos merecer la sentencia de condenación, o como si no hubiéramos de ser juzgados. ¡Qué locura estar tranquilos en medio de tal riesgo!” No digas, nos advierte San Agustín: “¡Ah! ¿Querrá Dios enviarme al infierno?” No lo digas jamás.

Tampoco los hebreos querían convencerse de que serían exterminados, y muchos réprobos blasonaban de que no recibirían las penas eternas. Pero al fin llegó el castigo: “El fin llega, ya llega el fin... Yo descargaré mi justo furor y os juzgaré según vuestro mal proceder, y pondré delante de vosotros todas vuestras abominaciones.” (Ezequiel).

Pues eso mismo te acaecerá a ti. Llegará el día del juicio y verás lo ciertas que son las amenazas de Dios.

Ahora todavía nos es dado a nosotros escoger la sentencia que prefiramos. Y para ello debemos ajustar nuestras cuentas del alma antes de que llegue el juicio, porque, como dice San Buenaventura, los negociantes prudentes, para no errar, revisan y ajustan sus cuentas a menudo: “Antes del juicio podemos aplacar al Juez; mas en el juicio, no es tan fácil.”

Digamos, pues, al Señor lo que San Bernardo decía: “Quiero presentarme a Vos juzgado ya y no por juzgar.” Quiero, ¡oh Juez de mi alma!, que en esta vida me juzguéis y castiguéis, que ahora es tiempo de misericordia y de perdón; después de la muerte real sólo será tiempo de justicia.

Si ahora no aplacas el enojo de Dios, quizás luego no será posible aplacarle. Mas ¿cómo lo conseguirás, habiendo tantas veces despreciado su amistad por viles y míseros placeres? Si le ofreces la Sangre y la muerte de Jesucristo, su Hijo, queda aplacada y superabundantemente satisfecha su justicia. Necesario es, además, tu arrepentimiento y que detestes tus culpas sinceramente.

Del juicio universal: No hay en el mundo, si bien se considera, persona más despreciada que nuestro Señor Jesucristo. Más se atiende a un pobre villano que al mismo Dios; porque se teme que ese villano, si se viere demasiado injuriado y oprimido, tome ruda venganza, movido de violento enojo. Pero a Dios se le ofende y ultraja sin reparo, como si no pudiera castigar cuando quisiere.



Por estas causas, el Redentor ha destinado el día del juicio universal, llamado con razón en la Escritura ‘el Día del Señor’, en el cual Jesucristo se hará reconocer por todos como Universal y Soberano Señor de todas las cosas. Conocido será el Señor que hace justicia.

Ese día no se llama día de misericordia y perdón, sino “Día de ira, aquel tremendo día: Día de tribulación y de congoja, día de calamidad y de miseria” (Sofonías). Porque en él se resarcirá justamente el Señor de la honra y gloria que los pecadores quisieron arrebatarle en este mundo. Veamos cómo ha de suceder el juicio en ese gran día.

Antes que se presente el divino Juez le precederá un espantoso fuego del Cielo, que abrasará la tierra y cuanto en ella exista. (2 Pedro). De suerte que los palacios, templos, ciudades, pueblos y reinos, todo se convertirá en montón de cenizas.

Menester es purificar con fuego este mundo, contaminado de pecados. Tal es la terminación que tendrán todas las riquezas, pompas y delicias de la tierra. Resonará la trompeta y los muertos resucitarán.

Decía San Jerónimo: “Cuando considero el día del juicio, me estremezco. Paréceme siempre que oigo resonar aquella trompeta: ‘Levantaos, muertos, y venid a mi juicio’.” Al sonido pavoroso de esa voz descenderán las almas hermosísimas de los bienaventurados para unirse a sus cuerpos, con los cuales sirvieron a Dios en este mundo; y las almas infelices de los condenados del infierno se unirán a sus cuerpos malditos, que fueron instrumentos para ofender a Dios.

¡Qué diferencia habrá entonces entre los cuerpos de justos y condenados! Los justos se mostrarán hermosos, cándidos, resplandecientes más que el sol. ¡Dichoso el que en esta vida supo mortificar su carne, negándole los placeres vedados; y aun para mejor enfrenarla, como hicieron los Santos, la maltrató y le rehusó también los placeres lícitos de los sentidos!

¡Cuánto se regocijará por ello!, como se alegró San Pedro de Alcántara, que poco después de su muerte se apareció a Santa Teresa de Jesús, y le dijo: “¡Oh feliz penitencia, que tanta gloria me ha alcanzado!” Y, al contrario, los cuerpos de los réprobos se mostrarán deformes, negros y hediondos.

¡Ah, qué pena tendrá el condenado al unirse con su cuerpo! Dirá el alma: “Cuerpo maldito, por contentarte me perdí.” Y el cuerpo dirá: “Tú, alma maldecida, que estabas dotada de razón, ¿por qué me concediste aquellos deleites que a ti y a mí nos han perdido por toda la eternidad?”

Pide a tu Jesús y Redentor, que un día ha de ser tu Juez, que te perdone antes que llegue ese día temible. Mal hiciste en ofenderle y en dejar a Dios, que no merecía tu detestable proceder. Duélete de ello y arrepíentete de todo corazón. No quieras más Juez que Jesús, pues, como decía Santo Tomás de Villanueva, “gustoso me someto al juicio de Aquél que murió por mí y que para no condenarme, quiso ser Él condenado a la cruz.” Ya San Pablo había dicho: “Siendo Dios Quien justifica y defiende a sus elegidos, ¿quién osará condenarles? Pues, el mismo Cristo Jesús, que murió por nosotros,... es Quien intercede por nosotros.” Mas si Él no te ayuda, no podrás amarle.

Apenas hayan resucitado los muertos, el Señor dispondrá que se reúnan todos en el valle de Josafat para ser juzgados, como anuncia el Profeta Joel, y separará allí a los justos de los réprobos, como dice el Santo Evangelio: “Y cuando viniere el Hijo del Hombre en su majestad, acompañado de todos los ángeles y demás Bienaventurados, Él se sentará entonces sobre el trono de su gloria. Y todas las gentes serán congregadas ante Él, y separará los unos de los otros, como el pastor separa las ovejas de los cabritos. Y pondrá las ovejas a su derecha, y los cabritos a la izquierda.” Profunda pena siente quien se ve separado de la sociedad o de la Iglesia. ¡Cuánto mayor no será la de verse despedido de la compañía de los Santos! ¡Qué confusión tendrán los impíos cuando, apartados de los justos, se hallen abandonados!

Dice San Juan Crisóstomo que si los condenados no tuvieran otras penas, esa confusión bastaría para darles los tormentos del infierno. Habrá hijos separados de sus padres; esposos, de sus esposas; amos, de sus sirvientes. Di, ¿en qué lugar crees que te hallarás entonces? ¿Quieres estar a la derecha? Pues ¡abandona el camino que a la izquierda conduce!

Se tiene en este mundo por afortunados a los príncipes y a los ricos, y se desprecia a los Santos, a los pobres y humildes. ¡Oh fieles que amáis a Dios!, no os aflijáis al veros tan atribulados y vilipendiados en la tierra. “Vuestra tristeza se convertirá en gozo.” (Evangelio).

Entonces verdaderamente seréis llamados venturosos, y os honrarán admitiéndooos en la corte de Cristo. ¡Con qué celestial hermosura resplandecerán un San Pedro de Alcántara, que fue injuriado como si hubiese sido apóstata, o un San Juan de Dios, escarnecido como loco! ¡Qué gloria alcanzarán tantos mártires que fueron despedazados por los verdugos! Y, al contrario, ¡qué horribles aparecerán un Herodes, un Anás, un Mahoma, un Enrique VIII, y otros poderosos de la tierra, condenados para siempre!

¡Oh amadores del mundo! Para el valle, para aquel valle os convoco. Allí, sin duda, mudaréis de parecer; allí lloraréis vuestra locura. ¡Infelices, que por representar un brevísimo papel en la escena del mundo representaréis luego el de réprobos en la tragedia del juicio universal!

Los elegidos se hallarán a la derecha, y para mayor gloria serán levantados en el aire, sobre las nubes, y esperarán con los ángeles a Jesucristo, que ha de bajar del Cielo. Los réprobos, a la izquierda, y como reses destinadas al matadero, aguardarán a su Juez, que ha de hacer pública la condenación de todos sus enemigos.

De improviso, se abren los Cielos y surgen los ángeles para asistir al juicio, llevando los signos de la Pasión de Cristo, dice Santo Tomás. Singularmente resplandecerá la Santa Cruz, pues tres años y medio antes del Retorno de Cristo “aparecerá en la inmensa bóveda del Cielo, la señal del Hijo del Hombre, la cual será la gran Cruz de nuestra Redención que anunciará a todas las gentes la inminencia del Retorno de Cristo.” (Credo).

“¡Oh, y cómo al ver la Cruz,” exclama Cornelio a Lápide, “gemirán los pecadores que despreciaron su salvación eterna, tan cara al Hijo de Dios!” Entonces, las Llagas del Señor acusarán a los pecadores, como dice San Juan Crisóstomo: “Los clavos se quejarán de ti; las Llagas contra ti hablarán; la Cruz de Cristo clamará en contra tuya.”

Asesores serán de este juicio los Santos Apóstoles y todos los que los imitaron, y con Jesucristo juzgarán a los pueblos. Allí estará también la Reina de los ángeles y de los hombres, María Santísima. Y, en fin, se presentará el eterno Juez en luminoso trono de majestad. “Y verán al Hijo del Hombre que vendrá en las nubes del cielo con gran poder y majestad” (Evangelio). Cristo dice que, a los transgresores de su Santa Ley, “Yo les echaré fuera de mi presencia, y serán atormentados por el fuego eterno.” (Zacarías).

La presencia de Cristo traerá a los elegidos inefable consuelo, y a los réprobos, penas mayores que las del mismo infierno, dice San Jerónimo. Decía Santa Teresa: “Dadme, Jesús mío, dadme cualquier trabajo, pero no me mostréis vuestro Rostro indignado en aquel día.” Y San Basilio dice: “Esta confusión excede a toda pena.” Acaecerá entonces lo predicho por San Juan en el Apocalipsis: que los condenados pedirán a las montañas que caigan sobre ellos y los oculten a la vista del enojado Juez.

Pide a tu carísimo Redentor, Cordero de Dios, que vino al mundo no para castigar, sino a perdonar los pecados, que te perdone, antes que llegue el día en que ha de juzgarte. Ama a tu Juez, que tanto te ha amado. Pídele, por el amor que te tuvo al morir por ti en la Cruz, darte tan alta gracia que te convierta de pecador en santo.

“Viene la hora cuando todos los que están en los sepulcros oirán la voz del Hijo de Dios: Y los cuerpos de los que hicieron bien, resucitarán para la vida eterna; mas, los cuerpos de los que hicieron mal, resucitarán para la condenación eterna, y serán manifestados como réprobos en el Juicio Universal” (Evangelio). “Con lo cual [Cristo] enseña que los cuerpos de los que mueran en estado de Gracia resucitarán gloriosos ya en la Bienaventuranza Eterna, pues al ser informados por sus almas glorificadas, participarán, desde el mismo instante de su resurrección, de la gloria esencial de las mismas, y así todos los salvados resplandecerán gozosos con sus almas y con sus cuerpos en el Juicio Universal, siendo reconocidos públicamente como justos, sin que aparezcan para nada sus posibles delitos, por haber sido todos perdonados y expiados; mas, los cuerpos de los que mueran en pecado mortal, resucitarán ya en el Infierno, pues al ser informados por sus almas malditas, participarán, desde el mismo instante de su resurrección, de las penas eternas que padezcan las mismas, y así todos los condenados se manifestarán reprobados con sus almas y con sus cuerpos en el Juicio Universal, siendo descubiertas públicamente todas sus maldades, incluso las perdonadas en vida, para mayor vergüenza y confusión; por lo cual, de estos dice Jesús que resucitarán para la condenación eterna.” (Tratado de la Misa)

Acusará después la propia conciencia de los hombres, escribió el Apóstol a los Romanos. Darán luego testimonio, clamando venganza, los lugares en que los pecadores ofendieron a Dios; y testigo será, por último, el mismo Juez que estuvo presente en cuantas ofensas le hicieron.



Dice San Pablo que en aquel momento el Señor “sacará a plena luz lo que está escondido en las tinieblas, y descubrirá las intenciones de los corazones de los malvados.” (1 Corintios). Manifestará ante todos los hombres las culpas de los réprobos, hasta las más secretas y vergonzosas que en la vida ocultaron ellos a los mismos confesores.

Los pecados de los elegidos no serán descubiertos, sino continuarán ocultos, porque ya fueron borrados. Bienaventurados aquellos cuyas iniquidades han sido perdonadas y cuyos pecados han sido encubiertos, por medio del santo Sacramento de la Confesión.

Y, por el contrario, dice San Basilio, las culpas de los réprobos serán vistas por todos de una sola ojeada, como si estuvieran en un cuadro representadas. Exclama Santo Tomás: “Si en el huerto de Getsemaní, al decir Jesús: ‘Yo soy,’ cayeron en tierra todos los soldados que iban a prenderle, ¿qué sucederá cuando, en su trono de Juez, diga a los condenados: ‘Yo soy Aquél que tanto despreciasteis?’”

Llegada la hora de la sentencia, Jesucristo dirá a los elegidos aquellas dulces palabras: “Venid, benditos de mi Padre, poseed el Reino que os está preparado desde el establecimiento del mundo.” (Evangelio). Cuando San Francisco de Asís supo por revelación que iba a ser salvado, sintió altísimo e inefable consuelo.

Qué consolación sentirán los que oyeren que el Juez les dice: “Venid, hijos benditos, venid a mi reino. No más penalidades ni temor. Conmigo estáis y estaréis eternamente. Bendigo las lágrimas que por vuestros pecados derramasteis. Vamos a la gloria, donde unidos viviremos por toda la eternidad.”

La Virgen Santísima bendecirá a sus devotos y los invitará a entrar con Ella en el Cielo. Y así, los justos, entonando gozosos ‘Aleluya’, irán a la gloria celestial para poseer, alabar y amar a Dios eternamente.

Los réprobos, al contrario, dirán a Jesucristo: “Y nosotros, desventurados, ¿qué hemos de hacer?” Y el Eterno Juez les responderá: “Vosotros, ya que despreciasteis y rechazasteis mi gracia, ‘apartaos de Mí, malditos de mi Padre, id al fuego eterno’. Apartaos de Mí, que no quiero ni veros ni oíros. Huid, huid, malditos, que menospreciasteis mis bendiciones.” ¿Y adónde, Señor, irán estos desdichados? Al fuego del infierno, para arder allí en cuerpo y alma. ¿Y por cuántos años o siglos? Por toda la eternidad, mientras Dios sea Dios, que lo es para siempre..., para siempre.

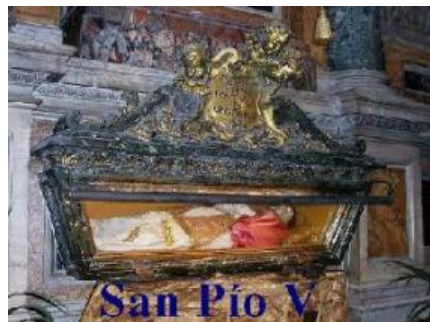
Después de la sentencia, dice San Efrén, los réprobos se apartarán de los Ángeles y de los Santos; ya no han de ver jamás a Dios, a María Santísima, ni a sus padres e hijos, ni verán la gloria.

Entonces se hundirán los demonios y réprobos en los castigos del infierno, y verán cómo tras ellos se cierra aquella puerta que jamás ha de abrirse. ¡Nunca en la eternidad! ¡Oh maldito pecado! ¡A qué desdichado fin llevarás un día a tantas pobres almas! ¡Oh almas desventuradas a quienes aguarda tan espantoso fin!

Del Credo Palmariano extraemos las siguientes citas: “El Juicio Final será la manifestación universal de la gloria y majestad de Cristo y María, de la gloria de todos los Bienaventurados y demás salvados, y de la desgracia eterna de todos los condenados. En el Juicio Universal, Cristo proclamará públicamente las sentencias salvíficas y condenatorias dadas por Él en cada Juicio Particular.” “Al final del Reino Mesiánico, tendrán lugar las Bodas del Cordero con la entronización directa del Santísimo José y demás Bienaventurados, en el Corazón

de Cristo, y por lo tanto en toda la Santísima Trinidad. Esta entronización es el mayor grado de desposorio que podrá alcanzar cada uno, e implica el último aumento de gloria esencial. Con las Bodas del Cordero, Cristo entregará al Padre Eterno todo lo que pertenece al Reino de Dios. Pues del Padre todo procede y a Él todo ha de volver.” “En el momento de las Bodas del Cordero, tendrán también lugar las Bodas del Dragón en que todos los condenados habitarán directamente en el corazón de Satanás, y por lo tanto en la satanidad. Y en ese instante, Dios expulsará de la gran Bola del Universo a todos los réprobos, creando para ellos una inmensa cosa desconocida por donde vagarán por eternidad de eternidades.”

“También, cuando lleguen las Bodas del Cordero, en el mismo instante de la entrega por Nuestro Señor Jesucristo del Universo al Padre, lo primero que Dios creará fuera de la gran Bola del Universo, y todos los Bienaventurados cocrearán, será una inmensa cosa desconocida hasta entonces, por donde vagarán por eternidad de eternidades todos los condenados, ya que Cristo no ha de entregar al Padre un Universo habitado por réprobos, los cuales no pertenecen al Reino de Dios. Esa cosa desconocida hasta entonces que Dios creará fuera del Universo, saldrá de sus Infinitas Manos con gran belleza y perfección, ya que Él no puede crear nada



feo; aunque, para los condenados será caótica conforme a la visión horripilante que ellos tienen de todo lo creado. Además, Dios y todos los Bienaventurados estarán presentes, por medio de la justicia, en aquella nueva cosa creada; para que resalte sobre los malditos el peso de la justa Ira de Dios por sus reprobaciones y a la vez resplandezca su infinita Bondad y Misericordia para los que se salvaron. Tras las Bodas del Cordero, los condenados, para su mayor castigo, si bien vagarán únicamente por la inmensa cosa creada para ellos, no obstante estarán también presentes en el interior de la inmensa Bola del Universo por medio del odio a Dios, a los Bienaventurados y al Universo, y porque seguirán viendo este último de

forma caótica e indefinible, ya que de su perversidad y castigo no pueden evadirse.” (Tratado de la Santa Misa).

¿Qué sentencia se te dará en el día del juicio? Si ahora el Señor te pidiera cuenta de tu vida, ¿qué podrías responder, sino que mereces mil infiernos? Jesús, nuestro Dios y Salvador, condena a los pecadores obstinados, pero no a los que se arrepienten y le quieren amar. Preséntate a sus pies, arrepentido, con el deseo de oírle decir que te perdona; mas ya te lo dijo por sus Profetas: “Volveos a Mí sinceramente arrepentidos, y Yo me volveré a vosotros con benignidad.” (Malaquías).

De las penas del infierno: Dos males comete el pecador cuando peca: deja a Dios, Sumo Bien, y se entrega a las criaturas. “Cuantas veces prevaricó mi pueblo, hizo dos males: Abandonarme a Mí, que soy Fuente de aguas vivas, e ir a adorar a los ídolos, que son como cisternas vacías en donde no podéis saciar vuestra sed.” (Jeremías). Y porque el pecador se dio a las criaturas, con ofensa a Dios, justamente será luego atormentado en el infierno por esas mismas criaturas, el fuego, el frío y los demonios; ésta es la pena de sentido. Mas como su culpa mayor, en la cual consiste la maldad del pecado, es el apartarse de Dios, la pena más grande que hay en el infierno es la pena de daño, el carecer de la vista de Dios y haberle perdido para siempre.

Recordemos lo que dice el Catecismo Palmariano sobre el Infierno, que es uno de los novísimos o postrimerías del hombre:

El Infierno es el estado de condenación eterna que padecen los réprobos: Los demonios y hombres condenados.

El Infierno no es, pues, un lugar, sino un estado de pleno sufrimiento, conforme al grado de demérito de cada uno. Los réprobos del Infierno están esparcidos en el inmenso espacio del Universo; mas, su libertad de movimiento está sujeta a la permisión divina.

Cada réprobo es un reino particular de odio y desarmonía infernales, y de indecibles sufrimientos, formando una caterva abominable con los demás réprobos, en virtud de la execrable entronización de los unos en los otros.

Entre todos los réprobos, reinan el odio, la anarquía y la desavenencia más absolutos, con total insubordinación a Lucifer, jefe de los infiernos. Mas, al mismo tiempo, por el odio que tienen a Dios, existe entre ellos común acuerdo para luchar contra el Altísimo y todo lo que Él ama.

Van al Infierno los que, en el juicio particular, rechazan la predicación de la Divina María y aceptan la de Satanás, padre de la mentira.

Las penas que sufren los condenados son de tres clases:

Pena esencial de daño, que es el estar privados para siempre de la visión de Dios, lo cual es el máximo de los sufrimientos.

Pena esencial de sentido, que es el sufrir al mismo tiempo los más terribles tormentos de fuego y frío.

Pena accidental, que es el sufrir todos los demás males.

El fuego y el frío son producidos por el Alma de Cristo en cada alma que se condena.

Los demonios y demás condenados en el Infierno ven el Universo desde la cuarta dimensión, cuya visión es para ellos caótica y amorfa, conforme al grado de reprobación de cada uno. Esta desgarradora contemplación del Universo, es parte de su pena accidental.

Los demonios y demás condenados en el Infierno, recibirán aún dos aumentos de las penas esenciales de daño y de sentido: Uno en el establecimiento del Reino Mesianico. Y otro en las Bodas del Dragón.

La pena accidental aumentará en el Infierno por eternidad de eternidades.

El Infierno es: Eterno, pues no tiene fin. Desgraciadísimo, pues no hay posibilidad de bien alguno. (Catecismo Palmariano).

¿Qué es, pues, el infierno? Es estar en tormentos, como indicó el rico Epulón que estaba abrasado en llamas de tormentos, donde todos los sentidos y potencias del condenado han de tener su propio castigo, y donde aquel sentido que más hubiere servido de medio para ofender a Dios será más gravemente atormentado. En la cuarta dimensión se encuentran habitualmente los condenados, esparcidos por el inmenso espacio del Universo, cuya visión del mismo es de forma caótica y desgarradora como corresponde a su estado de reprobación. Además, dicha visión es también con los ojos corporales para aquellos que están con sus cuerpos en el Infierno, por lo que su vista padecerá el tormento del reino de las tinieblas infernales.

Digno de profunda compasión sería el hombre infeliz que pasara cuarenta o cincuenta años de su vida encerrado en tenebroso y estrecho calabozo. Pues el infierno es peor que estar en una cárcel por completo cerrada y oscura, donde no penetrará nunca ni un rayo de sol ni de luz alguna.

El fuego que en la tierra alumbraba no será luminoso en el infierno. Es decir, como lo explica San Basilio, que el Señor separará del fuego la luz, de modo que esas horribles llamas abrasarán sin alumbrar. O como más brevemente lo dice San Alberto Magno: “Apartará del calor el resplandor.” Y el humo que despedirá esa hoguera formará una espesa nube tenebrosa que cegará los ojos de los réprobos. No habrá allí más claridad que la precisa para acrecentar los tormentos. Un pálido fulgor que deje ver la fealdad de los condenados y de los demonios y del horrendo aspecto que éstos tomarán para causar mayor espanto.

El olfato padecerá su propio tormento. Sería insoportable que estuviésemos encerrados en estrecha habitación con un cadáver fétido. Pues el condenado ha de estar siempre entre millones de réprobos, vivos para la pena, cadáveres hediondos por la pestilencia que arrojarán de sí.

Dice San Buenaventura que si el cuerpo de un condenado saliera del infierno, bastaría él solo para que por su hedor muriesen todos los hombres del mundo. Y aún dice algún insensato: “Si voy al infierno, no iré solo.” ¡Infeliz!, cuantos más réprobos haya allí, mayores serán tus padecimientos.

“Allí”, dice Santo Tomás, “la compañía de otros desdichados no alivia, antes acrecienta la común desventura.” Mucho más penarán, sin duda, por la fetidez asquerosa y por los lamentos de aquella desesperada muchedumbre, y estarán como uvas pisoteadas en el lagar de la ira de Dios: “contra las que pisará el lagar del vino de la Santa Ira.” (Apocalipsis).

Después de la resurrección de los muertos, los cuerpos de los condenados participarán, para siempre, de la desgracia eterna que sufren sus respectivas almas, al ser infernalmente animados por éstas. Padecerán siempre terribles tormentos en el cuerpo y en el alma, y jamás podrán morir.

Será atormentado el oído con los continuos lamentos y voces de aquellos pobres desesperados, y por el horroroso estruendo que los demonios moverán. Huye a menudo de nosotros el sueño cuando oímos cerca gemidos de enfermos, llanto de niños o ladrido de algún perro. ¡Infelices réprobos, que han de oír forzosamente por toda la eternidad los gritos pavorosos de todos los condenados!

La gula será castigada con el hambre devoradora. Mas no habrá allí ni un pedazo de pan. Padecerá el condenado abrasadora sed, que no se apagaría con toda el agua del mar, pero no se le dará ni una sola gota. Una gota de agua no más pedía el rico avariento, y no la obtuvo ni la obtendrá jamás.

¿Qué salud, qué fuerzas hay que resistan a Dios, que sólo con un poco de sudor enfermizo tiende al más robusto en una cama y le hace dar gemidos de dolor y pena? Esto es herir con lanza; pero cuando desenvaina la espada en la otra vida, ¿qué furor es el de su justicia, sin haber quien se le salga del infierno? Millones y millones de ángeles y hombres que hay en él, y no pueden escapar de esas inacabables tinieblas; eternamente les atormentará, porque como es Omnipotente, no se cansa en la ejecución de tormentos tan inmensos; y como es eterno, no se morirá, y eternamente les atormentará con eterna muerte. No por ser espíritu es alguno exento de castigo, porque la Omnipotencia puede hacer que se atormente lo espiritual con lo material. Allí rompe las leyes de la naturaleza, y obra según su poder infinito. Al fuego junta con el hielo, al hambre con el hastío, la podredumbre con la entereza, la muerte con la eternidad. ¿Quién no teme esta ira? ¿Quién no se estremece de este furor justísimo y santísimo, pues es de la Suma Santidad? ¿Cómo es posible que siendo tanta la justicia de Dios, la desprecien tantos? Por cierto que si sólo uno entre todos los hombres nacidos y por nacer se hubiese de condenar, sería suficiente para hacer estremecerse a todos los demás; porque es algo tan horrendo la

condenación eterna, que sólo su nombre debía hacer erizar el cabello a cada uno, deseando no fuese aquel miserable. ¿Pues cómo, siendo tantos los que se condenan, reímos y comemos, y reposamos sin cuidado? Un horror es el infierno, y horrenda cosa no temerlo.

Ha de haber reparación al Eterno Padre por los pecados que se han cometido y no se han perdonado. Sin embargo, los réprobos han retirado sus pecados del Calvario al elegir la condenación eterna, y Cristo no ha podido repararlos allí, por lo que ellos quedan con sus pecados entronizados en sus corazones sin reparar. Como consecuencia, en el Infierno, Cristo los repara al Eterno Padre encendiendo el fuego en cada uno de ellos, hasta tal punto que se sientan obligados a confesar su culpa y la justicia de Dios, sin que tengan arrepentimiento. Y como los pecados siguen en el condenado y la reparación es finita, por ser finitas las víctimas, ha de seguirse siempre, siempre, sin parar, para que Dios quede reparado como forzosamente ha de ser. “Pues, así como en el Templo, según la Ley de Moisés, toda víctima ha de ser rociada con sal, también aquellos que se condenan serán sazonados con el fuego al ser víctimas, por sus impenitencias, de la Divina Justicia.” (Evangelio).

¡Desdichado de ti que tan poco tuviste en cuenta los dones y los castigos del Señor! Si tu Jesús no hubiese tenido misericordia, muchos años hace que quizás estarías tú en aquel horno pestilente, donde arden tantos pecadores como tú. Ya que tu Redentor te ha sacado del lodazal de tus culpas y tan amorosamente te invita a que le ames, procura ahora que el tiempo que te dé lo inviertas tú todo en servirle. ¡Cuán terribles serán los tormentos de los condenados por no haber aprovechado bien un día, una hora de ese tiempo que a ti te concede, para alcanzar el perdón! Y tú ¿qué harás? ¿Seguirás malgastándolo en cosas que desagraden a Dios? No lo permita el Señor.

La pena de sentido que más atormenta a los réprobos es el fuego del infierno, tormento del tacto. El Señor lo mencionará especialmente en el día del juicio: “Apartaos de Mí, malditos de mi Padre, id al fuego eterno.”

Aun en este mundo el suplicio del fuego es el más terrible de todos. Mas hay tal diferencia entre las llamas de la tierra y las del infierno, que, según dice San Agustín, en comparación de aquéllas, las nuestras son como pintadas; o como si fueran de hielo, añade San Vicente Ferrer. Y la razón de esto consiste en que el fuego terrenal fue creado para utilidad nuestra, pero el del infierno, sólo para castigo. Muy diferentes son el fuego que se utiliza para el uso del hombre y el que sirve para la justicia de Dios. La indignación de Dios enciende esas llamas de venganza; y por esto se llama espíritu de ardor al fuego del infierno.



El réprobo estará dentro de las llamas, rodeado de ellas por todas partes, como leño en el horno. Tendrá abismos de fuego bajo sus plantas, inmensas masas de fuego sobre su cabeza y alrededor de sí. Cuanto vea, toque o respire, será fuego: lo que ha de respirar, tocar y ver. Sumergido estará en fuego como el pez en el agua. Y esas llamas no se hallarán sólo en derredor del réprobo, sino que penetrarán dentro de él, en sus mismas entrañas, para atormentarle.

El cuerpo será pura llama; arderá el corazón en el pecho, las vísceras en el vientre, el cerebro en la cabeza, en las venas la sangre, la médula en los huesos. Todo condenado se convertirá en un horno ardiente.

Hay personas que no aguantan el ardor de un suelo calentado por los rayos del sol, o estar junto a un brasero encendido, en cerrado aposento, ni pueden resistir una chispa que les salte de la lumbre, pero no temen aquel fuego que devora. Así como una fiera devora a un tierno corderillo, así las llamas del infierno devorarán al condenado. Le devorarán sin darle muerte.

“Sigue, pues, insensato,” dice San Pedro Damiano hablando del voluptuoso; “sigue satisfaciendo tu carne, que un día llegará en que tus deshonestidades se convertirán en ardiente pez dentro de tus entrañas y harán más intensa y abrasadora la llama infernal en que has de arder.”

Y añade San Jerónimo que aquel fuego llevará consigo todos los dolores y males que en la tierra nos atribulan; hasta el tormento del hielo se padecerá allí. Y todo ello con tal intensidad, que, como dice San Juan Crisóstomo, los padecimientos de este mundo son pálida sombra en comparación de los del infierno.

Las potencias del alma recibirán también su adecuado castigo. Tormento de la memoria será el vivo recuerdo del tiempo que en vida tuvo el condenado para salvarse y lo gastó en perderse, y de las gracias que Dios le dio y fueron menospreciadas. El entendimiento padecerá considerando el gran bien que ha perdido perdiendo a Dios y el Cielo, y ponderando que esa pérdida es ya irremediable. La voluntad verá que se le niega todo cuanto desea.

El desventurado réprobo no tendrá nunca nada de lo que quiere, y siempre ha de tener lo que más aborrezca: males sin fin. Querrá librarse de los tormentos y disfrutar de paz. Mas siempre será atormentado, jamás hallará momento de reposo.

Jesús ha muerto por librarte de la muerte eterna. Librándote del infierno, quiso que no arudieses en las llamas eternas, sino en el dulce fuego de su amor. Ahora que puedes amar, resuelve amar a tu Redentor, que tanto te ha

amado. Mucho debes agradecerle que Él no te haya olvidado. De no haber sido así, te hallarías ahora en el infierno, o no tendrías dolor de tus culpas. Este dolor de corazón por haberle ofendido, sentir este deseo de amarle mucho, dones son de su gracia, que te auxilia y vivifica. Ten impreso en tu alma el recuerdo del infierno que mereciste y de la gracia que Dios te dio, para que no vuelvas a condenarte tú mismo a los tormentos infernales.

Todas las penas referidas nada son si se comparan con la pena de daño. Las tinieblas, el hedor, el llanto y las llamas no constituyen la esencia del infierno. El verdadero infierno es la pena de haber perdido a Dios.

Decía San Bruno: “Multiplíquense los tormentos, con tal que no se nos prive de Dios.” Y San Juan Crisóstomo: “Si dijeres mil infiernos de fuego, nada dirás comparable al dolor aquél.” Y San Agustín añade que si los réprobos gozasen de la vista de Dios, “no sentirían tormento alguno, y el mismo infierno se les convertiría en paraíso.”

Para comprender algo de esta pena, consideremos que si alguno pierde, por ejemplo, una piedra preciosa que valga cien monedas de oro, tendrá disgusto grande; pero si esa piedra valiese doscientos, sentiría la pérdida mucho más, y más todavía si valiera quinientos.

En suma: cuanto mayor es el valor de lo que se pierde, tanto más se acrecienta la pena que ocasiona el haberlo perdido. Y puesto que los réprobos pierden *el bien infinito*, que es Dios, sienten, como dice Santo Tomás, una pena en cierto modo infinita.

En este mundo solamente los justos temen esa pena, dice San Agustín. San Ignacio de Loyola decía: “Señor, todo lo sufriré, mas no la pena de estar privado de Vos.” Los pecadores no sienten temor ninguno por tan grande pérdida, porque se contentan con vivir largos años sin Dios, hundidos en tinieblas. Pero en la hora de la muerte conocerán el gran bien que han perdido.

El alma, al salir de este mundo, dice San Antonino, conoce que fue creada por Dios, e irresistiblemente vuela a unirse y abrazarse con el Sumo Bien; mas si está en pecado y no se arrepienta sinceramente, Dios la rechaza.

Si un perro sujeto y amarrado ve cerca de sí exquisita caza, se esfuerza por romper la cadena que le retiene y trata de lanzarse hacia su presa. El alma, al separarse del cuerpo, se siente naturalmente atraída hacia Dios. Pero el pecado la aparta y arroja lejos de Él.

Todo el infierno, pues, se cifra y resume en aquellas primeras palabras de la sentencia: “Apartaos de Mí, malditos.” Apartaos, dirá el Señor; no quiero que veáis mi rostro. ¡Ni aun imaginando mil infiernos podrá nadie concebir lo que es la pena de ser aborrecido de Cristo!

San Felipe II, viendo que un noble de su corte estaba en el templo con gran irreverencia, le dijo severamente: “No volváis a presentaros ante mí”; y tal fue la confusión y dolor de aquel hombre, que al llegar a su casa murió. ¿Qué será cuando Dios despida al réprobo para siempre? Esconderá de ellos su rostro, y hallarán todos los males y aflicciones. “No sois ya míos, ni Yo vuestro,” dirá Cristo a los condenados en el día del juicio.

Dolor inmenso aflige a un hijo y a una esposa cuando piensan que nunca volverán a ver a su padre o esposo, que acaba de morir. Pues si al oír los lamentos del alma de un réprobo le preguntásemos la causa, ¿qué profundísimo dolor sentirá esa alma cuando nos dijese: “Lloro porque he perdido a Dios, y ya no le veré jamás”? ¡Y si, a lo sumo, pudiese el desdichado amar a Dios en el infierno y conformarse con la divina voluntad! Mas no; si eso pudiese hacer, el infierno ya no sería infierno. Ni podrá resignarse ni le será dado amar a su Dios. Vivirá odiándole eternamente, y ése ha de ser su mayor tormento: conocer que Dios es el Sumo Bien, digno de infinito amor, y verse forzado a aborrecerle siempre. “Soy aquel malvado desposeído del amor de Dios”, así respondió un demonio interrogado por Santa Catalina de Génova.

El réprobo odiará y maldecirá a Dios, y maldiciéndole maldecirá los beneficios que de Él recibió: la creación, la Redención, los Sacramentos, singularmente los del Bautismo y Penitencia, y, sobre todo, el Santísimo Sacramento del Altar. Aborrecerá a todos los Ángeles y Santos, y con odio implacable a su Ángel custodio, a sus Santos protectores y a la Virgen Santísima. Maldecidas serán por él las tres Divinas Personas, especialmente la del Hijo de Dios, que murió por salvarnos, y las llagas, trabajos, Sangre, Pasión y Muerte de Cristo Jesús.

Dios es el Sumo Bien, el bien infinito, ¿y tú, voluntariamente, tantas veces le has perdido? Sabías que con tus culpas le enojabas y perdías su gracia, ¡y, sin embargo, las cometiste! ¡Ah, si no supieses que clavado en la Cruz murió por ti, cómo te atreverías a pedir y a esperar su perdón!

De la eternidad del infierno: “Irán al suplicio eterno.” (Evangelio). Si el infierno tuviese fin no sería infierno. La pena que dura poco, no es gran pena. Si a un enfermo se le saja un tumor o se le quema una llaga, no dejará de sentir vivísimo dolor; pero como este dolor se acaba en breve, no se le puede tener por tormento muy grave. Mas sería grandísima tribulación que al cortar o quemar continuara sin treguas semanas o meses.

Cuando el dolor dura mucho, aunque sea muy leve, se hace insoportable. Y no ya los dolores, sino aun los placeres y diversiones duraderos en demasía, una comedia, un concierto continuado sin interrupción por muchas horas, nos ocasionarían insufrible tedio. ¿Y si durasen un mes, un año?

¿Qué sucederá, pues, en el infierno, donde no es música ni comedia lo que siempre se oye, ni leve dolor lo que se padece, ni ligera herida o breve quemadura de candente hierro lo que atormenta, sino el conjunto de todos los males, de todos los dolores, no en tiempo limitado, sino por toda la eternidad?

Esta duración eterna es de fe, no una mera opinión, sino verdad revelada por Dios en muchos lugares de la Escritura. “Apartaos de Mí, malditos de mi Padre, id al fuego eterno... Ir al infierno, en donde el gusano que roe con desesperado remordimiento, nunca muere, y el fuego nunca se apaga... Y les arrojarán en el fuego eterno.” (Evangelio). “La pena de condenación eterna como pago a sus maldades.” (2 Tesalonicenses.). Así como la sal conserva los manjares, el fuego del infierno atormenta a los condenados y al mismo tiempo sirve como de sal, conservándoles la vida. “Allí el fuego consume de tal modo,” dice San Bernardo, “que conserva siempre.”

¡Insensato sería el que, por disfrutar un rato de recreo, quisiera condenarse a estar luego veinte o treinta años encerrado en una fosa! Si el infierno durase, no ya cien años, sino dos o tres no más, todavía fuera locura incomprendible que por un instante de placer nos condenásemos a esos dos o tres años de tormento gravísimo. Pero no se trata de treinta, ni de ciento, ni de mil, ni de cien mil años; se trata de padecer para siempre terribles penas, dolores sin fin, males espantosos, sin alivio alguno.

Con razón, pues, aun los Santos gemían y temblaban mientras subsistía con la vida temporal el peligro de condenarse. El bienaventurado Isaías ayunaba y hacía penitencia en el desierto, y se lamentaba, exclamando: “¡Ah infeliz de mí, que aún no estoy libre de las llamas infernales!”

Si Dios te hubiese enviado al infierno, que tantas veces mereciste, y luego, por su gran misericordia hubiese hecho lo imposible, librándote de él, ¡cuán agradecido no hubieses quedado, y qué vida tan santa hubieses procurado tener! Pues ahora que con clemencia todavía mayor te ha preservado de la condenación eterna, ¿qué harás por el Señor? ¿Tornarás a ofenderle y a provocar su ira para que te castigue junto con los réprobos, muchos de los cuales se hallan condenados por haber cometido en vida culpas menores que las tuyas? En vez de emplear el tiempo que tu Redentor te dio en llorar tus pecados, lo invertiste en ofenderle. Con razón debes temer que por un nuevo pecado mortal te abandone. Que el Señor ponga ante tu vista ese temor justísimo siempre que el demonio te provoque a ofenderle.

Enseña San Gregorio XVII que las puertas del Cielo quedaron herméticamente cerradas desde el pecado de Adán y Eva hasta que Cristo las abrió con su Muerte. Así también quedarán cerradas las puertas del averno de los tormentos eternos cuando entren los condenados: se cerrarán herméticamente tras ellos, pero no se abrirán nunca más. Puerta para entrar hay en el infierno, mas no para salir, dice Eusebio Emiseno.

El que entra en el infierno jamás saldrá de allí. Por este pensamiento temblaban muchos de los santos. Mientras vive, el pecador puede conservar alguna esperanza de remedio; pero si la muerte le sorprende en pecado y se condena, entonces acabará para él toda esperanza. ¡Y si, a lo menos, pudiesen los condenados forjarse alguna engañosa ilusión que aliviara su desesperación horrenda!

El pobre enfermo, llagado e impedido, postrado en el lecho y desahuciado de los médicos, tal vez se ilusiona y consuela pensando que ha de llegar algún doctor o nuevo remedio que le cure. El infeliz criminal condenado a perpetua cadena busca también alivio a su pesar en la remota esperanza de huir y libertarse. ¡Si lograrse siquiera el condenado engañarse así, pensando que algún día podría salir de su prisión! Mas no; en el infierno no hay esperanza, ni cierta ni engañosa; no hay allí un ‘¿quién sabe?’ consolador.



El desventurado verá siempre ante sí escrita su sentencia, que le obliga a estar perpetuamente lamentándose desesperadamente en medio de sus tormentos. Unos tienen sentencia para la bienaventurada vida eterna y otros para eterno oprobio, para que lo vean siempre. Dice el profeta Baruc que, para aquellos que guarden la Ley Divina, está la vida eterna; y para aquellos que la quebranten, está la muerte eterna.

El réprobo no sólo padece lo que ha de padecer en cada instante, sino que en todo momento sufre la pena de la eternidad, y dirá: “Lo que ahora padezco, he de padecerlo siempre.” Los condenados sostienen así el peso de la eternidad.

Roguemos, pues, al Señor, como rogaba San Agustín: “Quema y corta y no perdones aquí, para que perdones en la eternidad.” Los castigos de esta vida, transitorios son; pero los castigos eternos de la otra vida no acaban jamás.

Temámosla, pues. Temamos la voz de trueno con que el supremo Juez pronunciará en el día del juicio su sentencia contra los réprobos: “Apartaos de Mí, malditos de mi Padre, id al fuego eterno.” Recuerda la rueda, porque esa curva es símbolo de la eternidad, que no tiene fin. Grande es el castigo del infierno, pero lo más terrible de él es ser irrevocable.

Dirá el incrédulo: ¿Dónde está la justicia de Dios, al castigar con pena eterna un pecado que dura un instante? Y respondemos: Dios castiga con pena eterna a los que rechacen la salvación en el juicio particular, pecado en máximo grado contra el Espíritu Santo. En ese momento los que se condenan rechazan definitivamente a Dios, diciendo “no queremos nada tuyo”, decisión que ya no pueden cambiar. Por eso es justo la pena eterna. Además, ¿cómo se atreve el pecador, por el placer de un instante, a ofender a un Dios de Majestad infinita? Aun en el juicio humano, dice Santo Tomás, la pena se mide, no por la duración, sino por la calidad del delito. No porque el homicidio se cometa en un momento ha de castigarse con pena momentánea.

Para el pecado mortal, un infierno es poco. A la ofensa de la Majestad infinita debe corresponder un castigo infinito, dice San Bernardino de Siena. Y como la criatura, escribe el Angélico Doctor, no es capaz de recibir pena infinita, justamente hace Dios que esa pena sea infinita en duración.

Además, la pena debe ser necesariamente eterna, porque el réprobo no podrá jamás satisfacer por su culpa. En este mundo puede satisfacer el pecador penitente, en cuanto se le aplican los méritos de Jesucristo; pero el condenado no participa de esos méritos, y, por tanto, no pudiendo nunca satisfacer a Dios, siendo eterno el pecado, eterno también ha de ser el castigo.

Allí, la culpa podrá ser castigada; pero expiada, jamás; porque, como dice San Agustín, “allí, el pecador no podrá arrepentirse”, y por eso el Señor estará siempre airado contra él. Y aun dado el caso que Dios quisiera perdonar al réprobo, éste no querría el perdón, porque su voluntad, obstinada y rebelde, está confirmada en odio contra Dios.

Dice San Inocencio III: “Los condenados no se humillarán; antes bien, la malignidad del odio crecerá en ellos.” Y San Jerónimo afirma que “en los réprobos, el deseo de pecar es insaciable.” La herida de tales desventurados no tiene curación; ellos mismos se niegan a sanar.

Si estuvieses ahora condenado, como tantas veces quizás has merecido, te hallarías obstinado en odio contra tu Redentor y Dios, que dio por ti la vida. ¡Oh, qué infierno tan cruel sería aborrecer a Dios, que tanto te ha amado, que es belleza infinita e infinita bondad, digna de infinito amor! ¡Y hallándote en el infierno, te verías en tan infeliz estado, que ni aun querrías el perdón que ahora te ofrece! Ya que ahora aún puedes amar a Jesús y ser perdonado, desea su amor y perdón, pues te los ofrece. ¿Qué mal te hizo para que siempre le aborrecieras como a enemigo tuyo? ¿Qué amigo hay que haya hecho y padecido por ti lo que Jesús hizo y padeció?

En la vida del infierno, la muerte es lo que más se desea. Buscarán los condenados la muerte, y no la hallarán. Desearán morir, y no será posible para ellos. Por lo cual exclama San Jerónimo: “¡Oh muerte, cuán grata serías a los mismos para quienes fuiste tan amarga!”

La muerte se apacientará con los réprobos, pues, así como al pacer los rebaños comen las hojas de la hierba y dejan la raíz, así la muerte devora a los condenados: los mata en cada instante y, a la vez, les conserva la vida para seguir atormentándolos con eterno castigo.

De suerte, dice San Gregorio, que el réprobo muere continuamente, sin morir jamás. Cuando a un hombre le mata el dolor, le compadecen las gentes. Mas el condenado no tendrá quién le compadezca. Estará siempre muriendo de angustia, y nadie le compadecerá.

Se cuenta que el emperador Zenón, sepultado vivo en una fosa, gritaba y pedía, por piedad, que le sacaran de allí, mas no le oyó nadie, y le hallaron después muerto en ella; y las mordeduras que en los brazos él mismo, sin duda, se había hecho, patentizaron la horrible desesperación que había sentido.

Pues los condenados, exclama San Cirilo de Alejandría, gritan en el abismo del infierno, pero nadie acude a librarlos, ni nadie los compadece nunca.

¿Y cuánto durará tanta desdicha? Siempre, siempre. Se refiere en los ‘Ejercicios Espirituales’, del Padre Sèneri, que en Roma se interrogó a un demonio (que estaba en el cuerpo de un poseso), y le preguntaron cuánto tiempo debía estar en el infierno, y respondió, dando señales de rabiosa desesperación: “¡Siempre, siempre!” Fue tal el terror de los circunstantes, que muchos jóvenes del Seminario Romano, allí presentes, hicieron confesión general, y sinceramente mudaron de vida, convertidos por aquel breve sermón de dos palabras solas.

¡Infeliz Judas! ¡Cerca de dos mil años han pasado desde que está en el infierno, y, sin embargo, se diría que ahora acaba de empezar su castigo! ¡Desdichado Caín! ¡Más de seis mil años lleva en el suplicio infernal, y puede decirse que aún se halla en el principio de su pena!

Un demonio que fue preguntado cuánto tiempo hacía que estaba en el infierno, respondió: “Desde ayer.” Y como se le replicó que no podía ser así, porque habían transcurrido ya más de cinco mil años desde su

condenación, exclamó: “Si supierais lo que es eternidad, comprenderíais que, en comparación de ella, cincuenta siglos no son ni un instante.”

Si algún ángel dijese a un réprobo: “Saldrás del infierno cuando hayan pasado tantos siglos como gotas hay en las aguas de la tierra, hojas en los árboles y granos de arena en el mar”, el réprobo se regocijaría tanto como un mendigo que recibiese la nueva de que iba a ser rey. Porque pasarán todos esos millones de siglos, y otros innumerables después, y con todo, el tiempo de duración del infierno estará comenzando.

Los réprobos desearían conseguir de Dios que les acrecentaran en extremo la intensidad de sus penas, y que las dilatase cuanto quisiera, con tal que les pusiese fin, por remoto que fuese. Pero ese término y límite no existen ni existirán. La voz de la divina justicia sólo repite en el infierno las palabras ‘*siempre, jamás.*’

Por burla preguntarán a los réprobos los demonios: “¿Va muy avanzada la noche? ¿Cuándo amanecerá? ¿Cuándo acabarán esas voces, esos llantos y el hedor, los tormentos y las llamas?” Y los infelices responderán: “¡*Nunca, jamás!*” Pues ¿cuánto ha de durar? “¡*Siempre, siempre!*...”

¡Ah Señor! Ilumina a tantos ciegos que cuando se les insta para que no se condenen, responden: “Dejadnos. Si vamos al infierno, ¿qué le hemos de hacer? ¡Paciencia!”

¡Oh Dios mío!, no tienen paciencia para soportar a veces las molestias del calor o del frío, ni sufrir un leve golpe, ¿y la tendrán después para padecer las llamas de un mar de fuego, los tormentos diabólicos, el abandono absoluto de Dios y de todos, por toda la eternidad?

Dios, que es Padre de las misericordias, nunca abandona a quien le busca. Si en la vida pasada tantas veces te apartaste de Dios y no te abandonó, no te dejará ahora, si a Él acudes. ¿Cómo no has de arder en amor a tu Jesús al pensar que, hace muchos años, debieras verte ardiendo en las llamas infernales por toda la eternidad, y que Él murió por librarte de ellas, y con tan gran clemencia te libró?

Remordimientos del condenado: “El gusano que roe con desesperado remordimiento, nunca muere, y el fuego nunca se apaga.” (Evangelio). Este ‘gusano que nunca muere’ significa, según Santo Tomás, el remordimiento de conciencia de los réprobos, que eternamente ha de atormentarlos en el infierno. Muchos serán los remordimientos con que la conciencia roerá el corazón de los condenados. Pero tres de ellos llevarán consigo más vehemente dolor: el considerar la nada de las cosas por que el réprobo se ha condenado, lo poco que tenía que hacer para salvarse y el gran bien que ha perdido. Ya os lo dijimos en nuestra Undécima Carta Apostólica, y nos parece oportuno recordaros más adelante otras exhortaciones de la misma carta, según sea conveniente.

Cuando Esaú se vio desheredado para siempre por haber tomado aquel plato de lentejas por el cual vendió su derecho de primogenitura, el haber consentido en tal pérdida le apenó tanto que, como dice la Escritura, “rompió a gritar y a llorar amargamente.” ¡Oh, con qué gemidos y clamores se quejarán los réprobos al ponderar que por breves, momentáneos y envenenados placeres han perdido un reino eterno de felicidad y se ven por siempre condenados a continua e interminable muerte! Más amargamente llorarán que ningún sentenciado a morir.

¡Cuán honda pena traerá al condenado el recuerdo de la causa que le acarreó tanto mal! Sueño de un instante nos parece nuestra vida pasada. ¿Qué le parecerán al réprobo los cincuenta o sesenta años de su vida terrena cuando se halle en la eternidad y pasen cien o mil millones de años, y vea que entonces aquella su eterna vida de castigo está comenzando? Y, además, los cincuenta años de la vida en la tierra, ¿son acaso cincuenta años de placer?

El pecador que vive sin Dios, ¿goza siempre en su pecado? Un momento dura el placer culpable; lo demás, para quien existe apartado de Dios, es tiempo de penas y aflicciones. ¿Qué le parecerán, pues, al réprobo infeliz esos breves momentos de deleite? Exclamará: “¡Por un vil placer, que duró un instante, y que como el humo se disipó, he de arder en estas llamas, desesperado y abandonado, mientras Dios sea Dios, por toda la eternidad!”

Considera tu maldad en ofender a Dios, y la pena eterna que por ello mereciste. Si te hubiera enviado al infierno, que has merecido, el remordimiento sería allí uno de tus mayores castigos, al considerar la miseria y vileza de las cosas que produjeron tu perdurable desventura. Mas ahora el dolor reanima y consuela y te infunde esperanza de alcanzar perdón, puesto que el Señor ofrece perdonar al que se arrepiente.

Dice Santo Tomás que ha de ser singular tormento de los condenados el considerar que se han perdido por verdaderas naderías, y que pudieran, si hubiesen querido, alcanzar fácilmente el premio de la gloria. El segundo remordimiento de su conciencia consistirá, pues, en pensar lo poco que debían haber hecho para salvarse.



Se apareció un condenado a San Humberto, y le reveló que, después de perder a Dios, su aflicción mayor en el infierno era el conocimiento del vil motivo que le había conducido a la condenación, y de la facilidad con que hubiera podido evitarla. (Carta 11). Dirá, pues, el réprobo: “Si me hubiese mortificado en no mirar aquel objeto, en vencer ese respeto humano, en huir de tal ocasión, trato o amistad, no me hubiese condenado. Si me hubiese confesado todas las semanas, y frecuentado los piadosos ejercicios en la iglesia, y leído cada día en aquel libro espiritual, y me hubiera encomendado a Jesús y a María, no habría recaído en mis culpas. Propuse muchas veces hacer todo eso, mas no perseveré. Comenzaba a practicarlo, y lo dejaba luego. Por eso me perdí.”

Aumentará la pena causada por tal remordimiento el recordar los ejemplos de muchos buenos compañeros y amigos del condenado, los dones que Dios le concedió para que se salvara; unos, de naturaleza, como buena salud, largos años, hacienda y talento, que bien empleados, como Dios quería, hubieran servido para procurar la santificación; otros, dones de gracia, luces, inspiraciones y llamamientos, para remediar el mal que hizo.

Pero el réprobo verá que en el estado en que se halla no cabe ya remedio. “Serán arrojados al fuego del infierno, cuyos tormentos padecerán por los siglos de los siglos, sin que tengan descanso alguno ni de día ni de noche.” (Apocalipsis).

Como agudas espadas serán para el corazón del condenado los recuerdos de todas esas gracias que recibió cuando vea que no es posible ya reparar la ruina perdurable. Exclamará con sus otros desesperados compañeros: “Pasó el tiempo de prueba. ¡Oh si el trabajo y tiempo que empleé en condenarme los hubiese invertido en servicio de Dios, hubiera sido un santo! ¿Y ahora qué hallo, sino remordimientos y penas sin fin?”

Sin duda el pensar que podría ser eternamente dichoso, y que será siempre desgraciado, atormentará más al réprobo que casi todos los demás castigos infernales.

Mil veces te apartaste de Jesús, y otras tantas vino a buscarte; le ofendiste, y te perdonó; volviste a ofenderle, y todavía te concedió perdón. Duélete de haber tan indignamente despreciado el amor de tu carísimo Redentor, y considera aquel vivo dolor que con sudores de sangre tuvo por tus pecados en el huerto de Getsemaní. ¡Oh malditos deleites; maldice y detéstalos, porque te han privado de la gracia de Dios!

Considerar el alto bien que han perdido, será el tercer remordimiento de los condenados, cuya pena, como dice San Juan Crisóstomo, será más grave por la privación de la gloria que por los demás dolores del infierno.

“Que Dios me dé cuarenta años de reinado, y renuncio gustosa al paraíso”, decía la infeliz princesa Isabel de Inglaterra. Obtuvo los cuarenta años de reinado y más. Mas, ahora, su alma en la otra vida, ¿qué dirá? Seguramente no pensará lo mismo, pues después de su muerte se oyó una voz sobre el río Támesis: “¡Por cuarenta años de reinado, una eternidad en el infierno!”. ¡Cuán afligida y desesperada se hallará viendo que, por reinar cuarenta y cuatro años entre angustias y temores, disfrutando un trono temporal, perdió para siempre el reino de los Cielos! (Carta 11) Mayor aflicción todavía ha de tener el réprobo al conocer que perdió la gloria y el Sumo Bien, que es Dios, no por azares de mala fortuna ni por malevolencia de otros, sino por su propia culpa. Verá que fue creado para el Cielo, y que Dios le permitió elegir libremente entre la vida y la muerte eternas. Verá que en su mano tuvo el ser para siempre dichoso, y que, a pesar de ello, quiso hundirse por sí mismo en aquel abismo de males, de donde nunca podrá salir, y del cual nadie le librará.

Verá cómo se salvaron muchos de sus compañeros, que, aunque se hallaron entre idénticos o mayores peligros de pecar, supieron vencerlos encomendándose a Dios, o si cayeron, no tardaron en levantarse y se consagraron nuevamente al servicio del Señor. Mas él no quiso imitarlos, y fue desastrosamente a caer en el infierno, mar de dolores donde no existe la esperanza.

Si hasta aquí has sido tan insensato que, por no renunciar a un mísero deleite, preferiste perder el reino de los Cielos, procura a tiempo remediar el daño. No permanezcas en tu locura, y teme ir a llorarla en el infierno.

Quizá estas consideraciones que lees son los postreros llamamientos de Dios. Tal vez, si no mudas de vida y si cometes otro pecado mortal, te abandonará el Señor y, como consecuencia, rechazarás la salvación y Dios te enviará a padecer eternamente entre aquellas muchedumbres de insensatos que ahora reconocen su error, aunque lo confiesan desesperados, porque no ignoran que es irremediable.

Cuando el enemigo te induzca a pecar, piensa en el infierno, y acude a Dios y a la Virgen Santísima. La idea del infierno podrá librarte del mismo infierno. “En todas tus acciones, acuérdate de tus postrimerías, y nunca jamás pecarás” (Eclesiástico), porque ese pensamiento te hará recurrir a Dios. (Carta 11).

¡Ah, cuántas veces has perdido al Soberano Bien por nada, y cuántas merecías perderle para siempre! Pero que te reanime y consuele la bondad del Señor; no debes, pues, desconfiar de recuperar su gracia y amistad, si de veras las buscas. Suspira por la gracia de Dios más que por ningún otro bien. Prefiere verte privado de todo, hasta de la vida, antes que perder su amor.

La infinita misericordia de Dios: ¿No deben casi todos ir al infierno, porque viven en pecado mortal y así llegan a la muerte? Es tan grande la justicia divina y la ira de Dios contra los pecadores, que solas bastarían

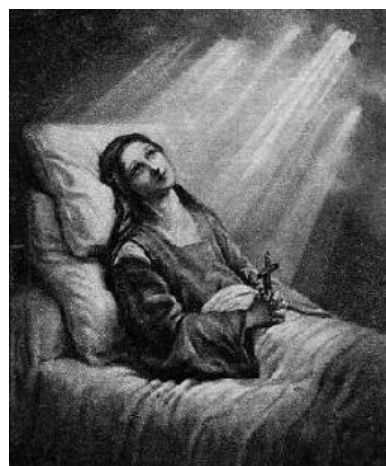
para hacernos morir de temor y de tristeza, si no miramos por otro lado la grandeza de su misericordia; porque, con ésta y con la esperanza de recibirla, se modera el temor, y el alma se alienta con las alas que le da la infinita bondad de Dios para protegerse en ella de su misma justicia. Por eso dice San Gregorio I: “En el pecho del pecador se debe juntar continuamente la esperanza y el temor; porque en balde espera uno la misericordia si no teme también la justicia; y en vano tendrá miedo de la justicia, si no confía también en la misericordia.” Poco aprovechará que el temor le ponga a uno espanto de sus pecados, si no quiere salir de ellos, para lo cual la esperanza le abre la puerta. Que nadie se desmaye, por más pecados que tenga y por más que sea aterradora la justicia de Dios, porque mansísima es su bondad; y por mucho que haya hecho su justicia para castigar los pecados, no puede hacer más de lo que ha hecho su misericordia para perdonarlos; pues en Dios la misericordia sobrepuja al rigor de la justicia.

Todo el furor divino que se descarga contra los pecadores, tanto ángeles como hombres, no sólo en esta vida sino también en los infiernos, desde el principio del mundo hasta que se acabe, y aun por toda la eternidad, no se puede comparar con una sola obra de misericordia realizada en un instante. Muy atrás queda la justicia, si se compara con la misericordia de Dios. Dios no hizo todo lo que pudo por castigar; pero por perdonar hizo lo infinito, y muchas veces infinito. Hizo la obra de la Encarnación, haciéndose Hombre el mismo Dios; y hecho Hombre, hizo innumerables obras, cada una de infinito valor y merecimientos. El castigar nunca lo procuró Dios; el perdonar y hacer bien, lo deseó y lo procuró con ansias. Por castigar no dio un paso que le costase sudor; por perdonar se cansó y sudó hasta derramar sangre, padeció tormentos, afrentas y hasta la misma Cruz. Dios no castiga por naturaleza, sino, digámoslo así, como forzado por nuestros pecados; en cambio, el hacer el bien le es natural, y el perdonar sumamente gustoso. De manera, que si hay razón para temer la terrible ira de Dios, hay razón mayor para esperar en su piedad y misericordia.

Para castigar no hace la omnipotencia de Dios todo lo que puede; pues muchas obras mayores de justicia pudiera hacer; pero para perdonar ha usado de toda su omnipotencia. Porque no es posible obra de mayor omnipotencia que hacerse Dios Hombre para perdonar a los hombres. No es posible obra de mayor misericordia que querer Dios padecer miserias para ser misericordioso. Esta obra sola de misericordia es más que cuantas obras de rigor y justicia hay y habrá, y son posibles e imaginables. Es verdad que Dios tiene la voluntad de castigar a los pecadores; pero para perdonar tiene ansias, y gusto y contento, y tan grande, que a costa de tormentos suyos nos libra a nosotros de ellos.

¿Quién no ve aquí cómo las obras de misericordia de Dios sobrepasan a las de su justicia? Porque no sólo en la obra de la Encarnación, sino en cualquier pecador a quien perdona sus pecados, Dios hace más que en cuantos hombres y ángeles castiga. Para castigar, no usa Dios de toda la magnitud de sus atributos divinos, como lo hace para perdonar. Más costosa y excelente obra es lo que hace Dios en uno a quien perdona, que todos sus castigos a los pecadores. En quien perdona pone su Gracia, que es una participación de su naturaleza y santidad divinas; pone la Caridad, que es también una altísima participación del Espíritu Santo; pone las virtudes infusas, que son todas sobrenaturales y divinas; pone los dones del Espíritu Santo. Todo grandes riquezas y tesoros. Todas son cosas sobrenaturales. Buena gana tiene de perdonar, el que da tanto a quien perdona.

No tiene que extrañarnos la multitud de los que se condenan, pero son muchos más los que van a estar en el Cielo que los que estarán en el infierno. Van a ser incomparablemente más los ciudadanos de la ciudad de Dios, que los presos en las eternas tinieblas. Muchísimos hombres se pierden; pero innumerables son los que se salvan. Y los ciudadanos de la Celestial Jerusalén no son sólo hombres, sino también Ángeles. Junta la multitud de hombres y de Ángeles, e innumerablemente más son los salvados que los perdidos. Más son, y mucho más, los salvados que los réprobos.



Pero aunque son muchos los hombres que se condenan, sabemos que vendrá un tiempo en que se salven todos los viadores, que es lo que sucederá cuando todo el mundo sea un solo rebaño bajo un solo Pastor de todos; porque se salvarán todos los que nazcan en la Tierra ya renovada durante el Reino Mesianico, y estos serán muchísimos más que los hombres que se hayan condenado.

Aunque actualmente el número de hombres condenados en el Infierno eterno, se cuenta por miles de millones, sabemos que, por la infinita misericordia de Dios, el número de los hombres que se salvan es muchísimo mayor que el de los que se condenan, ya que la Gracia sobreabunda al pecado. El Tratado de la Santa Misa explica que, en el periodo que va desde la creación del mundo hasta el Retorno de Cristo a la Tierra, el número de hombres muertos después de llegar al uso de razón que se salvan, es muchísimo mayor que el número de hombres muertos después del uso de razón que se condenan. Como es lógico, a los que se salvan, hay que añadir el ingente número de los

miembros de la Iglesia Expectante o Limbo de los Niños; y también los niños bautizados que mueren antes de llegar al uso de razón, los cuales van directamente al Cielo.

Aun ahora, no forman una pequeña parte, los que se salvan, porque es grande la eficacia de la Santa Misa y de los Sacramentos de Cristo. Y supuesto el caso que del total de hombres y ángeles fuesen más los condenados, lo cual de ninguna manera es así, mayor maravilla es que se salve uno, que lo es que se condenen todos; es mayor la obra de la misericordia divina en salvar sólo a San Pablo, que la obra de la justicia en condenar a todos los demonios. El pecar es de la criatura, y después del pecado corresponde padecer el castigo que es debido, porque es cosa connatural que la pena corresponda a la culpa; pero ser restituído a la gracia, es algo sobre todas fuerzas humanas.

Pues si hace más Dios para perdonar que para castigar, e infinitamente mayores son las obras de su misericordia y bondad que las de su rigor y justicia, y además de ser mayores son más numerosas, bien nos puede dar alas su amorosísima bondad para que confíe el pecador en ella, que le ha de ayudar a salir de su pecado.

Pues ¿qué decir de las invenciones maravillosas que Dios ha ordenado para perdonar, instituyendo para eso tan admirables Sacramentos, y singularmente el Santísimo Sacramento y sacrificio de su Cuerpo y Sangre? Esta sola obra es tan maravillosa, que excede a todos los modos espeluznantes con que serán atormentadas las almas réprobas por toda la eternidad.

Fuera de esto hay un motivo infinito que persuade a Dios que tenga piedad y compasión con nosotros; y no lo hay tal para que le persuada a usar de rigor y severidad. ¿Dónde tiene la justicia la Sangre del Hijo de Dios derramada para que se castiguen los pecadores, como la tiene la misericordia para que se perdonen? ¿Dónde tiene el rigor los infinitos merecimientos de Jesucristo, que inciten a Dios para que tome venganza de los malos, como los tiene la piedad para que use de indulgencia? Y es que la Sangre que derramó el Hijo de Dios, clama a Dios Padre por misericordia para con los pecadores, y no para que ejercite su justicia. Los infinitos merecimientos que Jesucristo presenta a Dios Padre, son para que use de indulgencia y de piedad para con los pecadores, y no para incitarlo al rigor. La muerte de Cristo no fue para que Dios fuese riguroso, sino misericordioso. No tiene la justicia los tesoros que tiene la misericordia; por lo cual se dice ser Dios rico en misericordia, y no en justicia. Grandes tesoros de infinitos merecimientos tiene la misericordia en la Sangre del Hijo de Dios, en su Vida, Pasión y Muerte. Nada de esto tiene la severidad, porque nada de esto fue para que Dios fuese severo, sino piadoso. A la justicia nadie le habla al oído, nadie la aviva; mas a la misericordia el Hijo de Dios clavado en la Cruz da voces y clama, y la despierta y aviva.

Sólo tiene la justicia de su parte el aborrecimiento que Dios tiene a los pecados; pero la misericordia tiene este mismo aborrecimiento aún más de la parte suya. Pues por el mismo caso que Dios no puede ver al pecado, le hemos de pedir que nos lo perdone. Más aborrece Dios a los pecados, que el hombre los puede aborrecer. Pues si el hombre con menor odio quiere ver destruidos sus pecados, ¿cuánto más Dios, con mayor aborrecimiento, los querrá ver desechados y destruidos? Si la justicia condena a uno al infierno, no destruye al pecado, antes quedará eternamente; pero si la misericordia perdona al pecador, aplasta y destruye al pecado.

La obra de la justificación, en que se perdonan los pecados y se da la gracia, es tan ardua y excelsa, y totalmente sobrenatural, que no hay fuerza en la naturaleza humana ni angélica, que pueda alcanzarla por sí misma. Es necesario que el poderoso brazo de Dios extienda su mano omnipotente para levantarnos a pretender el estado divino de la gracia, y que nuestra voluntad esté elevada y confortada con la virtud divina de la esperanza.

La Gracia, pues, se eleva sobre toda naturaleza, y es tan divina, que sólo para desearla se requiere de fuerzas divinas; y para alcanzarla efectivamente, es necesaria la omnipotencia de Dios. ¿Quién, fiado de sus fuerzas, podrá conseguir la más mínima cosa que vaya sobre todas las fuerzas de la naturaleza? ¿Quién, si no es con las invitaciones que le da la bondad divina y esperando en su omnipotencia, se atrevería a tener el pensamiento de ponerse en un mismo orden con Dios? Esto sería una presunción diabólica, una soberbia luciferina. Pero ya que la misma bondad de Dios nos da ánimo, y su omnipotencia sale por fiadora, y la palabra divina nos ha prometido su ayuda, y para desearlo nos infunde facultad y fuerzas, ¿quién no se animará a su mismo bien? Por cierto que cuanta insolencia fuera pretender la gracia por nuestras fuerzas, tanto lo es no pretenderla confiando en la omnipotencia divina.

¿Quién hay que con esto no confíe, pues Dios quiere y puede sacarnos del pecado, y ya hizo tanto por sacarnos de él, y nos lo pide y nos lo manda? Si un hombre hubiera caído en un profundo pozo, donde no viese sol, ni luna, ni hubiera modo ni fuerza de salir, mirando a sus fuerzas, ¿qué podía hacer sino desesperar de la salida? Pero si un rey poderoso tuviese modo para levantarlo hasta el brocal del pozo, y le hubiera prometido dar entonces la mano para ayudarlo a salir, y que si saliese le daría la mitad de su reino, ¿cómo podría dejar de animarse aquel hombre, y de hacer entonces lo que pudiese con gran alegría y esperanza de su remedio y de

conseguir bienes tan grandes? Esto es lo que pasa con el pecador, que por su culpa ha caído en una profundidad inmensa, de donde es imposible por sí solo levantarse. Dios le eleva a un estado en que, ayudado con su gracia, pueda ya salir. Le ha prometido su mano poderosa para sacarle, y juntamente ha empeñado su palabra, que al salir le hará heredero de su reino: ¿Por qué no ha de aprovechar el pecador este tan gran bien suyo? Tenga esperanzas de verse libre y de verse más que rey.

Dios no puede faltar a su palabra; que el pecador ponga de su parte para salir, y Dios le ayudará y acabará de sacar. Que no repare en cosas de la tierra; que no repare en nada, sino que se anime a todo por verse fuera del peligro eterno. Que se ayude el hombre de su parte, y Dios le ayudará de la suya. Dios seguirá favoreciéndonos, pues nos previene con sus auxilios. Haga el hombre lo que puede y debe, y Dios hará más de lo que debe.

Dios perdonó a Adán y Eva y, al darles un castigo temporal, les anunció la futura Redención del género humano. ¡Oh cómo se ven aquí las entrañas de misericordia que Dios tiene y lo que le cuesta castigarnos! ¡Cuán presto está a darnos el bien que no merecemos, y cuán tardo es para castigar el mal que hacemos! El gozar de lo que Él goza y en Sí mismo tiene, nos lo da sin tasa y sin medida; y esto, por pura bondad, sin mérito alguno nuestro; pero el castigar el mal que hacemos, lo hace siempre con tasa y con medida.

Dios no niega su amistad y gracia a nadie que hace lo que puede para merecerla. Verdad es que nada podemos sin la ayuda divina; pero a quien se aprovecha de ella disponiéndose como puede y conviene para la gracia habitual, Dios no se la negará, porque Él mismo ha empeñado en esto su palabra. Por Zacarías dice: “Convertíos a Mí, y Yo me volveré a vosotros.” Por Ezequiel clama: “¿Acaso quiero Yo la muerte del impío, y no que se convierta y viva?;” y otra vez dice: “Yo no quiero la muerte del pecador, sino que se convierta y viva.” Tan pronto está Dios para darnos vida de gracia cuando nos dispusiéremos para ella, que no lo dilata un día, ni una hora, ni un segundo. Es cosa infalible, que no niega el Señor la gracia habitual a ninguno que se prepare para ella. Lo cual nos ha de animar mucho para que con gran confianza la busque el pecador; porque si hace lo que puede, Dios no faltará a su promesa. Y al que hizo lo que pudo con los primeros auxilios que recibió, Dios da no sólo la gracia, sino también otros auxilios particulares. Dios empieza; y si el hombre se ayuda, Dios prosigue y va dando gracia por gracia, no negando otra segunda a quien hizo lo que pudo con la primera. Con esto hemos de alentar nuestra esperanza a buscar la gracia de Dios en su misma gracia.

La otra disposición para alcanzar la gracia, es la contrición verdadera. Después de la confianza en Dios sigue la contrición. Porque la misma bondad de nuestro Criador, que da alas al corazón humano para pedirle perdón de sus pecados, esperando de su infinita misericordia la remisión de ellos, convida al alma a que ame a tan buen Señor y Padre, que tan bueno es en Sí, pues lo es para con los que le han ofendido, concediéndoles tan fácilmente perdón de sus ofensas y restituyéndolos a su amistad, como si no hubiera pasado nada.

De este amor de Dios nace en el pecador un gran dolor de haberle ofendido, atravesándole el corazón la pena por haber sido tan malo para con quien es tan infinitamente bueno, y proponiéndose con firme resolución no volver a dar disgusto a tal Señor y Padre. Todo lo cual se ha de hacer por ser Dios quien es, sumamente bueno y sumo bien; porque el mismo motivo que tiene el cristiano para amar a Dios verdaderamente, por ser Él quien es, bondad infinita, ese mismo motivo tiene para aborrecer el pecado, doliéndose de él y resolviéndose a no cometerlo más. Esto es contrición, la cual contiene amor de Dios, odio al pecado, propósito de la enmienda con la observancia de todos los Mandamientos, y propósito de confesarse.

A esta disposición sigue luego la Gracia; de manera que en el mismo momento que tiene el pecador verdadera contrición de sus pecados, en el mismo instante le son perdonados y se le infunde la Gracia, transformándole de esclavo del demonio a ser hijo de Dios. Y así a David, en el mismo momento en que con verdadera contrición dijo: “Pequé gravísimamente contra mi Dios y Señor”, le respondió el profeta Natán que Dios le había perdonado su pecado: “el Señor, que ha visto tu profundo dolor y arrepentimiento, ha perdonado tus pecados.”

Admirable cosa es la contrición, y excelentísima y divinísima obra de nuestra voluntad, y por encima de todas sus fuerzas; pero ayudada con la virtud divina y el hábito sobrenatural de la caridad, ejecuta tan grande obra, que vuelve al alma la vida, y la convierte a su Criador, y la entrega a Dios, y la hace divina y soberana, y una nueva criatura del Cielo, no de la tierra, y todo esto en un instante.

Y este glorioso instante puede llegar en la misteriosa y misericordiosa última oportunidad salvífica dada por Cristo en la hora de la muerte de cada ser humano durante el Juicio Particular.

Cuántos pecadores alguna vez se arrepintieron, pero después, cuando llegó otra tentación, eran tan débiles que volvieron a caer y, en las palabras del Evangelio, “el estado de aquella alma, es ahora peor que el que tenía



antes de convertirse.” Mas el que se convierte en la misteriosa y misericordiosa última oportunidad salvífica en la hora de su muerte, está libre de ese peligro de una recaída, porque el tiempo de mérito y de demérito ha terminado para él. Con esto resplandece aún más la grandeza de la divina misericordia, que da al pecador esta gran oportunidad para elegir entre el Cielo y el infierno justamente en el momento más decisivo y, para que alcance la felicidad eterna, sólo le exige que se arrepienta de haber ofendido a Dios y le pida perdón. Y ¿cómo se alcanza esta gracia? Ya lo sabéis: con las Santas Misas, con la intercesión de María Santísima, y con vuestros actos de amor a Dios; o sea, con la oración y penitencia.

Cuando miramos al mundo, es evidente que casi todos deberían condenarse eternamente, porque llegan a la muerte en pecado mortal, y sin embargo, la mayoría se salvan, pues Dios hace milagros para salvar almas. Aquí brilla la grandeza de la misericordia de Dios, que quiere que todos se salven, y a todos da oportunidades; pero quiere nuestra colaboración, pues muchas almas van al infierno porque nadie reza por ellas. Os recomendamos que volváis a leer nuestra Quinta Carta Apostólica, que explica a fondo este tema del apostolado de la oración para salvar almas.

La Santa Biblia Palmariana dice que durante el Diluvio Universal, el Espíritu Santo cubría con el fuego de su caridad a la Iglesia contenida en el Arca: “En ella, Noé y su familia permanecieron en continua oración y sacrificio, para así aplacar más la Ira de Dios y atraer su misericordia sobre aquella humanidad perversa. Merced, pues, a la intercesión de Noé y su familia, muchos de los [ocho mil millones de personas] que perecieron durante el Diluvio reconocieron su culpa, pidieron perdón a Dios y se salvaron.”

La perversidad humana está reclamando incesantemente el diluvio del fuego exterminador que caerá sobre la tierra. En medio de ese diluvio, la Santa Iglesia Palmariana es la Mística Arca de Noé Apocalíptica, única portadora de la salvación, refugiada en el desierto desde donde irradia su luz sobrenatural.

El reducto fiel de la Iglesia de Jesucristo está dentro de la Nueva Arca de Noé librándose del diluvio apocalíptico: diluvio de pecados de la humanidad prevaricadora y consiguiente diluvio de castigos divinos.

La Orden de los Carmelitas de la Santa Faz en Compañía de Jesús y María, patrocinada por la Santísima Virgen María y el Glorioso Patriarca San José, va preparando el Retorno Glorioso de Cristo a la Tierra. La Orden de los Carmelitas de la Santa Faz o Crucíferos, son los Apóstoles Marianos de los Últimos Tiempos, elegidos por Dios para salvar a la Iglesia y restablecer el orden espiritual y temporal en el mundo; y luchar tenazmente contra el Anticristo y sus huestes.

Tendrán que convertir y salvar muchas almas cuando llegue el triunfo de la Iglesia; pero primero tendrán que salvar muchísimas por medio de la oración, porque una gran parte de la población del mundo va a morir en las calamidades que van a suceder antes de ese triunfo.

Cuando vemos cómo el mundo ofende a Dios, recordemos la siguiente enseñanza evangélica: “Los Apóstoles Santiago el Mayor y Juan, al ver el desprecio que [los samaritanos] hacían a su Maestro, le dijeron: ‘¿Señor, quieres que digamos que descienda fuego del cielo, y acabe con ellos?’ ... Mas, Él, volviéndose hacia ellos les reprendió diciendo: ‘¿No os dais cuenta que obráis con mal espíritu? El Hijo del Hombre no ha venido a perder las almas, sino a salvarlas.’”

Las oraciones y los sufrimientos de Cristo durante su vida en la tierra, como también los de la Santísima Virgen María, Corredentora y Reparadora, consiguieron la conversión y salvación de innumerables almas.

Así como el Señor nos amó a nosotros y sufrió en la Cruz por nosotros, y pasó su vida rezando y trabajando por nuestra salvación, así quiere que nosotros nos sacrifiquemos por Él, y para conseguirle almas que le amarán eternamente. Y ¿cómo hacer eso? Con la oración, con las Santas Misas, y con nuestra vida de amor y entrega a la voluntad de Dios: amar a Dios intensamente, con un amor sincero y desinteresado; hacerlo todo para agradar a Dios en todo momento, y vencer nuestro amor propio que es el mayor enemigo del amor a Dios. Los cristianos debemos imitar a Dios como hijos muy amados, y amarle como Cristo nos amó a nosotros; y así como Cristo se ofreció a Sí mismo a Dios Padre en Oblación, así también nosotros debemos entregarnos a Él.

Estemos muy conscientes de que los sacrificios realizados por los miembros en estado de Gracia de la Iglesia Militante, adquieren valor infinito al ser unidos, por el Sacerdote, en la Santa Misa; y que cuando adquieren valor infinito se convierten en actos de Cristo, ya que Él los hace suyos. Es decir, que vosotros mismos, sin que podáis ver por ahora los frutos, estáis salvando muchas almas mediante vuestras oraciones, sacrificios y la práctica de las virtudes, ya que vuestras buenas obras realizadas en Gracia de Dios, son sacrificios finitos, que unidos por el Sacerdote Celebrante al Sacrificio Infinito de Cristo y María en el Santo Sacrificio de la Misa, adquieren valor infinito reparador y redentor.

Para santificar nuestras obras y sacrificios, ha de ir todo encaminado al solo fin de agradar a Dios, y hacerlo todo sólo por su amor, y que sirva todo de provecho a las almas, que es donde Dios pone sus ojos, y donde está su mayor honra y su mayor gloria; porque las obras hechas por su amor le son todas agradables, pero las que se hacen en íntima unión con Él, en provecho y por la salvación de las almas, son las que más lo glorifican.

Este es el obrar que Dios nos pide, para que en el obrar seamos hijos de Padre tan Santo y discípulos de tal Maestro. ¡Oh, y qué causas hay tan poderosas para que obremos siempre por este fin! ¿De quién somos? ¿A quién y por quién vamos seguramente encaminados? ¿A quién más que a Él nos debemos? ¿Quién nos ama más que Él? ¿Quién hay más solícito de nuestro bien temporal y eterno? ¿Quién como Él se ha sacrificado por nosotros? Pues sea de nosotros correspondido, y desde hoy cada vez más; que hasta el respirar sea por su amor, y por darle gusto y contento en todo. ¡A salvar almas, a salvar almas, que esto es la mayor honra y gloria que podemos dar a Dios! La oración por la salvación de todo el género humano es el latir del Corazón Divino, por ser la ocupación continua del Corazón Amante de Jesús. Con ella glorificaba a Dios Padre constantemente. Imitemos a Cristo, y sea también el latir de nuestro corazón la salvación de toda la raza humana; para que, empezando a glorificar a Dios en esta vida, esté nuestro Dueño y Señor en amistad con nosotros y que jamás la perdamos; y habiendo empezado a amarlo en esta vida, continuemos amándolo con un amor perfecto cada vez mayor por toda la eternidad.

Para animarnos a procurar la salvación de las almas, decía Santa María Magdalena de Pazzi: “¿Sabéis por qué estáis tan tristes? Porque no amáis a Dios; más os valdría pensar en la salvación de algún alma, tratar de arrebatarla con la oración de las garras del demonio y ganarla para Dios. Pedídselo con fe, que os lo concederá... Dios os ha llamado a ser santos no sólo en beneficio propio, sino para que ayudaseis a las almas con la oración y penitencia, y aplacarais su Ira divina en provecho de los pecadores. Para excitar en vosotros el celo por la salvación de las almas, considerad el amor que Dios les tiene y lo que Jesucristo ha padecido por ellas... Si alcanzarais a comprender cuán grande es el valor de un alma en gracia, y cómo se complace Dios en ella, os encenderíais en deseos de salvar a tantas pobres almas que viven en pecado... Si pudierais contemplar la belleza de un alma en gracia, quedaríais tan enamorados de ella, que no haríais más que pedir almas a Dios; y, por el contrario, si se os mostrara otra en pecado mortal, no podríais hacer otra cosa más que llorar y odiaríais al pecado más que al mismo demonio, procurando al mismo tiempo rezar de continuo por la conversión de los pecadores, sin que os importara sufrir por esta causa lo que fuese necesario... Si consideráis cuán espantosa y deforme es un alma en pecado mortal, y la vileza de tal estado, no seríais tan negligentes en pedir almas a Dios... Tenéis grandes motivos para humillaros, pues quizás por vuestra negligencia muchas almas están en el infierno; y si hubierais sido más celosos en encomendarlas con gran amor, y en ofrecer por ellas la Sangre de Jesucristo, lejos de verse sumidas en tales tormentos, estarían gozando de la eterna bienaventuranza.”

Fuimos criados sin otro fin que el de gozar para siempre de la dicha de Dios; y gozar de Él y, con Él, de sus hermosuras y glorias. Pero, habiendo sido todo el género humano llamado por Dios a gozar de esta dicha, es muy corto el número de los que viven con las disposiciones que Él exige para adquirirla. No es tanto por malicia como por ignorancia, pues muchos no conocen a Dios. Si le conocieran no harían todo el mal que hacen; mas están tan oscurecidas hoy las inteligencias que no pueden conocer la verdad de su existencia. Es preciso que venga el Santo y Divino Espíritu; que descienda a la tierra e ilumine las inteligencias de todos los hombres, ya que con la claridad y hermosura de su luz, muchas almas le han de conocer, servir y amar.

Tengamos así el consuelo de ver a Dios conocido y amado de todas sus criaturas. Que se cumplan en sus criaturas sus designios amorosos en el tiempo, para que continuemos cumpliéndolos por los siglos sin fin. Que venga el Espíritu Santo como fuego y abrase los corazones, para que todos ardan en amor divino.



De la gloria: Procuremos ahora sufrir con paciencia las tribulaciones de esta vida, ofreciéndolas a Dios en unión a los dolores que Jesucristo sufrió por nuestro amor, y alentémonos con la esperanza de la gloria. Algún día acabarán estos trabajos, penas, angustias, persecuciones y temores, y, si nos salvamos, se nos convertirán en gozo y alegría inefable en el reino de los bienaventurados.

Así nos alienta y reanima el Señor: “Vuestra tristeza se convertirá en gozo.” Meditemos, pues, sobre la felicidad de la gloria. Mas, ¿qué diremos de esta felicidad, si ni aun los Santos más inspirados han acertado a expresar las delicias que Dios reserva a los que le aman? Sólo pudieron decir que la gloria es el bien infinitamente deseable.

¡Y tú, San Pablo, insigne, que tuviste la dicha de ser arrebatado a los Cielos, dinos algo siquiera de lo que viste allí! Responde el gran Apóstol que lo que vio no es posible explicarlo. Tan altas son las delicias de la gloria, que no puede comprenderlas quien no las disfrute. Sólo dijo que nadie en la tierra ha conocido las bellezas y armonías y placeres del Cielo: “Ni ojo vio ni oído oyó, ni el entendimiento del hombre penetró lo que preparó Dios para aquellos que le aman.” (1 Corintios).

No podemos acá imaginar los bienes del Cielo, porque sólo nos formamos una idea según los que este mundo nos ofrece. Si, por un milagro, un ser irracional pudiese discurrir, y supiese que un rico señor iba a celebrar un banquete espléndido, imaginaría que los manjares dispuestos habían de ser exquisitos y selectos, pero semejantes a los que él come, porque no podría concebir nada mejor como alimento.

Así discurrimos nosotros, pensando en los bienes de la gloria. ¡Qué hermoso es contemplar en noche serena de estío la magnificencia del cielo cubierto de estrellas! ¡Cuán grato admirar las apacibles aguas de un lago transparente, en cuyo fondo se descubren peces que nadan y peñas vestidas de musgo! ¡Cuánta hermosura la de un jardín lleno de flores y frutos, circundado de fuentes y arroyuelos y poblado de lindos pajarillos que cruzan el aire y lo alegran con su canto armonioso! Diríase que tantas bellezas son el paraíso.

Mas no: muy diferentes son los bienes y hermosuras de la gloria. Para entender confusamente algo de ello, considérese que allí está Dios omnipotente, colmando, embriagando de gozo inenarrable a las almas que Él ama.

“¿Queréis entrever lo que es el Cielo?” decía San Bernardo, “pues sabed que allí no hay nada que nos desagrade, y existe todo bien que deleita.”

¡Oh Dios! ¿Qué dirá el alma cuando llegue a aquel felicísimo reino? Imaginemos que un joven o una virgen, habiendo consagrado toda su vida al amor y servicio de Cristo, acaban de morir y dejan ya este valle de lágrimas. Se presenta el alma al juicio; el Juez la abraza, y le asegura que está santificada. El ángel custodio la acompaña y felicita y ella le muestra su gratitud por la asistencia que le debe. Le dice el ángel: “Ven, pues, alma hermosa; regójate porque te has salvado; ven a contemplar a tu Señor.”

Y el alma se eleva, pasa a una dimensión más encumbrada, y entra en el Cielo. ¡Oh Dios mío!, ¿Qué sentirá el alma al penetrar por vez primera en aquel venturoso reino y ver aquella ciudad de Dios, dechado insuperable de hermosura?

Los Ángeles y Santos la reciben gozosos y le dan amorosísima bienvenida. Allí verá con indecible júbilo a sus Santos protectores y a los deudos y amigos que la precedieron en la vida eterna. Querrá el alma venerarlos rendida, mas ellos se lo impedirán, recordándole que son también siervos del Señor.

La llevarán después a que bese los pies de la Virgen María, Reina de los Cielos, y el alma sentirá inmenso éxtasis de amor y de ternura viendo a la excelsa y Divina Madre, que tanto la auxilió para que se salvase, y que ahora le tenderá sus amantes brazos y que le dejará conocer cuántas gracias le obtuvo.

Acompañada por esta soberana Señora, llegará el alma ante nuestro Rey Jesucristo, que la recibirá como a esposa amadísima, y le dirá: “Esposa mía... ven, y serás coronada”; alégrate y consuélate, que ya acabaron tus lágrimas, penas y temores; recibe la corona inmarcesible que te conseguí con mi Sangre.”

Jesús mismo la presentará al Eterno Padre, que la bendecirá, diciendo: “Entra en el gozo de tu Señor,” y le comunicará bienaventuranzas sin fin, con felicidad semejante a la que Él disfruta.

Cuando hablaron a Santa Teresita de la bienaventuranza del Cielo, ella interrumpió para decir: “No es eso lo que me atrae.” “¿Y que es lo que te atrae?”, preguntó la otra. “¡Oh, es el amor! ¡Amar, ser amada, y volver a la tierra para hacer amar al Amor!”

Pero ¿por qué esperar hasta la muerte para gozar del Cielo, si podemos vivir en el Cielo ya en esta vida? Esto lo podemos hacer si vivimos unidos a Dios presente en nuestro corazón. Podemos gozar del Cielo en esta vida, en cierta medida; podemos tener la felicidad de estar en gracia de Dios, en su amistad; la felicidad de amar a Dios y de ser amado por Dios. El tener a Dios presente en nuestro corazón, es un Cielo anticipado. El que soporta pacientemente las tribulaciones, disfruta ya del Cielo, y quien las rehúye, padece ya un infierno anticipado.

El Señor te creó para la gloria, y tantas veces por deleites vilísimos renunciaste a ella y preferiste ser condenado al infierno. Arrepíentete y, así como el Señor renueva su perdón, desea dolerte de esas ofensas hasta la muerte. Bien sabes que tu amado Salvador desea tu salvación, que te llama a la patria celestial para que allí le ames eternamente; pero también sabes que para obtenerla, Él quiere que en este mundo le des tu amor. Tu alma es inmortal, y por serlo, deberás amarle o aborrecerle eternamente. ¿Qué prefieres, sino amarle siempre, darle tu amor en esta vida, para que en la venidera ese amor viva sin término ni fin?

Apenas empiece el alma a gozar de la divina beatitud, ya no habrá nada que la aflija. “Ya nunca jamás tendrán hambre y sed, ni sufrirán los rigores del sol y el frío, porque el Divino Cordero, que está a la derecha de Dios Padre, es para siempre su Pastor, y el Espíritu Santo colma la sed de ellos en la fuente de aguas vivas, y Dios Padre enjuga sus lágrimas con la eterna consolación.” (Apocalipsis)

No hay en el Cielo enfermedades, ni pobreza, ni mal ninguno. No existen allí la sucesión de días y noches, de calor y frío, sino un eterno día siempre sereno, continua primavera deleitosa y sin fin. No hay persecuciones ni envidias, que en aquel reino de amor todos se aman ternísimamente, y cada cual goza del bien de los demás como si fuera suyo.

No se conocen allí angustias ni temores, porque el alma confirmada en gracia no puede pecar ni perder a Dios. Todas las cosas ostentan renovada y completa hermosura, y todas satisfacen y consuelan. La vista gozará admirando aquella ciudad de perfecta belleza.

Nos parecería delicioso espectáculo ver una población cuyo suelo fuese de terso y límpido cristal, las viviendas de bruñida plata, cubiertas de oro purísimo y adornadas con guirnaldas de flores. ¡Pues mucho más hermosa es la ciudad de la gloria!

¡Y qué será el ver a aquellos felices moradores con reales vestiduras, porque, como dice San Agustín, todos son reyes! ¡Qué el contemplar a la Virgen María, más hermosa que el mismo Cielo; y al Cordero sin mancha, a nuestro Señor Jesucristo, Divino Esposo de las almas!

Santa Teresa logró vislumbrar una mano del Redentor, y quedó maravillada de ver tanta belleza. Habrá en las celestiales moradas regaladísimos perfumes, aromas de gloria, y se oirán allí música y cánticos de sublime armonía. Oyó una vez San Francisco de Asís, por breves instantes, el sonido de esa armonía angélica, y creyó que iba a morir de dulcísimo gozo. ¡Qué será, pues, el oír los coros de Ángeles y Santos, que, unidos, cantan las glorias divinas, y la voz purísima de la Virgen Inmaculada que alaba a su Dios! Como el canto del ruiseñor en el bosque excede y supera al de las demás avecillas, así la voz de María en el Cielo. En suma: habrá en la gloria cuantas delicias se puedan desear.

Y estos deleites hasta ahora considerados son los bienes menores del Cielo. El bien esencial de la gloria es el Sumo Bien: Dios.

El premio que el Señor nos ofrece no consiste sólo en la hermosura y armonía y deleites de aquella venturosa ciudad; el premio principal es Dios mismo, es el amarle y contemplarle cara a cara, y poseerle a Él, Dueño y hacedor de todas las cosas.

Dice San Agustín que si Dios dejase ver la hermosura de su rostro a los condenados, el infierno se trocaría de súbito en delicioso paraíso. Y añade que si un alma, al subir de este mundo, tuviese que elegir entre ver a Dios y estar en el infierno, o no verle y librarse de las penas infernales, “preferiría, sin duda, la vista de Dios aun con los tormentos eternos.”

Esta felicidad de amar a Dios y verle cara a cara, no podemos comprenderla en este mundo. Pero algo nos es dado intuir, sabiendo que el atractivo del divino amor, aun en la vida mortal, llega a elevar sobre la tierra no sólo el alma, sino hasta el cuerpo de los Santos.

San Felipe Neri fue una vez alzado por el aire con el escaño en que se apoyaba. San Pedro de Alcántara se elevó también sobre la tierra asido a un árbol, cuyo tronco quedó separado de la raíz.

Sabemos también que los Santos mártires, por la suavidad y dulzura del amor divino, se regocijaban padeciendo terribles dolores. San Vicente se expresaba de tal modo en el tormento, dice San Agustín, “que no parecía sino que era uno el que hablaba y otro el que padecía.” San Lorenzo, tendido en las candentes parrillas sobre el fuego, decía al tirano con asombrosa serenidad: “Vuélveme y devórame,” porque, como añade aquel Santo, Lorenzo, “encendido en el fuego del divino amor, no sentía el incendio que le abrazaba.” Además, ¡cuán suave dulzura halla el pecador al llorar sus culpas! “Si tan dulce es llorar por Ti,” decía San Bernardo, “¿qué será gozar de Ti?”

¡Y qué consolación no siente el alma si un rayo de luz del Cielo le descubre en la oración algo de la bondad y misericordia divina, del amor que le tuvo y tiene Jesucristo! Le parece al alma que se consume y desmaya de amor. Y, sin embargo, en la tierra no vemos a Dios como es; le vemos entre sombras.

Tenemos ahora como una venda ante los ojos, y Dios se nos oculta tras el velo de la fe. Mas, ¿qué sucederá cuando desaparezca esa venda y se rasgue aquel velo, y veamos cuán hermoso es Dios, cuán grande y justo, perfecto, amable y amoroso?

El Señor, por compadecerse de ti, no tuvo compasión de Sí mismo y se condenó a morir de dolor en un madero infame y afrentoso. Pero ahora que te hallas en peligro de perderle para siempre, o quizás que le perdiste por tus pecados, ¿qué harás en lo que te resta de vida? ¿Seguirás ofendiéndole?

Arrepiéntete de haberle ofendido, y ámalo con todo tu corazón. Nuestro amado Redentor no sabe rechazar a los que, arrepentidos, recurren a Él.

La mayor tribulación que aflige en este mundo a las almas timoratas que aman a Dios, es el temor de no amarle y de no ser amadas de Él. Mas en el Cielo el alma está segura de que se halla venturosamente abismada en el amor divino, y de que el Señor la abraza estrechamente, como a hija predilecta, sin que ese amor pueda

acabarse nunca. Antes bien, se acrecentará en ella con el conocimiento altísimo que tendrá entonces del amor que movió a Dios a morir por nosotros y a instituir aquel Santísimo Sacramento en que el mismo Dios se hace alimento del hombre.

Verá el alma distintamente todas las gracias que Dios le dio, librándola de tantas tentaciones y peligros de perderse, y reconocerá que aquellas tribulaciones, persecuciones y desengaños, que ella llamaba desgracias y tenía por castigos, eran señales de amor de Dios y medios que la divina Providencia usaba para llevarla camino del Cielo.

Conocerá singularmente la paciencia con que Dios la esperó después de haberle ella ofendido tanto, y la excelsa misericordia con que la perdonó y colmó de ilustraciones y llamamientos amorosísimos. Desde aquellas venturosas alturas verá que hay en el infierno muchas almas condenadas por cometer en vida culpas menores que las de ella, y se aumentará su gratitud por hallarse santificada, en posesión de Dios, y segura de no perder jamás el soberano e infinito Bien.

Eternamente gozará el bienaventurado de esa incomparable felicidad, que en cada instante le parecerá nueva, como si sólo entonces comenzase a disfrutarla. Siempre querrá esa dicha y la poseerá sin cesar; siempre deseosa y siempre satisfecha, ávida siempre y siempre saciada. Porque el deseo, en la gloria, no va acompañado de temor, ni la posesión engendra tedio.

En suma: así como los réprobos son vasos de ira, los elegidos son vasos de júbilo y de ventura, de tal manera, que nada les queda por desear. Decía Santa Teresa que aun acá en la tierra, cuando Dios admite a las almas en aquella regalada cámara del vino, es decir, de su divino amor, tan felizmente las embriaga, que pierden el afecto y afición a todas las cosas terrenas. Mas al entrar en el Cielo, como dice David, los elegidos de Dios serán embriagados de la abundancia de su casa mucho más perfecta y plenamente.

Entonces el alma, viendo cara a cara y uniéndose al Sumo Bien, presa de amoroso arrobamiento, se abismará en Dios, y olvidada de sí misma, sólo pensará en amar, alabar y bendecir aquel Infinito Bien que posee.

Cuando nos aflijan las cruces de esta vida, esforcémonos en sufrirlas pacientemente con la esperanza en el Cielo. Recordad lo que os dijimos sobre Santa María Egipcíaca, a quien en la hora de la muerte, preguntó el abad Zósimo cómo había podido vivir tantos años en aquel desierto, y la Santa respondió: “Con la esperanza de la gloria.” San Felipe Neri, cuando le ofrecieron la dignidad de cardenal, arrojando el capelo lejos de sí, exclamó: “El Cielo, el Cielo es lo que yo deseo.” Fray Gil, religioso franciscano, se elevaba extático siempre que oía hablar de la gloria.

Así, nosotros, cuando nos atormenten y angustien las penas de este mundo, alcemos al Cielo los ojos, y consolémonos suspirando por la felicidad eterna. Consideremos que si somos fieles a Dios, en breve acabarán esos trabajos, miserias y temores, y seremos admitidos en la patria celestial, donde viviremos plenamente venturosos mientras Dios sea Dios. Allí nos esperan los Santos, allí la Virgen Santísima, allí Jesucristo nos prepara la inmarcesible corona de aquel perdurable Reino de la Gloria. No pongáis vuestros ojos en lo que cuesta; ponedlos en lo que vale; siempre ha sido así: el costar mucho lo que mucho vale.

Nuestro amadísimo Redentor mismo nos enseñó que orásemos, diciendo: ‘Advéniat regnum tuum.’ Así, pues, suplica al Señor, que venga su reino a tu alma, y la posea toda, y ella le posea a Él, Bien Sumo e infinito. Aunque tantas veces te hayas apartado de Dios, sabes que no tendrá reparo en abrazarte en el Cielo eternamente, con tanto amor como si nunca le hubieses ofendido. Y creyéndolo así, que Dios desea darte la gloria a pesar de que tan a menudo mereciste el infierno, ¿podrás dejar de amarle sobre todas las cosas? Sólo puedes consagrarle el resto de tu vida; entrégate por completo a su servicio. ¡Que salgan de tu corazón los afectos de la tierra, y dejen lugar en él a tu Dios y Señor, que quiere poseerlo sin rivales! Desde ahora, únicamente piensa en complacerle.

De la oración: “Pedid, y se os dará... Porque todo el que pide, recibe.” No sólo en éstos, sino en otros muchos lugares del Antiguo y Nuevo Testamento Dios promete oír a los que se encomiendan a Él: “Ellos invocarán mi Nombre, y Yo los oiré propicio.” (Zacarías) “Antes que clamen, Yo les oiré; y cuando estén aún con la palabra en la boca, les otorgaré su petición” (Isaías). “Todo lo que pidieréis al Padre en mi Nombre, Yo lo haré” (Evangelio). “Pediréis cuanto quisieréis, y os será dado” (Evangelio). Y otros varios textos semejantes.

La oración es una, dice Teodoreto; y, sin embargo, puede alcanzarnos todas las cosas; pues, como afirma San Bernardo, el Señor nos da: o lo que pedimos en la oración, u otra gracia para nosotros más conveniente.

Por esa razón, el Profeta David nos mueve a que oremos, asegurándonos que el Señor es de mucha misericordia para cuantos le invocan y acuden a Él. Cuando rogamos a Dios, nos concede más de lo que pedimos, sin reprocharnos las ofensas que le hemos hecho. No parece sino que, al oír nuestra oración, olvida nuestras culpas.

San Juan Clímaco dice que la oración hace, en cierto modo, violencia a Dios, y le fuerza a que nos conceda lo que le pidamos. Fuerza que es muy grata al Señor y que la desea de nosotros, pues, como dice San Agustín,

mayores deseos tiene Dios de darnos bienes que nosotros de recibirlos, porque Dios, por su naturaleza, es la Bondad infinita, según observa San León I, y se complace siempre en comunicarnos sus bienes.

Dice Santa María Magdalena de Pazzi que Dios queda, en cierto modo, obligado con el alma que le ruega, porque ella misma ofrece así ocasión de que el Señor satisfaga su deseo de dispensarnos gracias y favores. Y otro Santo decía que esta bondad del Señor, al oírnos y complacernos cuando le dirigimos nuestras súplicas, le demostraba que Él era el verdadero Dios.

Sin razón se quejan algunos de que no hallan propicio a Dios, advierte San Bernardo; pero con mayor motivo se lamenta el Señor de que muchos le ofenden dejando de acudir a Él para pedirle gracias.

Por eso nuestro Redentor dijo a sus discípulos: “Hasta aquí no habéis pedido nada en mi Nombre como ministros míos. Pedid, y recibiréis, para que vuestro gozo sea cumplido”; o sea: “No os quejéis de Mí si no sois plenamente felices; quejaos de vosotros mismos que no me habéis pedido las gracias que os tengo preparadas. Pedid, pues, y quedaréis contentos.”

Los antiguos monjes afirmaban que no hay ejercicio más provechoso para alcanzar la salvación que la oración continua, diciendo: “auxiliadme, Señor”; “Acude prontamente a socorrerme, Señor Dios mío” (Salmo). Y el venerable Padre Sèneri refiere de sí mismo que solía en sus meditaciones conceder largo espacio a los piadosos afectos; pero que después, persuadido de la gran eficacia de la oración, procuraba emplear en las súplicas la mayor parte del tiempo.

Hagamos siempre lo mismo, porque nuestro Señor nos ama en extremo, desea mucho nuestra salvación y se muestra solícito en oír lo que le pedimos. Los príncipes del mundo a pocos dan audiencia, dice San Juan Crisóstomo; pero Dios la concede a todo el que la pide.

Adora a Dios Eterno, y dale gracias por todos los beneficios que te ha concedido, creándote, redimiéndote por medio de Nuestro Señor Jesucristo, haciéndote hijo de su Santa Iglesia, esperándote cuando te hallabas en pecado y perdonándote muchas veces. No hubieras ofendido a Dios si en las tentaciones hubieses acudido a Él. Toda tu felicidad se funda en la oración, en pedirle los dones que necesitas. Pídele, por la intercesión de María Santísima, que te dé gran dolor de tus culpas, la perseverancia en su gracia, buena y piadosa muerte y la gloria eterna, y, sobre todo, el sumo don de su amor y la perfecta conformidad con su voluntad santísima.



Consideremos, además, la necesidad de la oración. Dice San Juan Crisóstomo que así como el cuerpo sin alma está muerto, así el alma sin oración se halla también sin vida, y que tanto necesitan las plantas el agua para no secarse, como nosotros la oración para no perdernos.

Dios quiere que nos salvemos todos, y no quiere que nadie se pierda, “sino que espera con mucha paciencia, por amor de los hombres, antes de venir como Supremo Juez, pues no quiere que ningún pecador perezca, sino que todos se conviertan a la penitencia y se salven” (2 Pedro). ¡Pero también quiere que le pidamos las gracias necesarias para nuestra salvación!; puesto que, por una parte, no podemos observar los divinos preceptos y salvarnos sin el auxilio actual del Señor, y, por otra parte, Dios no quiere, en general, darnos esas gracias si no se las pedimos.

Por esta razón dice el Santo Concilio de Trento que Dios no impone preceptos imposibles, porque, o nos da la gracia próxima y actual necesaria para observarlos, o bien nos da la gracia de pedirle esa gracia actual. Y enseña San Agustín que, excepto las primeras gracias que Dios nos da, como son la vocación a la fe, o a la penitencia, todas las demás, y especialmente la perseverancia, Dios las concede únicamente a los que se las piden.

Infieren de aquí los teólogos, con San Basilio, San Agustín, San Juan Crisóstomo, San Clemente de Alejandría y otros muchos, que para los adultos es necesaria la oración, con necesidad de medio, o sea, con precisión absoluta sin la cual no se puede conseguir la salvación. De suerte que, ¡sin orar, a nadie le es posible salvarse! Y esto, dice el doctísimo Lessio, debe tenerse como de fe. Sin embargo, los miembros de la Santa Iglesia pueden orar por los pobres pecadores y alcanzarles esas gracias que necesitan para salvarse. Hay que mover los corazones para que se salven; porque “Dios, que nos crió sin nosotros, no nos salvará sin nosotros,” como decía San Agustín.

Los testimonios de la Sagrada Escritura son concluyentes y numerosos: “Nada te impida orar siempre... Es menester orar siempre y nunca desfallecer... Orad para que no caigáis en tentación... Pedid, y se os dará... Orad sin cesar para no caer en tentación.” Las citadas palabras “es menester, orad, pedid”, según general sentencia de los doctores con el angélico Santo Tomás, imponen precepto que obliga bajo culpa grave, especialmente en dos casos: primero, cuando el hombre se halla en pecado; segundo, cuando está en peligro de pecar.

A lo cual añadían comúnmente los teólogos que quien deja de orar por un tiempo, no está exento de culpa mortal. Y toda esta doctrina se funda en que, como hemos visto, la oración es un medio sin el cual no es posible obtener los auxilios necesarios para la salvación.

“Pedid, y se os dará.” Quien pide, alcanza. De suerte, decía Santa Teresa, que quien no pide no alcanzará. No alcanzáis porque no pedís. Singularmente es necesaria la oración para obtener la virtud de la continencia, pues de otra manera no se puede alcanzarla, si Dios no la da: “lo pedí a Dios, y Él me lo otorgó.” (Sabiduría).

Resumamos lo expuesto considerando que quien ora se salva, y quien no ora se condena. El que no reza, no necesita al demonio para llevarle al infierno; él mismo se arroja allí. Todos cuantos se han salvado lo consiguieron por medio de la oración. Todos los que se han condenado se condenaron por no haber orado. Y el considerar que tan fácilmente hubieran podido salvarse orando, y que ya no es tiempo de remediar el mal, aumentará su desesperación en el infierno.

¿Cómo has podido vivir hasta ahora tan olvidado de Dios? El Señor tenía preparadas todas las gracias que debieras haber buscado; sólo esperaba que se las pidieses; pero quizás no pensaste más que en complacer a tu sensualidad, sin que te importase verte privado de su amor y gracia. Basta ya; basta de culpas. Debes decidirte a amar a Dios por el resto de tu vida.

Consideremos, por último, las condiciones de la buena oración. Muchos piden y no alcanzan, porque no ruegan como es debido. Para orar bien es menester, ante todo, humildad. Dios resiste a los soberbios y da su Gracia a los humildes: “Dios confunde a los soberbios y da su Gracia a los mansos y humildes de corazón.” (Santiago). Dios no oye las peticiones del soberbio; pero nunca desecha la petición de los humildes, aunque hayan sido pecadores, pues el Señor nunca desprecia al corazón contrito y humillado: “La oración del humilde traspasa las nubes, y no descansa hasta llegar a Dios, ni se retira hasta que el Altísimo fija en ella su mirada.” (Eclesiástico).

En segundo lugar, es necesaria la confianza. “El que confió en el Señor nunca fue confundido” (Eclesiástico). Con este fin nos enseñó Jesucristo que al pedir gracias a Dios le demos nombre de “Padre nuestro,” para que le roguemos con aquella confianza que un hijo tiene al recurrir a su propio padre.

Quien pide confiado, todo lo consigue. “Todas las cosas que pidieréis en la oración, creed con viva Fe que las recibiréis, y se os concederán sin falta.” (Evangelio). ¿Quién puede temer, dice San Agustín, que falte lo que prometió Dios, que es la misma verdad? No es Dios como los hombres, que no cumplen a veces lo que prometen, o porque mintieron al prometer, o porque luego cambian de voluntad.

¿Cómo iba el Señor a exhortarnos tanto a pedirle gracias, si no quería darnoslas?, añade el Santo. Al prometerlo se obligó a conceder los dones que le pidamos.

Acaso piense alguno que, por ser pecador, no merece ser oído. Mas responde Santo Tomás que la oración con que pedimos gracias no se funda en nuestros méritos, sino en la misericordia divina. “Todo el que pide, recibe” (Evangelio); es decir, todos, sean justos o pecadores.

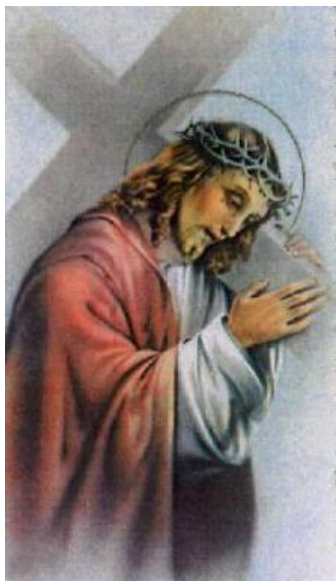
El mismo Redentor nos quitó todo temor y duda en esto cuando dijo: “Todo lo que pidieréis al Padre en mi Nombre, Yo lo haré, para que sea el Padre glorificado en el Hijo”; o sea: “si carecéis de méritos, los míos os servirán para con mi Padre. Pedidle en mi nombre, y os prometo que alcanzaréis lo que pidieréis.”

Pero es preciso entender que tal promesa no se refiere a los dones temporales, como salud, hacienda u otros, porque el Señor a menudo nos niega justamente estos bienes, previendo que nos dañarían el alma. Mejor conoce el médico que el enfermo lo que es provechoso, dice San Agustín; y añade que Dios niega a algunos por misericordia lo que a otros concede airado. Por lo cual sólo debemos pedir las cosas temporales bajo la condición de que convengan al bien del alma.

Y, al contrario, las cosas espirituales, como el perdón, la perseverancia, el amor a Dios y otras gracias semejantes, deben pedirse absolutamente con firme confianza de alcanzarlas. “Pues si vosotros, estando inclinados al mal, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¡cuánto más vuestro Padre que está en los Cielos dará, a los que se lo pidieren, no sólo la Gracia Santificante, sino también todo aquello que no se oponga al bien de sus almas!,” dice Jesucristo.

Es, sobre todo, necesaria la perseverancia. Dice Cornelio a Lápide que el Señor “quiere que perseveremos en la oración hasta ser importunos”; cosa que ya expresa la Escritura Sagrada: “Velad, pues, orando en todo tiempo.” “Orad sin cesar”; lo mismo que el texto que sigue: “Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá.”

Bastaba haber dicho pedid; mas quiso el Señor demostrarnos que debemos proceder como los mendigos, que no cesan de pedir e insisten y llaman a la puerta hasta que obtienen la limosna. Especialmente la perseverancia final es gracia que no se alcanza sin continua oración. No podemos merecer por nosotros mismos esa gracia,



mas por la oración, dice San Agustín, en cierto modo la merecemos, importunando a Dios a concedérsela. Cristo mismo nos indicó cómo debe ser nuestra oración, cuando en una parábola contrastó la oración presumida y llena de hipocresía del fariseo, con la oración contrita y humilde del publicano. Recemos, pues, siempre como éste, con arrepentimiento humilde y sincero.

Oremos, pues, siempre, y no dejemos de orar si queremos salvarnos. Que los confesores y predicadores exhorten de continuo a orar si desean que las almas se salven. Y, como dice San Bernardo, acudamos siempre a la intercesión de María. “Busquemos la gracia, y busquémosla por intercesión de María, que alcanza cuanto desea y no puede engañarse.”

Tus enemigos no dejarán de combatirte hasta la hora de la muerte, y si Dios no te ayuda, volverás a caer. Pídele la santa perseverancia: “No permitas que me aparte de Ti.” Este mismo don debes pedir también para cuantos se hallan en su Gracia. Y confiando en las divinas promesas, queda seguro de que te concederá la perseverancia si continúas pidiéndosela. Pide la gracia de que jamás dejes de orar; y que en los peligros de pecar invoques en auxilio tuyo los nombres de Jesús, María y José.

De la perseverancia: Sobre esta cuestión, conviene recordaros algunas enseñanzas de nuestra Undécima Carta Apostólica. Dice San Jerónimo que muchos empiezan bien, pero pocos son los que perseveran. Bien comenzaron un Saúl, un Judas Iscariote, un Tertuliano; pero acabaron mal, porque no perseveraron como debían. En los cristianos no se busca el principio, sino el fin. Prosigue diciendo el Santo, que el Señor no exige solamente el comienzo de la buena vida, sino su término; el fin es el que alcanzará la recompensa. De aquí que San Lorenzo Justiniano llame a la perseverancia “puerta del Cielo.” Quien no hallare esa puerta no podrá entrar en la gloria.

Tú, que dejaste el pecado y esperas con razón que habrán sido perdonadas tus culpas, disfrutas de la amistad de Dios; pero todavía no estás a salvo ni lo estarás mientras no hayas perseverado hasta el fin, pues sólo “el que perseverare hasta el fin, éste será salvo.” (Evangelio). Empezaste la vida buena y santa. Da por ello mil veces gracias a Dios; mas advierte que, como dice San Bernardo, al que comienza se le ofrece, no más, el premio, y únicamente se le da al que persevera. No basta correr en el estadio, sino proseguir hasta alcanzar la corona, como dice el Apóstol: “¿No sabéis que de todos los que corren en los estadios, alcanza el premio el que primero llega a la meta? Corred, pues, vosotros, de tal manera en el camino de la virtud, que lleguéis a alcanzar el premio eterno.”

Has puesto mano en el arado; has principiado a bien vivir; pues ahora más que nunca debes temer y temblar. ¿Por qué? Porque si, lo que Dios no quiera, volvieses la vista atrás y tornases a la mala vida, te excluiría Dios del premio de la gloria, como dice el Evangelio.

Ahora, por la gracia de Dios, huyes de las ocasiones malas y peligrosas, frecuentas los Sacramentos, haces cada día meditación espiritual. Dichoso tú si así continúas, y si nuestro Señor Jesucristo así te halla cuando venga a juzgarte. Mas no creas que por haberte resuelto a servir a Dios se te han acabado las tentaciones y no vuelvan a combatirte más. Oye lo que dice el Espíritu Santo: “Hijo, cuando entres en el servicio de Dios, persevera firme en la virtud y en el santo temor, y prepara tu alma para hacer frente a la tentación.” (Eclesiástico).

Sabe, pues, que ahora más que nunca debes prepararte para el combate; porque nuestros enemigos, el mundo, el demonio y la carne, ahora más que nunca se aprestarán a hacerte guerra con el fin de que pierdas cuanto hubieres conquistado. San Dionisio Cartusiano afirma que cuanto más se entrega uno a Dios, con tanto mayor empeño procura el infierno vencerle.

Y esta verdad se declara claramente en el Evangelio, donde dice: “Cuando el espíritu inmundo ha salido de un hombre, anda por lugares áridos, buscando reposo, y no lo halla. Entonces dice: ‘Me volveré a mi casa, de donde salí’. Y cuando viene, la halla desocupada, barrida y alhajada. Entonces va, y toma consigo otros siete espíritus peores que él, y entran dentro, y moran allí. Y el postrer estado de aquel hombre es peor que el anterior”; o sea; cuando el demonio se ve arrojado de un alma, no halla descanso ni reposo, y emplea todas sus fuerzas en procurar dominarla de nuevo. Pide auxilio a otros espíritus del mal, y si consigue entrar otra vez en aquella alma, le producirá segunda ruina, más grave que la primera.

Considerad, pues, qué armas vais a emplear para defenderos de esos enemigos y conservar la gracia de Dios. Para no ser vencidos del demonio no hay mejor arma que la oración.

Dice San Pablo (Efesios) que no tenemos que pelear solamente contra nuestra carne y sangre, ni contra hombres, sino también contra el príncipe de las tinieblas y demás secuaces infernales, con lo cual quiere advertirnos que carecemos de fuerzas para resistir a tanto poder, y que, por consiguiente, necesitamos que Dios nos ayude. Con ese auxilio lo podemos todo, decía el Apóstol, y todos debemos repetir lo mismo. Pero ese



auxilio no se alcanza más que pidiéndolo en la oración. “Pedid, y recibiréis.” No nos fiemos de nuestros propósitos, porque si en ellos confiamos estaremos perdidos.

Toda nuestra confianza, cuando el demonio nos tentare, la hemos de poner en la ayuda de Dios, encomendándonos a Jesús y a María Santísima. Y muy especialmente debemos hacer esto en las tentaciones contra la castidad, porque son las más temibles y las que ofrecen al demonio más frecuentes victorias.

Por nosotros mismos no disponemos de fuerzas para conservar la castidad. Dios ha de darnoslas. Debemos entender que de otra manera no se puede alcanzar la continencia, por lo que hay que acudir al Señor y rogarle.

Preciso es, pues, en tales tentaciones, acudir en seguida a Jesucristo y a su Santa Madre, e invocar a menudo los santísimos nombres de Jesús y María. Quien así lo hiciere, vencerá. El que no lo haga será vencido.

El Señor no te arrojará de su presencia ni te abandonará, si no eres tú el primero en dejarle. Pero la experiencia de tu flaqueza puede inspirarte temor; por lo que debes pedir a Dios que te dé la fortaleza que necesitas contra el poder del infierno que desea reducirte de nuevo a su odiosa servidumbre.

Veamos ahora cómo se ha de vencer al mundo. Gran enemigo es el demonio, mas el mundo es peor. Si el demonio no se sirviese de él, de los hombres malos, que forman lo que llamamos mundo, no lograría los triunfos que obtiene.

No nos previene tanto el Redentor que nos guardemos del demonio como de los hombres. Éstos son a menudo peores que aquéllos, porque a los demonios se los ahuyenta con la oración e invocando los nombres de Jesús y de María; pero las malas personas, si mueven a alguno a pecar y les responde con buenas y cristianas palabras, no huyen ni se reprimen, sino que le excitan y tientan más, y se burlan de él llamándole cobarde o necio; y cuando otra cosa no pueden, le tratan de hipócrita, que finge santidad. Y no pocas almas tímidas o débiles, por no oír tales burlas e improperios, siguen a aquellos ministros de Lucifer y pecan miserablemente.

Persuádate, pues, de que si quieres vivir piadosamente, los impíos, los malvados te menospreciarán y se burlarán de ti. El que vive mal no puede tolerar a los que viven bien, porque la vida de estos le sirve de continuo reproche y porque quisiera que todos le imitasen para acallar el remordimiento que le ocasiona la cristiana vida de los demás.

Dice el Apóstol que el que sirve a Dios tiene que ser perseguido del mundo: “Todos los que quieren vivir virtuosamente según Jesucristo han de padecer persecución.” (2 Timoteo). Todos los Santos sufrieron rudas persecuciones. ¿Quién más santo que Jesucristo? Pues el mundo le persiguió hasta darle afrentosa muerte de cruz.

No ha de sorprendernos esto, porque las máximas del mundo son del todo contrarias a las de Jesucristo. A lo que aquél estima, llama Cristo locura. Y al contrario, el mundo tiene por demencia lo que alaba y aprecia nuestro Redentor, como son las cruces, dolores y desprecios.

Pero consolémonos, que si los malos nos maldicen y vituperan, Dios nos bendice y ensalza. ¿No basta ser alabados de Dios, de María Santísima, de los Ángeles y Santos y de todos los buenos?

Dejemos, pues, que los pecadores digan lo que quisieren y prosigamos sirviendo a Dios, que tan fiel y amoroso es para los que le aman. Cuanto mayores fueren los obstáculos y contradicciones que hallemos practicando el bien, tanto más grandes serán la complacencia del Señor y nuestros méritos.



Imaginemos que en el mundo sólo Dios y nosotros existimos, y cuando los malvados nos censuren, encomendémoslos al Señor, y prosigamos en paz nuestro camino, dándole gracias por la luz que a nosotros nos alumbraba y a ellos les es negada, pues la rechazan. Nunca nos cause rubor el ser y parecer cristianos, porque si nos avergonzamos de ello, Jesucristo se avergonzará de nosotros, según nos anunció.

Si queremos salvarnos, menester es que estemos firmemente resueltos a padecer fuerza y a violentarnos siempre. “Estrecho es el camino que conduce a la vida,” por lo que el reino de los Cielos sólo se alcanza con esfuerzos, y “los que se esfuerzan lo consiguen.” (Evangelio). Quien no se hace violencia no se salvará. Y esto es seguro, porque si queremos practicar el bien, tenemos que luchar contra nuestra rebelde naturaleza. Singularmente, debemos violentarnos al principio para extirpar los malos hábitos y adquirir los buenos, puesto que después la buena costumbre convierte en cosa fácil y dulce la observancia de la buena ley.

Dijo el Señor a Santa Brígida la Magna que a quien, practicando las virtudes con valor y paciencia, sufre la primera punzada de las espinas, después esas mismas espinas se le truecan en rosas.

Atiende, pues, y oye a Jesús, que te dice como al paralítico: “Mira, que ya estás sano; no peques más, para que no te acontezca algo peor de lo que tenías.” (Evangelio). Entiende, que si por tu desgracia vuelves a recaer, tu ruina será peor que todas las de tus primeras caídas.

¡Ay de aquellos que emprenden el camino de Dios y luego lo dejan! Serán castigados como rebeldes a la luz; y la pena de esos infelices, que fueron favorecidos e iluminados con las luces de Dios, e infieles después, será quedar del todo ciegos y así acabar su vida hundidos en la culpa. “Y si el que, siendo justo, luego se desviare del recto camino... ¿acaso podrá tener vida verdadera? No sólo no tendrá vida verdadera, sino que, cuantas obras buenas había hecho, se echarán en olvido para él” (Ezequiel).

¡Ah, cuántas veces has merecido castigo semejante, ya que tantas has dejado el pecado por las luces y mercedes que Dios te dio, y luego miserablemente recaíste en la culpa! Que tu pasada ingratitud te sirva de acicate para llorar las ofensas que le hiciste y para inflamarte en amor a Dios. Pídele la perseverancia final en su amor y gracia, pues sabes que te la concederá si continuas pidiéndosela.

Consideremos lo que atañe al tercer enemigo, la carne, que es el peor de todos, y veamos cómo hemos de combatirlo. En primer lugar, con la oración, según ya hemos visto. En segundo lugar, huyendo de las ocasiones, como vamos a ver y ponderar atentamente.

Dice San Bernardino de Siena que el más excelente consejo, fundamental en la vida espiritual, consiste en que huyamos siempre de las ocasiones de pecar. Obligado por exorcismos, confesó una vez el demonio que ningún sermón le es más aborrecible que aquellos en que se exhorta a huir de las malas ocasiones.

Y con harta razón; porque el demonio se ríe de cuantas promesas y propósitos forme un pecador arrepentido, si no se aparta éste de tales ocasiones.

La ocasión, especialmente en materia de placeres sensuales, es como una venda puesta ante los ojos, que no permite ver ni propósitos, ni instrucciones, ni verdades eternas; que ciega, en fin, al hombre y le hace olvidarse de todo.

Tal fue la perdición de nuestros primeros padres: el no huir de la ocasión. Dios les había prohibido alzar la mano al fruto vedado. “Nos mandó Dios que no comiéramos ni lo tocáramos,” dijo Eva a la serpiente, pero la imprudente lo vio, lo tomó y comió. Empezó por admirar el fruto, lo tomó después con la mano, y al cabo comió de él. Quien voluntariamente se expone al peligro, en él perecerá: “quien ama el peligro, perecerá en él” (Eclesiástico).

Advierte San Pedro que el demonio anda dando vueltas alrededor de nosotros, buscando a quien devorar. De suerte que para volver a entrar en un alma que lo arrojó de sí, dice San Cipriano, sólo aguarda la ocasión oportuna. Si el alma se deja seducir para ponerse en peligro, de nuevo se apoderará de ella el enemigo y la devorará sin remedio.



¡Infeliz del que resucite por la confesión pero no evite las ocasiones! A pesar de su resurrección, quedará sujeto a la muerte y volverá a morir. El que quiera salvarse necesita renunciar no sólo al pecado, sino también a las ocasiones de pecar; es decir, debe apartarse de este compañero, de aquella casa, de cierto trato y amistad.

Podrá decir alguno que, al mudar de vida, abandonó todo fin ilícito en sus relaciones con determinadas personas, y que, por tanto, no hay ya temor de tentaciones. Recordemos a propósito de esto lo que se cuenta de ciertos osos de Mauritania, que acostumbran cazar monos. Estos animales, al ver a su enemigo, trepan a los árboles. Mas el oso se tiende en tierra, fingiéndose muerto, y apenas los monos, confiados, bajan al suelo, se levanta, les da caza y los devora.

Así el demonio finge que están muertas las tentaciones, y cuando los hombres descenden a las ocasiones peligrosas, les presenta de improviso la tentación con que los vence. ¡Cuántas almas desventuradas que frecuentaban la oración y la Comunión, y que podían llamarse santas, llegaron a ser presa del infierno por no haber evitado las malas ocasiones!

Acordaos del caso de aquella santa señora, dedicada a la piadosa obra de recoger y enterrar los cuerpos de los mártires, que halló uno que aún tenía vida. Le llevó a su casa, le cuidó y curó. Y acació luego que, por la ocasión próxima, esos dos santos, que así se les podía llamar, perdieron la gracia de Dios, y luego la misma fe cristiana.

Dice San Juan Crisóstomo: ‘Toda carne es heno. ¿Es posible que el heno deje de arder si se le pone al fuego?’ Imposible es el estar en la hoguera y no quemarse. Nuestra fortaleza es como la de la estopa en las llamas. Y también Salomón nos dice: “¿Por ventura puede el hombre esconder el fuego en su seno sin que sus vestidos no ardan?, ¿o andar sobre las ascuas sin que se le abrasen las plantas de los pies? Pues, el que quisiere tener trato pecaminoso con la mujer de su prójimo, no será ya limpio desde el momento en que la deseó.”

(Proverbios). Sería un loco el que pretendiese caminar sobre ascuas sin quemarse. Pues no es menor locura la del que pretenda ponerse en ocasiones y no caer en falta.

“Como de la vista de la serpiente, huye de los pecados; pues, si te acercas a ellos, te morderán” (Eclesiástico). Menester es huir del pecado como de la serpiente venenosa, pues preciso es evitar, no sólo la mordedura de la serpiente, sino el tocarla y hasta el aproximarse a ella.

Dirás, tal vez, que aquella casa, aquella amistad favorecen tus intereses. Pues si aquella casa es para ti camino del infierno y no renuncias a salvarte, es absolutamente necesario que la abandones resueltamente. Dice el Señor que “Si tu ojo derecho es para ti una ocasión de pecado, arrácatelo y arrójalos lejos de ti.” Nótese las palabras “lejos de ti” del Evangelio: es necesario tirarlo, no cerca, sino lejos, o sea: hay que evitar todas las ocasiones.

Decía San Francisco de Asís que a las personas espirituales y entregadas a Dios, las tienta el demonio de muy diferente manera que a las que viven mal. Al principio no las ata con una cuerda, sino con un cabello; después, con un hilo; luego, con un cordel, y, por último, con la cuerda potente que las arrastra al pecado.

El que desee, pues, librarse de tales riesgos, deseche desde el principio esas ligaduras de un cabello, huya de todas las ocasiones peligrosas, trato, saludos, obsequios y otras semejantes, y, sobre todo, el que haya tenido hábitos de impureza no se contente con evitar las ocasiones próximas; si no huye también de las remotas, volverá a caer.

Quien desee verdaderamente salvarse ha de formar y renovar con suma frecuencia la resolución de no apartarse nunca de Dios, repitiendo a menudo aquella frase de los Santos: “Piérdase todo, pero jamás a Dios.”

Mas no basta semejante resolución de no perder a Dios si no usamos de los medios ordenados para no perderle.

El primero es, como ya se ha dicho, huir de las ocasiones.

El segundo, frecuentar los sacramentos de la Confesión y Comunión, porque en la casa que se limpia a menudo no impera la inmundicia. Con la Confesión se mantiene pura el alma y se alcanza no solamente la remisión de las culpas, sino fuerza para resistir las tentaciones.

La Sagrada Comunión se llama Pan del Cielo, porque así como al cuerpo le es imposible vivir sin el alimento de la tierra, así el alma no puede vivir sin ese manjar celestial. “Si no comiereis la Carne del Hijo del Hombre, y no bebiereis su Sangre, no tendréis vida en vosotros” (Evangelio). Y, al contrario, a quien con frecuencia come ese Pan le está prometido que vivirá eternamente. Por esto el santo Concilio de Trento llama a la Comunión medicina que nos libra de los pecados veniales y nos preserva de los mortales.

El tercer medio es la meditación, o sea la oración mental: “Acuérdate de tus postrimerías, y nunca jamás pecarás” (Eclesiástico). El que tenga siempre ante la vista las verdades eternas, la muerte, el juicio, la eternidad, no caerá en pecado. Dios nos ilumina en la meditación y nos habla interiormente, enseñándonos lo que debemos hacer y las cosas de que debemos huir. “A los que me sean fieles, les llevaré al desierto, y les hablaré al corazón con amorosa intimidad” (Oseas). Es la meditación como venturosa hoguera donde nos encendemos en amor divino.

Y, finalmente, según ya hemos considerado, para conservarnos en gracia de Dios nos es absolutamente necesario que oremos siempre y pidamos las gracias de que hemos menester. Quien no hace oración mental, difícilmente ruega; y no rogando, ciertamente se perderá.

Debemos, pues, usar de todos esos medios para salvarnos y llevar vida bien ordenada. Por la mañana, al levantarnos, hemos de hacer los cristianos ejercicios de acción de gracias, amor, ofrecimientos y propósitos, con oraciones a Jesús y a la Virgen para que nos preserven de pecado en aquel día. Después haremos la meditación y oiremos la santa Misa. Durante el día tendremos lectura espiritual y haremos la visita al Santísimo Sacramento y a la divina Madre. Y por la noche hemos de rezar el Rosario y hacer examen de conciencia. Debemos comulgar con frecuencia. Muy útil sería hacer algunos ejercicios espirituales.

Hemos de honrar también a María Santísima con algún especial obsequio, como, por ejemplo, ayunando los sábados. Es Madre de perseverancia y ofrece este don a quien le sirve: “Los que se guían de Mí, no pecarán” (Eclesiástico).

Por último, y sobre todo, es necesario que pidamos a Dios la santa perseverancia, especialmente en tiempo de tentaciones, invocando entonces más a menudo los santísimos nombres de Jesús y María, si la tentación persistiera. Si así lo hicieréis, os salvaréis seguramente; y si no, ciertamente seréis condenados.

Emplea los medios que Dios te ofrece para salvarte. Él desea que te salves, y tú lo debes desear también y ponerlo por obra, principalmente por agradar a su amantísimo Corazón, que tanto desea tu bien. El Señor te invita a que le ames, y amarle ha de ser tu único deseo.

Para gozar, nos está ya preparada una eternidad; para padecer por Dios, no tenemos más que la vida presente: pues aprovechémonos de ella y padezcamos por Cristo Jesús, nuestro Divino Redentor, cuanto

podamos. ¡Oh cuánto tuvo que padecer y qué caro le costó el amarnos sólo para hacernos dichosos para toda una eternidad! Pues, cueste lo que costare a nuestra naturaleza, resolvámonos a santificar nuestra alma y a dar gusto a Dios en todo.

De la confianza en la protección de María Santísima: “Quien me hallare hallará la vida, y alcanzará del Señor la salvación.” (Proverbios) ¡Cuántas gracias debemos dar a la misericordia de Dios, exclama San Buenaventura, por habernos conseguido como abogada a la Virgen María, cuyas súplicas pueden alcanzarnos todas las mercedes que deseemos!



¡Pecadores!, aunque seamos culpables ante la divina justicia, y nos consideremos por nuestras maldades ya condenados al infierno; no desesperemos todavía. Acudamos a esta Divina Madre, amparémonos bajo su manto, y Ella nos salvará. Exige de nosotros la resolución de mudar de vida. Tomémosla, pues; confiemos verdaderamente en María Santísima, y Ella nos alcanzará la salvación. Porque María es abogada poderosa, abogada clementísima, abogada que desea salvarnos a todos.

Consideremos, primeramente, que María es poderosa abogada, que todo lo puede con el soberano Juez, en provecho y beneficio de los que devotamente la sirven. Singular privilegio concedido por el mismo Juez, que es Hijo de la Santísima Virgen María. “¡Es grande privilegio que María sea poderosísima para con su Hijo!”, dijo también San Buenaventura.

La bienaventurada Virgen obtiene de Dios cuanto le pide con firme voluntad, y como Reina manda a los Ángeles para que iluminen, perfeccionen y purifiquen a los devotos de Ella. Por eso la Iglesia, a fin de inspirarnos confianza en esta gran abogada nuestra, hace que la invoquemos con el nombre de Virgen poderosa: “Virgo potens, ora pro nobis.”

¿Y por qué es tan eficaz la protección de María Santísima? Porque es la Madre de Dios. Las oraciones de la Virgen María, dice San Antonino, siendo como es María Madre del Señor, son, en cierto modo, mandatos para Jesucristo; así no es posible que cuando ruega no alcance lo que pide.

San Gregorio, Arzobispo de Nicomedia, dice que el Redentor, para satisfacer la obligación que tiene con esta Santa Madre por haber recibido de Ella la naturaleza humana corporal, concede cuanto María solicita. Y Teófilo, Obispo de Alejandría, escribe estas palabras: “Desea el Hijo que su Madre le ruegue, porque quiere otorgarle cuanto pida, para recompensar así el favor que de Ella recibió.”

Con razón, pues, exclamaba el mártir San Metodio: “¡Alégrate y regocíjate, oh María, que lograste la ventura de tener por deudor al Hijo de quien todos somos deudores, porque cuanto tenemos es don suyo!”

Del mismo modo San Cosme de Jerusalén repite que el auxilio de María es omnipotente, y lo confirma Ricardo de San Lorenzo, notando cuán justo es que la Madre participe del poder del Hijo, y que siendo Éste omnipotente, comunique a su Madre la omnipotencia. El Hijo es omnipotente por naturaleza; la Madre es omnipotente por gracia, de suerte que obtiene con sus oraciones cuanto desea, según aquel célebre verso: “Quod Deus império, tu prece Virgo, potes:” ‘Puedes, Virgen, con tus preces, lo que Dios con sus mandatos.’

La misma doctrina consta en las Revelaciones de Santa Brígida. Oyó aquella Santa que Jesús decía a su bendita Madre que le pidiera cuanto quisiese, y que cualesquiera que fuesen sus peticiones, nunca rogaría en vano. Y el Señor manifestó el motivo de tal privilegio diciendo: “Nada me negaste nunca en la tierra; nada te negaré Yo en el Cielo.”

En conclusión: no hay nadie, por malvado que sea, a quien María no pueda salvar con su intercesión. “¡Oh Madre de Dios!,” exclama San Gregorio de Nicomedia, “nada puede resistir a tu poder, porque tu Creador estima y aprecia tu gloria como si fuera suya.” “Vos, Señora, lo podéis todo,” dice también San Pedro Damiano, “puesto que aun a los desesperados podéis salvar.”

Tu amadísima Reina y Madre es omnipotente para salvar a los pecadores. Recurriendo a Nuestra Señora, no debes desconfiar de tu salvación por el peso de tus pecados. Con sus súplicas alcanza cuanto quiere, y si ruega por ti, ciertamente te salvarás. Pecedor eres, pero decídette a enmendarte, y complácete en ser un siervo amantísimo de María. Ella puede y quiere salvarte. ¡Cuánto más debes confiar en su clemencia ahora, si te consagras a su servicio! Pide a María Santísima que ruegue por ti y te haga santo.

Consideremos, en segundo lugar, que María es abogada tan clemente como poderosa, y que no sabe negar su protección a quien recurre a Ella. Los ojos del Señor están atentos a las miradas de los justos, dice David. Mas esta Madre de misericordia tiene fijos los ojos, tanto en los justos como en los pecadores, a fin de que no caigan; y si hubieran caído, para ayudarlos a que se levanten.

Le parecía a San Buenaventura cuando contemplaba a la Virgen que miraba la misma misericordia, y San Bernardo nos exhorta a que en todas nuestras necesidades recurramos a esta poderosa abogada, que es en extremo dulce y benigna para cuantos se encomiendan a Ella.

Por eso la llamamos hermosa como la oliva. “Estoy elevada como hermoso Olivo en los campos” (Eclesiástico); pues así como de la oliva mana óleo suave, símbolo de piedad y clemencia, así de la Virgen surgen gracias y mercedes que dispensa a todos los que se acogen a su amparo.

Bien decía, pues, Dionisio Cartusiano al llamarla abogada de los pecadores que en Ella se refugian. ¡Oh Dios, qué dolor tendrá un cristiano que se condena, al considerar que tan fácilmente hubiera podido salvarse acudiendo a esta Madre de misericordia, y que no lo puso por obra ni habrá ya tiempo de remediarlo!

La bienaventurada Virgen dijo a Santa Brígida: “Me llaman Madre de misericordia, y en verdad lo soy, porque así lo ha dispuesto la clemencia de Dios.” Pues ¿quién nos ha dado tal abogada, que nos defienda, sino la misericordia divina, que a todos nos quiere salvar? Añadió la Virgen: “Eternamente desdichado será el que pudiendo acudir a Mí, que con todos soy tan piadosa y benigna, no quiere buscar mi auxilio y se condena.”

¿Tememos acaso, dice San Buenaventura, que nos niegue María el socorro que le pidamos? No; que no sabe ni supo jamás mirar sin compasión y dejar sin auxilio a los desventurados que lo reclaman de Ella. No sabe, ni puede, porque fue destinada por Dios para ser reina y Madre de Misericordia, y como tal tiene que atender a los necesitados. “Reina sois de misericordia,” le dice San Bernardo; “¿y quiénes son los súbditos de la misericordia sino los miserables?” Y luego el Santo, por humildad, añadía: “Puesto que sois, ¡oh Madre de Dios!, la Reina de la misericordia, mucho debéis atenderme a mí, que soy el más miserable de los pecadores.”

Con maternal solicitud, sin duda, librará de la muerte a sus hijos enfermos, pues la bondad y clemencia de María la convierten en Madre de todos los que sufren.

San Basilio la llama casa de salud, porque así como en los hospitales se atiende primero al más necesitado, María, como dice aquel Santo, acoge y cuida con piedad más solícita y amorosa a los más grandes pecadores de todos los que a Ella recurren.

No dudaremos, pues, de la misericordia de María Santísima. Santa Brígida oyó que el Salvador decía a la Virgen: “Aun para el mismo diablo usarías de misericordia si la pidiese con humildad.” El soberbio Lucifer jamás se humillará; pero si se humillase ante esta soberana Señora y le pidiese auxilio, la intercesión de la Virgen le libraría del infierno.

Nuestro Señor con aquellas palabras nos dio a entender lo mismo que su amada Madre dijo luego a la Santa: que cuando un pecador, por muy grandes que sean sus culpas, se le encomienda sinceramente, Ella no atiende a los pecados de él, sino a la intención que le mueve; y si tiene buena voluntad de enmendarse, le acoge y le sana de todos los males que le abruman, como si dijera: “Por mucho que el hombre haya pecado, si acude a Mí verdaderamente arrepentido, me apresuro a recibirle; no miro el número de sus culpas, sino el ánimo con que viene. Ni rehúso unguir y curar sus llagas, porque me llaman, y realmente soy, Madre de misericordia.” A San Gregorio XVII Magnífico, en su vida en el mundo como Clemente Domínguez, le dijo la Madre de Dios en 1971: “Siempre la justicia la tiene el Padre, y la misericordia, la Madre. Yo no entiendo de justicia, sólo de misericordia. Acudiendo a Mí, seguro que alcanzaréis el perdón de Jesús y aplacaréis la Ira del Padre Celestial.”

Con verdad, pues, nos alienta San Buenaventura diciendo: No desesperéis, pobres y extraviados pecadores; alzad los ojos a María y respirad, confiados en la piedad de esta buena Madre. Busquemos la gracia perdida, dice San Bernardo, y busquémosla por medio de María; que ese alto don, por nosotros perdido, añade Ricardo de San Lorenzo, María lo encontró, y a Ella, por tanto, debemos acudir para recuperarlo.

Cuando el Arcángel San Gabriel anunció a la Virgen la divina maternidad, le dijo: “No te turbes, María, porque has hallado Gracia delante de Dios.” Mas si María, siempre llena de gracia, jamás estuvo privada de ella, ¿cómo dijo el ángel que la había hallado? A esto responde el cardenal Hugo que la Virgen no halló la gracia para sí, pues siempre la tuvo y disfrutó, sino para nosotros, que la habíamos perdido; de donde infiere que debemos presentarnos a María Santísima y decirle: “Señora, los bienes han de ser restituidos a quien los perdió. Esa divina gracia que habéis hallado no es vuestra, porque Vos siempre la poseísteis; nuestra es, y por nuestras culpas la perdimos. A nosotros, Señora, debéis devolverla.” “Acudan, pues; acudan presurosos a la Virgen los pecadores que hubiesen perdido por sus culpas la gracia, y díganle sin miedo: devuélvenos el bien nuestro que hallaste.”

Aunque seas un pecador desdichado que muchas veces y voluntariamente, perdiste la divina gracia, acude a la Madre de Misericordia, y pídele que no te desprecie al ver el estado en que te hallas; antes bien, que te mire con más compasión y se apresure a socorrerte. Por su intercesión has de alcanzar la salvación. No hay causa, por desesperada que sea, que no se gane si María la defiende. Nunca dejes de servir y amar a la Virgen Santísima y de acudir a Ella, para que no deje de socorrerte.

Consideremos en tercer lugar que María Santísima es abogada tan piadosa, que no sólo auxilia a los que recurren a Ella, sino que desea salvarnos a todos y va buscando por sí misma a los desdichados para defenderlos y salvarlos.

Ved cómo nos llama a todos, con el fin de alentarnos a esperar toda suerte de bienes si nos acogemos a su protección. “En Mí, toda esperanza de vida y de virtud. Venid a Mí todos los que me amáis” (Eclesiástico). A todos nos llama, justos y pecadores. “El diablo, vuestro adversario, anda como león rugiente alrededor de vosotros buscando presa que devorar,” dice San Pedro (1 Pedro). Mas esta divina Madre va buscando siempre a quien puede salvar.

María es Madre de misericordia, porque la piedad y clemencia con que nos atiende la obligan a compadecerse de nosotros y a tratar continuamente de salvarnos, como una cariñosa madre, que no podría ver a sus hijos en riesgo de perderse sin que se apresurase a socorrerlos.

“Y, después de Jesucristo, ¿quién procura más cuidadosamente que Vos la salvación de nuestras almas?,” dice San Germán. Y San Buenaventura añade que María se muestra tan solícita en socorrer a los miserables, que no parece sino que en esto se cifran sus más vivos deseos. Ciertamente, auxilia a los que se le encomiendan, y a ninguno de ellos desampara. Tan benigna es, que no rechaza a nadie. Mas esto no basta para satisfacer el Corazón piadosísimo de María, sino que se adelanta a nuestras súplicas y nos ayuda antes que se lo roguemos. Y es tan misericordiosa, que allí donde ve miserias acude al instante, y no sabe mirar la necesidad de nadie sin darle auxilio.

Así procedía en su vida terrenal, como nos lo prueba el suceso de las bodas de Caná de Galilea, donde apenas notó que faltaba el vino, sin esperar a que se le pidiese cosa alguna, y compadecida de la aflicción y afrenta de los esposos, rogó a su Hijo que lo remediase, y le dijo: “No tienen vino,” alcanzando así del Señor que milagrosamente transformase en vino el agua. La Santísima Virgen María “no sólo se preocupaba de las necesidades y tribulaciones espirituales de sus hijos, sino también de las corporales... Ella era modelo perfectísimo de caridad cristiana para con todos los hijos de la Iglesia, pues a estos les servía muchas veces personalmente visitándoles, enseñándoles y confortándoles.” (Hechos de los Apóstoles).

Pues si tan grande era la piedad de María con los afligidos cuando estaba en este mundo, ciertamente, no es menor la misericordia con que nos socorre desde el Cielo, desde donde ve nuestras miserias y se compadece de nosotros. Y si María, sin que se lo suplicasen, se mostró tan pronta a dar su auxilio, ¡cuánto más atenderá a los que le ruegan!

No dejemos de acudir en todas nuestras necesidades a esta Madre Divina, a quien siempre hallamos dispuesta para socorrer al que se lo suplica. Siempre la hallarás pronta a socorrerte, porque más desea la Virgen otorgarnos mercedes que nosotros mismos el recibirlas; de suerte que cuando recurrimos a María la hallamos seguramente llena de misericordia y de gracia.

Y dice San Buenaventura que es tan vivo ese deseo de favorecernos y salvarnos, que se da por ofendida, no sólo de quien positivamente la injuria, sino también de los que no le piden amparo y protección; y, al contrario, seguramente salva a cuantos se encomiendan a Ella con firme voluntad de enmendarse, por lo cual la llama el Santo: “Salud de los que la invocan.”

Acudamos, pues, a esta excelsa Madre, y digámosle con San Buenaventura: ‘In te, Dómina, sperávi: non confúndar in ætérnum!’ ¡Oh Madre de Dios, María Santísima, porque en Ti puse mi esperanza, espero que no he de condenarme!

Póstrate a los pies de María Santísima pidiendo clemencia, aunque seas un mísero esclavo del infierno que no mereces bien ninguno. María es Madre de Misericordia, y la piedad se puede ejercitar con quien no la merece. Es esperanza y refugio de los pecadores, de suerte que Ella es tu refugio y esperanza.

San José, Auxiliador de los moribundos:



Al acercarse la muerte, el demonio intenta con todos sus ardides sembrar la desesperanza en los corazones de los moribundos. En la hora de la muerte, tu imaginación, agitada por espantosos fantasmas, se verá sumergida en congojas mortales, y tu espíritu, perturbado del temor de la Divina Justicia a la vista de tus iniquidades, tendrá que luchar contra el enemigo infernal, que querrá quitarte la esperanza en la misericordia de Dios y precipitarte en el abismo de la desesperación. Entonces tu corazón estará débil, oprimido y sobrecogido por el dolor de la enfermedad y por el dolor de la muerte, fatigado y rendido por los esfuerzos que hayas hecho contra los enemigos de tu salvación. Por eso, dijo Santa Teresita: “Hermanitas queridas, rezad por los pobres moribundos. ¡Si supierais lo que se sufre!” Y ¿a quién hay que rezar por ellos?

El ‘Patrón de la Buena Muerte’ es el Santísimo José, pues murió de amor en los brazos de Jesús y María. En su muerte, San José no se vio privado de la visión beatífica. La muerte natural de San José fue sólo la de su cuerpo accidental, es decir, la muerte clínica, siendo además exento del Juicio Particular. Su Cuerpo Esencial, unido a su Alma, quedó sumido en dulce

dormición y despertó al expirar Cristo. Su Cuerpo Accidental resucitó al resucitar Cristo.

El Santísimo José es también el 'Auxiliador de los moribundos'. Si es tan importante durante la vida, en el mar tempestuoso del mundo, tener un protector poderoso, cuánto más lo es en el momento supremo y decisivo del cual depende la eternidad.

Para el justo, una muerte santa es la corona de las buenas obras y de todas las virtudes; para el pecador arrepentido, es el rechazo y la reparación solemne de todos los pecados cometidos; para ambos, es el fin de todo mal y el comienzo de la felicidad sin fin. Pero, de entre todos los Santos de Dios, a quién debemos dirigirnos con preferencia para alcanzar la vida eterna, la más preciosa de todas las bendiciones, sin duda alguna es San José, el padre de nuestro Juez; él nos alcanzará el perdón. Su poder es terrible frente a los enemigos de nuestra salvación; él los hará huir. Nunca hubo una muerte tan dulce y tan privilegiada como la de San José; él alcanzará para nosotros también la gracia de una muerte dulce y santa.

San José ofrece a todos los hombres el auxilio de su protección. El jesuita Padre Esteban Binet decía que las palabras que San Bernardo dijo sobre la augusta Reina del Cielo se aplican también a su santo esposo: Al invocarle, el justo recibe gracia; el pecador, perdón; el afligido, consuelo; el enfermo, recuperación o paciencia en el sufrir; el moribundo, dulce consuelo en los méritos del Salvador; en una palabra, todos reciben de su abundancia y son colmados con sus beneficios.

Los perseguidos han alcanzado la paciencia, y los justos una gloriosa perseverancia; porque el Santísimo

José es como aquel lumínar que tiene debajo del apacible calor de sus influencias a todo el globo de la tierra donde habitan los que ha puesto el Cielo a su cuidado. A todos, pues, protege y socorre a medida de las calamidades que los afligen; pero en aquel momento tremendo, que ha hecho temblar a los Hilariones y a los Jerónimos en los yermos, es cuando el santo Patriarca parece que añade los máximos esfuerzos a su valimiento, y toda la autoridad de Padre y de Esposo a sus pretensiones, y como si hubiera reservado su poder para aquella hora terrible en que agonizan los que en vida lo han venerado con especiales obsequios de devoción.

Según el Padre José Ignacio Vallejo, de la Compañía de Jesús, "estas finezas del patrocinio del Señor San José con sus devotos cuando ya estaban para pasar al otro mundo, se pueden confirmar con cuatro pruebas, que son cuatro favores de su agradecimiento y de su amor, que lo muestran más liberal con los que habiéndolo elegido por su abogado, tienen puestas en su intercesión, la esperanza de su felicidad y el alivio de sus angustias, principalmente en aquella hora de que no nos podemos acordar sin sentir un torrente de amargura en nuestra mente. El primer beneficio se lee en la vida de Sor Pudenciana, de la Orden de San Francisco, la cual estando para morir recibió del Señor San José, en premio de su devoción, el mayor



consuelo que podía desear en aquella hora; porque se le apareció San José con el Niño Jesús en los brazos, y se lo puso en los suyos, recibiendo así Pudenciana a su Divino Esposo, y comenzó anticipadamente a disfrutar las delicias que le tenía Dios reservadas en el Paraíso. El segundo lo refiere San Vicente Ferrer, quien dice que un comerciante de Valencia tenía la devoción de convidar a su mesa, en el día del Nacimiento del Niño Dios, a un hombre pobre y a una mujer que alimentase a un niño, en honra de Jesús, de María y de José. Murió el piadoso mercader, y apareciéndose a ciertas personas que lo encomendaban a Dios, les hizo saber que en el mismo momento de su muerte y tránsito a la otra vida, bajaron Jesús, María y José a visitarlo, quienes le dijeron: 'Cuando tú vivías nos recibiste en tu casa en la persona de tres pobres, por lo cual venimos ahora a recibirte en nuestra casa.' El tercer beneficio lo hizo el Señor San José bajando del Paraíso en compañía de Santa Teresa, y de otros Santos, a asistir en su muerte a la Madre Ana de San Agustín. Fue testigo de vista en esta gracia una religiosa que vivía en otro monasterio, donde al mismo tiempo en que rogaba al Señor que alargara la vida a la Madre Ana, la vio subir al Cielo en medio del Señor San José y de la Santa Madre Teresa de Jesús. El cuarto fue un favor en que el Señor San José, con el patrocinio para con aquellos que lo veneran, mostró también el celo por las almas, de las que es Padre y Protector Universal. Fue este favorecido un religioso de San Agustín, el cual después de algunos meses de su muerte se apareció a otro religioso de la misma orden, a quien dijo que padecía en el purgatorio tormentos terribísimos, y que estuvo en grave peligro de condenarse; pero que el Señor San José, que podía mucho en el tribunal de Cristo, como su Padre putativo, le ayudó mucho para aceptar la predicación de la Divina María y así lo libró del infierno por la devoción con que lo había venerado en este mundo."

El amor de Dios: "Amemos, pues, a Dios, ya que Dios nos amó primero." (1 Juan). Considera, ante todo, que Dios merece tu amor, porque Él te amó antes que tú le amases, y es el primero de cuantos te han amado. Los que primeramente te amaron en este mundo fueron tus padres, pero no sintieron ni pudieron tenerte amor sino después de haberte conocido.

Mas antes que tuvieras el ser, Dios te amaba ya. No habían nacido ni tu padre ni tu madre, y Dios te amaba. ¿Y cuánto tiempo antes de crear el mundo comenzó Dios a amarte? ¿Quizá mil años, mil siglos antes? No contemos años ni siglos. Dios te amó desde la eternidad.

En suma: desde que Dios fue Dios, te ha amado siempre; desde que se amó a Sí mismo, te amó también a ti. Con razón decía la virgen Santa Inés: “Otro amante me cautivó primero.” Cuando el mundo y las criaturas requerían su amor, ella respondía: “No, no puedo amaros. Mi Dios es el primero que me amó, y es justo que a Él solo consagre mis amores.”

Eternamente te ha amado tu Dios, y sólo por amor te escogió entre tantos hombres como podía crear, y te dio el ser, y te puso en el mundo, y además formó innumerables y hermosas criaturas que te sirviesen y te recordasen ese amor que Él te profesa y el que tú le debes. “El Cielo, la tierra y todas las criaturas me invitan a que te ame,” decía San Agustín. Cuando el Santo contemplaba el sol, la luna, las estrellas, los montes y ríos, le parecía que todos le hablaban, diciéndole: ‘Ama a Dios, que nos creó para ti a fin de que le amases.’

El Padre Rancé, fundador de los Trapenses, no veía los campos, fuentes y mares sin recordar, por medio de esas cosas creadas, el amor que Dios le tenía. También Santa Teresa decía que las criaturas le reprochaban la ingratitud para con Dios.

Y Santa María Magdalena de Pazzi, no bien contemplaba la hermosura de alguna flor o fruto, sentía el corazón traspasado con las flechas del amor de Dios, y exclamaba: “¡Desde la eternidad ha pensado el Señor en crear estas flores a fin de que yo le ame!”

Recordad lo que os dijimos en nuestra Decimoquinta Carta Apostólica al hablar del Santo Viacrucis:

Considera, además, con qué singular amor hizo Dios que nacieses en pueblo cristiano y en el seno de la Santa Iglesia. ¡Cuántos nacen entre idólatras, judíos, mahometanos o herejes, y por ello más fácilmente se pierden! Pocos son los hombres que tienen la dicha de nacer donde reina la verdadera fe, y el Señor te puso entre ellos.

¡Oh, cuán alto don el de la fe! ¡Cuántos millones de almas no disfrutaban de sacramentos, ni sermones, ni ejemplos de hombres santos, ni de los demás medios de salvación que la Iglesia nos proporciona!

Y Dios quiso concederte todos esos grandes auxilios sin mérito alguno de tu parte; incluso previendo tus deméritos. Al pensar en crearte y darte esas gracias, ya prevenía las ofensas que habías de hacerle.

Dios es el soberano Señor de Cielos y tierra, y ¿cómo pueden los hombres menospreciar a Dios, que tanto los ha amado? Pide a tu Señor que te dé de su amor, un amor fervoroso que te haga olvidar a las criaturas todas, un amor fortísimo, con el cual puedas superar cuantos obstáculos se te opongan, un amor perpetuo, que nunca termine.

Y no solamente nos dio el Señor tantas hermosas criaturas, sino que no vio satisfecho su amor hasta que se nos dio y entregó Él mismo. El maldito pecado nos había hecho perder la divina gracia y la gloria, haciéndonos esclavos del infierno. Pero el Hijo de Dios, con asombro del Cielo y de la tierra, quiso venir a este mundo y hacerse hombre para redimirnos de la muerte eterna y conquistarnos la gracia y la gloria perdida.

Maravilla sería que un poderoso monarca quisiera convertirse en gusano por amor de esos míseros seres. Pues infinitamente más debe maravillarnos al ver a Dios hecho Hombre por amor a los hombres. “Se anonadó a Sí mismo tomando la forma de siervo y viviendo bajo la condición de hombre” (Filipenses). ¡Dios en carne mortal! “Y el Verbo Divino se hizo carne” (Evangelio). Pero el asombro y pasmo se aumentan al considerar lo que después hizo y padeció por amor nuestro el Hijo de Dios.

Bastaba para redimirnos una sola gota de su preciosísima Sangre, una lágrima suya, una sola oración, porque esta oración de Persona Divina tenía infinito valor y era suficiente para rescatar el mundo, e infinitos mundos que hubiese. Mas, dice San Juan Crisóstomo, lo que bastaba para redimirnos no era bastante para satisfacer el amor inmenso que Dios nos tenía. No quiso únicamente salvarnos, sino que le amásemos mucho, porque Él mucho nos amó, y para lograrlo escogió vida de trabajos y de afrentas y muerte amarguísima entre todas las muertes, a fin de que conociésemos su infinito y ardentísimo amor para con nosotros. “Cristo se hizo obediente por nosotros hasta la muerte, y muerte de Cruz” (Filipenses).

¡Oh exceso de amor divino, que ni los ángeles ni los hombres llegarán nunca a comprender! La Pasión de Cristo puede llamarse un ‘exceso’: “Exceso de dolor, exceso de amor”, dice San Buenaventura.

Si el Redentor no hubiera sido Dios, sino un deudo o amigo nuestro, ¿qué mayor prueba de afecto podría habernos dado que la de morir por nosotros? “Nadie tiene mayor amor que el que da su vida por sus amigos” (Evangelio). Si Jesucristo hubiese tenido que salvar a su mismo Padre, ¿qué más pudiera haber hecho por amor a Él? Para reparar a Dios Padre y Creador, ¿qué otra cosa de tanta abnegación y generosa entrega sería posible, como sacrificar su vida en un mar de afrentas y dolores? Si el hombre más vil de la tierra hubiese hecho por ti lo que hizo el Redentor, ¿podrías vivir sin amarle?

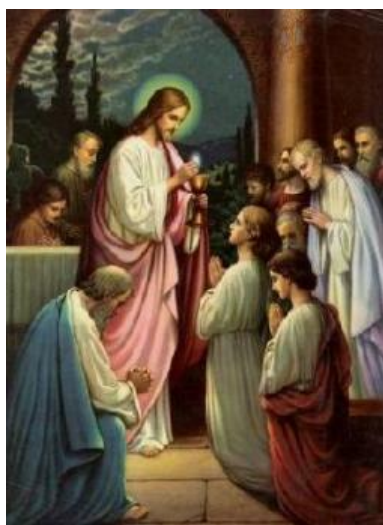
¿Creéis en la Encarnación y muerte de Jesucristo? ¿Lo creéis y no le amáis? ¿Y podéis siquiera pensar en amar otras cosas, fuera de Cristo? ¿Acaso dudáis que os ama? ¡Pues si Él vino al mundo para padecer y morir por vosotros, a fin de hacer evidente el amor que os tiene!, dice San Agustín.

Tal vez antes de la Encarnación del Verbo pudiera dudar el hombre de que Dios le amase tiernamente; pero después de la Encarnación y muerte de Jesucristo, ¿cómo puede ni dudar de ello? ¿Con qué prueba más clara y tierna podía demostrarnos su amor que con sacrificar por nosotros su vida? Habitados estamos a oír hablar de creación y redención, de un Dios que nace en un pesebre y muere en una cruz. ¡Oh santa fe, ilumina nuestras almas!

Ves que tu Jesús no dejó nada sin hacer para obligarte a amarle, y que tú, con tus ingratitudes, has procurado obligarle a que te abandone. Pide al Señor que te enseñe cuánto merece ser amado y el deber que tienes de amarle. Sabiendo que ha muerto por ti, ¿cómo has vivido olvidado de Dios tantos años? Pero, ¡ah!, los años no vuelven. Que al menos el resto de tu existencia lo dediques por completo a servirle y amarle, pues ¿a quién has de amar si no amas a tu Dios que murió por ti y te sufrió paciente, y, en vez de castigarte como merecías, mudó el castigo en mercedes y gracias?

Se aumentará en nosotros la admiración si consideramos el deseo vehementísimo que tuvo nuestro Señor Jesucristo de padecer y morir por nuestro bien: “Con bautismo de sangre es menester que Yo sea bautizado ¡y cómo me angustio hasta que se cumpla!” Tiene que sufrir el bautismo de su propia Sangre, y le acongoja el deseo de que llegue pronto la hora de su Pasión y Muerte, a fin de que el hombre conozca el amor que le tiene. Así decía el Hijo de Dios en su vida terrena. Por eso mismo exclamaba en la noche que precedió a su dolorosa Pasión: “Con vehemencia he deseado comer con vosotros esta Pascua antes que padezca.” Diríase que nuestro Dios no puede saciarse de amor a los hombres, escribe San Basilio de Seleucia.

¡Ah Jesús mío! ¡Los hombres no os aman, porque no ponderan el amor que les profesáis! ¡Oh Señor!, el alma que piensa en un Dios muerto por su amor, y que tanto deseó morir para demostrarle la grandeza del afecto que le tenía, ¿cómo es posible que viva sin amarle?



San Pablo dice que no tanto lo que hizo y padeció Jesucristo como el amor que nos demostró al padecer por nosotros, nos obliga y casi nos fuerza a que le amemos. Considerando este alto misterio, San Lorenzo Justiniano exclamaba: “Hemos visto a un Dios enloquecido de amor por nosotros.” Y, en verdad, si la fe no lo afirmase, ¿quién pudiera creer que el Creador quiso morir por sus criaturas?

Santa María Magdalena de Pazzi, en un éxtasis que tuvo llevando en sus manos un Crucifijo, llamaba a Jesús loco de amor. Y lo mismo decían los gentiles cuando se les predicaba la muerte de Cristo, que les parecía increíble locura, según testimonio del Apóstol: “Predico a Cristo Crucificado, el cual es escándalo para dichos judíos y locura para dichos gentiles.”

¿Cómo, decían, un Dios felicísimo en Sí mismo, y que de nadie necesita, pudo venir al mundo, hacerse hombre y morir por amor a los hombres, criaturas suyas? Creer eso equivale a creer que Dios enloqueció de amor. Y con todo, es de fe que Jesucristo, verdadero Hijo de Dios, se entregó a la muerte por amor a nosotros: “me amó y se entregó a Sí mismo por mí.”

¿Y por qué lo hizo así? Lo hizo a fin de que no viviésemos para el mundo, sino para aquel Señor que por nosotros quiso morir. Lo hizo para que el amor que nos mostró ganase todos los afectos de nuestros corazones; así, los Santos, al considerar la muerte de Cristo, tuvieron en poco el dar la vida y darlo todo por amor de su amantísimo Jesús.

¡Cuántos ilustres varones, cuántos príncipes, abandonaron riquezas, familia, patria y reinos para refugiarse en los claustros y vivir en el amor de Cristo! ¡Cuántos mártires le sacrificaron la vida! ¡Cuántas vírgenes, renunciando a las bodas de este mundo, corrieron gozosas a la muerte para recompensar como les era dado el afecto de un Dios que murió por amarlas!

Y tú, ¿qué has hecho hasta ahora por amor a Cristo? Así como el Señor murió por los Santos, por San Lorenzo, Santa Lucía, Santa Inés..., también murió por ti.

¿Qué piensas hacer, siquiera en el resto de tus días que Dios te concede, para que le ames? Mira a menudo y contempla la imagen de Jesús crucificado; recuerda lo mucho que Él te amó, y di en tu interior: “Dios mío, ¡Tú has muerto por mí!” Haz siquiera esto; hazlo con frecuencia, y así te sentirás dulcemente movido a amar a Dios, que te ama tanto.

¡No has amado como debieras a tu amantísimo Redentor, porque no has pensado en el amor que Él te tiene! Cuando el demonio o el mundo te ofrezcan sus venenosos frutos, recuerda las penalidades que sufrió tu amado

Salvador por tu amor, para que le ames y no le ofendas. ¿Es posible que quien considere cómo nuestro amado Redentor estuvo en el pesebre de Belén, en la Cruz del Calvario, y ahora está en el Sacramento del Altar, no se inflame de amor a Él?

De la Sagrada Comunión: “Tomad y comed: Éste es mi Cuerpo.” (Evangelio.) En este hermoso tema, repetiremos algunas enseñanzas del precioso librito “Comulgad Bien.” Consideremos la grandeza de este Santísimo Sacramento de la Eucaristía, el amor inmenso que Jesucristo nos manifestó con tan precioso don y el vivo deseo que tiene de que le recibamos sacramentado.

Veamos, en primer lugar, la gran merced que nos hizo el Señor al darse a nosotros como alimento en la santa Comunión. Dice San Agustín que con ser Jesucristo Dios omnipotente, nada mejor pudo darnos, pues ¿qué mayor tesoro puede recibir o desear un alma que el sacrosanto Cuerpo de Cristo? Admiremos tan amorosa invención del Señor.

Y, en verdad, si nuestro Redentor no nos hubiese favorecido con tan alta dádiva, ¿quién hubiera podido pedírsela? ¿Quién se hubiera atrevido a decirle: “Señor, si deseáis demostrar vuestro amor, ocultaos bajo las especies de pan y permitid que por manjar os recibamos?” El pensarlo no más, se hubiera reputado por locura. “¿No parece locura el decir: comed mi carne, bebed mi sangre?”, exclamaba San Agustín.

Cuando Jesucristo anunció a los discípulos este don del Santísimo Sacramento que pensaba dejarles, muchos no podían creerle, y se apartaron del Señor, diciendo: “¿Cómo nos puede dar Éste su Carne a comer?... Duro es este sermón, ¿quién lo puede oír?” Mas lo que al hombre no le es dado ni imaginar, lo pensó y realizó el gran amor de Cristo.

San Bernardino dice que el Señor nos dejó este Sacramento en memoria del amor que nos manifestó en su Pasión, según lo que Él mismo nos dijo: “Cuantas veces hicieris esto, lo haréis en memoria mía.” No satisfizo Cristo su divino amor con sacrificar la vida por nosotros, sino que ese mismo soberano amor le obligó a que antes de morir nos hiciera el don más grande de cuantos nos hizo, dándose Él mismo para manjar nuestro.

Así, en este Sacramento llevó a cabo el más generoso esfuerzo de amor, pues como dice con elocuentes palabras el Concilio de Trento, Jesucristo en la Eucaristía prodigó todas las riquezas de su amor a los hombres.

Dice San Francisco de Sales: ¿No se estimaría por muy amorosa fineza el que un príncipe regalase a un pobre algún exquisito manjar de su mesa? ¿Y si le enviase toda su comida? ¿Y, finalmente, si el obsequio consistiera en un trozo de la propia carne del príncipe, para que sirviese al pobre de alimento? Pues Jesús en la sagrada Comunión nos alimenta, no ya con una parte de su comida ni un trozo de su Cuerpo, sino con todo Él: “Tomad y comed: Éste es mi Cuerpo”; y con su Cuerpo nos da su Sangre, Alma y Divinidad.

De suerte que, como dice San Juan Crisóstomo, dándose a nosotros Jesucristo mismo en la Comunión, nos da todo lo que tiene y nada se reserva para Sí; o bien, según se expresa Santo Tomás: “Dios en la Eucaristía se entrega todo Él, cuanto es y cuanto tiene.” Ved, pues, exclama San Buenaventura, cómo ese Altísimo Señor, que no cabe en el mundo, se hace en la Eucaristía nuestro prisionero. Y dándose a nosotros real y verdaderamente en el Sacramento, ¿cómo podremos temer que nos niegue las gracias que le pidamos?

¿Qué es lo que pudo mover a Jesús a darse Él mismo a nosotros para alimento nuestro? ¿Y qué más puede concedernos después de este don para obligarnos a amarle? El Señor se hace manjar divino a fin de unirse a estos pobres pecadores. Mas si se da todo a ti, justo es que te entregues a Él enteramente. ¿Cómo has podido ofender a tu Redentor, que tanto te ama y que nada omitió para conquistar tu amor? ¿Por ti se hizo hombre; por ti ha muerto; por amor a ti se ha hecho alimento tuyo! ¿Qué le queda por hacer?

Consideremos en segundo lugar el gran amor que nos mostró Jesucristo al otorgarnos este altísimo don. Hija solamente del amor es la preciosa dádiva del Santísimo Sacramento. Necesario fue para salvarnos, según el decreto de Dios, que el Redentor muriese.

Mas ¿qué necesidad hay para que Jesucristo, después de su muerte, permanezca con nosotros para ser manjar de nuestras almas? Así lo quiso el amor.

“No más que para manifestarnos el inmenso amor que nos tiene, instituyó el Señor la Eucaristía,” dice San Lorenzo Justiniano, expresando lo mismo que San Juan escribió en el Evangelio: “Sabido Jesús que era llegada ya su hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, les amó hasta lo máximo instituyendo la Santa Misa.”

Es decir, cuando el Señor vio que llegaba el tiempo de apartarse de este mundo, quiso dejarnos maravillosa muestra de su amor, dándonos este Santísimo Sacramento, que no otra cosa significan las citadas palabras: los amó “hasta lo máximo”, o sea, “los amó extremadamente, con sumo e ilimitado amor”, según lo explican Teofilacto y San Juan Crisóstomo.

Y notemos, como observa el Apóstol, que el tiempo escogido por el Señor para hacernos este inestimable beneficio fue el de su muerte. En aquella noche en que fue entregado, tomó el pan, y dando gracias, lo partió y dijo: “Tomad y comed: Éste es mi Cuerpo.”

Cuando los hombres le preparaban azotes, espinas y la cruz para darle muerte crudelísima, entonces quiso nuestro amante Jesús regalarles la más excelsa prenda de amor.

¿Y por qué en aquella hora tan próxima a la de su muerte, y no antes, instituyó este Sacramento? Lo hizo así, dice San Bernardino, porque las pruebas de amor dadas en el trance de la muerte por quien nos ama, más fácilmente duran en la memoria y las conservamos con más vivo afecto.

Jesucristo, dice el mismo Santo, se había dado a nosotros de varias maneras; se nos había dado por Maestro, Padre y compañero, por luz, ejemplo y víctima. Le faltaba el postrer grado de amor, que era darse por alimento nuestro, para unirse todo a nosotros, como se une e incorpora el manjar con quien le recibe, y esto lo llevó a cabo entregándose a nosotros en el Sacramento.

De suerte que no se satisfizo nuestro Redentor con haberse unido solamente a nuestra naturaleza humana, sino que además quiso, por medio de este Sacramento, unirse también a cada uno de nosotros particular e íntimamente.

Dice San Francisco de Sales que “es imposible considerar a nuestro Salvador en acción más amorosa ni más tierna que ésta, en la cual, por decirlo así, se anonada y se hace alimento para penetrar en nuestras almas y unirse íntimamente con los corazones y cuerpos de sus fieles.”

Así, dice San Juan Crisóstomo, a ese mismo Señor a quien los ángeles sirven: “Nos unimos nosotros y nos convertimos con Él en un solo cuerpo y una sola carne. ¿Qué pastor alimenta con su propia sangre a las ovejas? Aun las madres, a veces, procuran que a sus hijos los alimenten las nodrizas. Mas Jesús en el Sacramento nos mantiene con su mismo Cuerpo y Sangre, y a nosotros se une. ¿Y con qué fin se hace manjar nuestro? Porque ardentísimamente nos ama y desea ser con nosotros una misma cosa por medio de esa inefable unión.”



Hace, pues, Jesucristo en la Eucaristía el mayor de todos los milagros. Dejó memoria de sus maravillas, y dio sustento a los que le amen, para satisfacer su deseo de permanecer con nosotros y unir con los nuestros su Sacratísimo Corazón.

“¡Oh admirable milagro de tu amor Señor mío Jesucristo, que quisiste de tal modo unirnos a tu Cuerpo, que tuviésemos un solo corazón y un alma sola inseparablemente unidos contigo!,” exclama San Lorenzo Justiniano.

San Claudio de la Colombière, gran siervo de Dios, decía: “Si algo pudiese conmovier mi fe en el misterio de la Eucaristía, nunca dudaría del poder, sino más bien del amor, manifestados por Dios en este soberano Sacramento. ¿Cómo el pan se convierte en Cuerpo de Cristo? ¿Cómo el Señor se halla en varios lugares a la vez? Respondo que Dios todo lo puede. Pero si me preguntan cómo Dios ama tanto a los hombres que se les da por manjar, no sé qué responder, digo que no lo entiendo, que ese amor de Jesús es para nosotros incomprensible.”

Exclamará alguno: “¡Oh Señor!, ese exceso de amor por el cual os hacéis alimento nuestro, no conviene esto a vuestra infinita Majestad.” Mas responde Jesucristo: “Nada importa; si no a mi Majestad, conviene a mi amor.” Pues San Bernardo nos dice que por el amor se olvida el amante de la propia dignidad; y San Juan Crisóstomo añade que el amor no busca razón de conveniencia cuando trata de manifestarse al ser amado; no va a donde es conveniente, sino a donde le guían sus deseos.

Muy acertadamente llamaba Santo Tomás a la Eucaristía “Sacramento de amor.” Y San Bernardo, “amor de los amores.” Y con verdad Santa María Magdalena de Pazzi denominaba el día del Jueves Santo, en que el Sacramento fue instituido, “el día del Amor.”

El amor infinito de Jesús, es digno de infinito amor. ¿Cuándo le amarás al Señor como Él te ama? Nada más pudo hacer para que tú le amases, y tú te atreviste a dejarle a Él para entregarte a bienes viles y miserables.

Consideremos, por último, el gran deseo que tiene Jesucristo de que le recibamos en la santa Comunión. “Sabido Jesús que era llegada ya su hora;” mas, ¿por qué Jesucristo llama “su hora” a aquella noche en que había de comenzarse su dolorosa Pasión? La llamaba así porque en aquella noche iba a dejarnos este divino Sacramento, con el fin de unirse el mismo Jesús con las almas amadísimas de sus fieles.

Ese excelso designio le movía a decir entonces: “Con vehemencia he deseado comer con vosotros esta Pascua”; palabras con que denota el Redentor el ardiente deseo que tenía de esa unión con nosotros en la Eucaristía: “Con vehemencia he deseado...” Así le hace hablar el amor inmenso que nos tiene, dice San Lorenzo Justiniano.

Quiso quedarse bajo las especies de pan, a fin de que cualquiera pudiese recibirle; porque si hubiese elegido para este portentoso algún manjar exquisito y costoso, muchos no hubiesen podido recibirle a menudo. Otra clase

de alimento, aunque no fuese selecto y precioso, acaso no se hallaría en todas partes. De suerte que el Señor prefirió quedarse bajo las especies de pan, porque el pan fácilmente se halla dondequiera y todos los hombres pueden procurárselo.

El vivo deseo que el Redentor tiene de que con frecuencia le recibamos sacramentado, le movía no sólo a exhortarnos muchas veces o invitarnos a que lo recibiésemos; vino a imponérselo como precepto: “Tomad y comed; Éste es mi Cuerpo.”

Y a fin de que acudamos a recibirle, nos estimula con la promesa de la vida eterna. “El que come mi Carne y bebe mi Sangre, tiene vida eterna... Quien come este Pan, vivirá eternamente.” Y de no obedecerle, nos amenaza con excluirnos de la gloria: “Si no comiereis la Carne del Hijo del Hombre, y no bebiereis su Sangre, no tendréis vida en vosotros.”

Tales invitaciones, promesas y amenazas nacen del deseo de Cristo de unirse a nosotros en la Eucaristía; y ese deseo procede del amor que Jesús nos profesa, porque, como dice San Francisco de Sales, el fin del amor no es otro que el de unirse al objeto amado, puesto que en este Sacramento Jesús mismo se une a nuestras almas: “El que come mi Carne y bebe mi Sangre, en Mí mora, y Yo en él”; por eso desea tanto que le recibamos. Dijo el Señor a Santa Matilde: “El amoroso ímpetu con que la abeja acude a las flores para extraer la miel, no puede compararse al amor con que Yo me uno a las almas que me aman.”

¡Oh, si los fieles comprendiesen el gran bien que trae a las almas la Santa Comunión! Cristo es el dueño de toda riqueza, y el Eterno Padre le hizo Señor de todas las cosas.

De suerte que, cuando Jesús penetra en el alma por la Sagrada Eucaristía, lleva consigo riquísimo tesoro de gracias. “Todos los bienes me vinieron juntamente con ella,” dice Salomón, hablando de la eterna Sabiduría.

Dice San Dionisio que el Santísimo Sacramento tiene suma virtud para santificar las almas. Y San Vicente Ferrer dejó escrito que más aprovecha a los fieles una Comunión que ayunar a pan y agua una semana entera.

La Comunión, como enseña el Concilio de Trento, es el gran remedio que nos libra de las culpas veniales y nos preserva de las mortales; por lo cual, San Ignacio, mártir, llama a la Eucaristía “medicina de la inmortalidad.” San Inocencio III dice que Jesucristo con su Pasión y muerte nos libró de la pena del pecado, y con la Eucaristía nos libra del pecado mismo.

Este Sacramento nos inflama en el amor de Dios. San Gregorio Niceno dice que en la Santa Comunión, de tal modo se embriaga el alma en el amor divino, que olvida las cosas de la tierra y todo lo creado; desfallece, en fin, de caridad vivísima.

También el venerable Padre Francisco de Olimpio, teatino, decía que nada nos inflama tanto en el amor de Dios como la Sagrada Eucaristía. Dios es caridad; es fuego consumidor, y el Verbo Eterno vino a encender en la tierra ese fuego de amor.

Y, en verdad, ¡qué ardentísimas llamas de amor divino enciende Jesucristo en el alma de quien con vivo deseo lo recibe Sacramentado!

Santa Catalina de Siena vio un día a Jesús Sacramentado en manos de un sacerdote, y la Sagrada Forma le parecía brillantísima hoguera de amor, quedando la Santa maravillada de cómo los corazones de los hombres no estaban del todo abrasados y reducidos a cenizas por tan grande incendio.

Santa Rosa de Lima aseguraba que, al comulgar, le parecía que recibía al sol. El rostro de la Santa resplandecía con tan clara luz, que deslumbraba a los que la veían, y la boca exhalaba vivísimo calor, de tal modo que la persona que daba de beber a Santa Rosa después de la Comunión sentía que la mano se le quemaba como si la acercase a un horno.

El Duque San Wenceslao solamente con ir a visitar al Santísimo Sacramento se inflamaba aun exteriormente de tan intenso ardor, que a un criado suyo, que le acompañaba, caminando una noche por la nieve detrás del duque, le bastó poner los pies en las huellas del Santo para no sentir frío alguno.

San Juan Crisóstomo decía que, siendo el Santísimo Sacramento fuego abrasador, debíamos, al retirarnos del altar, sentir tales llamas de amor que el demonio no se atreviese a tentarnos.

Diréis, quizá, que no os atrevéis a comulgar con frecuencia porque no sentís en vosotros ese fuego del divino amor. Pero esa excusa sería lo mismo que decir que no queréis acercaros a las llamas porque tenéis frío. Cuanta mayor tibieza sintamos, tanto más a menudo debemos recibir el Santísimo Sacramento, con tal que tengamos deseos de amar a Dios.

Diréis, quizá, que no os atrevéis a comulgar con frecuencia porque no sentís en vosotros ese fuego del divino amor. Pero esa excusa sería lo mismo que decir que no queréis acercaros a las llamas porque tenéis frío. Cuanta mayor tibieza sintamos, tanto más a menudo debemos recibir el Santísimo Sacramento, con tal que tengamos deseos de amar a Dios.

Escribe San Francisco de Sales en su ‘Introducción a la vida devota’: “Si acaso te preguntan los mundanos por qué comulgas tan a menudo, diles que dos clases de gente deben comulgar con frecuencia: los perfectos,



porque, como están bien dispuestos, quedarían muy perjudicados en no llegar al manantial y fuente de la perfección, y los imperfectos, para tener justo derecho de aspirar a ella.”

Y San Buenaventura dice análogamente: “Aunque seas tibio, acércate, sin embargo, a la Eucaristía, confiando en la misericordia de Dios. Cuanto más enfermos estamos, tanto más necesitamos del médico.” Y, finalmente, el mismo Cristo dijo a Santa Matilde: “Cuando vayas a comulgar, desea tener todo el amor que me haya tenido el más fervoroso corazón, y Yo acogeré tu deseo como si tuvieses ese amor a que aspiras.”

Jesús, amantísimo Señor de las almas, no puede ya darnos prueba mayor para demostrarnos el amor que nos tiene. ¿Qué más pudiera inventar para que le amásemos? ¿A quién debe amar tu corazón con más profundo afecto que a tu Redentor, Bondad infinita, que, después de haber dado la vida por ti, se da a ti Él mismo en este Sacramento? ¡Recuerda siempre el excelso amor del Señor y olvídate de todo y ámale sin intermisión y sin reserva!

De la amorosa permanencia de Cristo en el Santísimo Sacramento del Altar: “Venid a Mí todos los que estáis fatigados y agobiados, que Yo os aliviaré.” (Evangelio). Nuestro amantísimo Salvador, al partir de este mundo después de haber dado cima a la obra de nuestra redención, no quiso dejarnos solos en este valle de lágrimas. Decía San Pedro de Alcántara que “no hay lengua que pueda declarar la grandeza del amor que tiene Jesús a las almas; y así, queriendo este Divino Esposo dejar esta vida, para que su ausencia no les fuese ocasión de olvido, les dio en recuerdo este Sacramento Santísimo, en el cual Él mismo permanece; y no quiso que entre Él y nosotros hubiera otra prenda para mantener despierta la memoria.”

Este precioso beneficio de nuestro Señor Jesucristo merece todo el amor de nuestros corazones, y por esa causa dispuso que se instituyese la fiesta de su Sagrado Corazón, como reveló a su sierva Santa Margarita María de Alacoque, a fin de que le rindiésemos con nuestros obsequios de amor algún homenaje por su adorable presencia en el altar, y reparásemos, además, los desprecios e injurias que en este Sacramento de la Eucaristía ha recibido y recibe aún de los herejes y malos cristianos.

Se quedó Jesús en el Santísimo Sacramento: primero, para que todos le hallemos sin dificultad; segundo, para darnos audiencia, y tercero, para dispensarnos sus gracias. En primer lugar, permanece en los diversos altares con el fin de que le hallen siempre cuantos lo deseen.

En aquella noche en que el Redentor se despedía de sus discípulos para morir, lloraban estos, transidos de dolor, porque les era forzoso separarse de su amado Maestro. Mas Jesús los consoló diciéndoles, no sólo a ellos, sino también a nosotros mismos: “Voy, hijos míos, a morir por vosotros para mostraros el amor que os tengo; pero ni aun después de mi muerte quiero privaros de mi presencia. Mientras estéis en este mundo, con vosotros estaré en el Santísimo Sacramento del Altar. Os dejo mi Cuerpo, mi Alma, mi Divinidad y, en suma, a Mí mismo. No me separaré de vuestro lado.” Para que estemos ciertos de su presencia, dijo: “Mirad que Yo estoy con vosotros todos los días hasta la consumación de los siglos.” (Evangelio).

“Quería el Esposo dejar a la Esposa compañía, para que en tan largo apartamiento no quedara sola, y por ello le dejó este Sacramento, en el cual Él mismo reside, que era la mejor compañía que podía darle,” dice San Pedro de Alcántara.

Los gentiles, que se forjaban tantos dioses, no acertaron a imaginar ninguno tan amoroso como nuestro verdadero Dios, que está tan cerca de nosotros y con tanto amor nos asiste. Ningún pueblo tenía a sus dioses tan cerca de sí como el Dios nuestro que está presente a todos nosotros en el Santísimo Sacramento.

Ved, pues, a Jesucristo que vive en los altares como encerrado en prisiones de amor. Le toman del Sagrario los sacerdotes para exponerle ante los fieles o para la Santa Comunión, y luego le guardan nuevamente. Y el Señor se complace en estar allí de día y de noche.

¿Y para qué, Redentor mío, queréis permanecer en tantas capillas, aun cuando los hombres cierran las puertas del templo y os dejan solo? ¿No bastaba que habitaseis allí con nosotros en las horas del día? ¡Ah, no! Quiere el Señor morar en el Sagrario aun en las tinieblas de la noche, y a pesar de que nadie entonces le acompaña, esperando paciente para que al rayar el alba le halle en seguida quien desee estar a su lado.

Iba la Esposa buscando a su Amado, y preguntaba a los que al paso veía: “¿Visteis por ventura al que ama mi Alma?” Y no hallándole, alzaba la voz diciendo: “Decidme en qué frondosos prados apacienta sus ovejas o bajo qué árbol copioso sesteaba al llegar el mediodía.” La Esposa no le hallaba porque aún no existía el Santísimo Sacramento; pero ahora, si un alma desea unirse a Jesucristo, en muchas capillas está esperándola su Amado.

En las capillas de la verdadera Iglesia está el Sacramento Santísimo. En todos esos lugares el Rey del Cielo se regocija permaneciendo aprisionado en pobre morada de metal, donde a menudo se ve sin tener quien le sirva y apenas iluminado por una lámpara de aceite.

¡Oh, con qué tiernos afectos visitaban los peregrinos la Casa de la Virgen en Loreto, o los lugares de Tierra Santa, el establo de Belén, el Calvario, el Santo Sepulcro, donde Cristo nació, murió y fue sepultado! Pues ¡cuánto más grande debiera ser nuestro amor al vernos en el templo en presencia del mismo Jesucristo, que está

en el Santísimo Sacramento! Decía San Juan de Ávila que no había para él santuario de mayor devoción y consuelo que una iglesia en que estuviese Jesús Sacramentado.

Y el Padre Baltasar Álvarez se lamentaba al ver llenos de gente los palacios reales, y los templos, donde Cristo mora, solos y abandonados. ¡Oh Dios mío! Si el Señor no estuviese más que en una sola iglesia en todo el mundo, y allí se dejase ver únicamente en un día del año, ¡cuántos peregrinos, cuántos nobles y monarcas procurarían tener la dicha de estar en aquel templo en ese día para reverenciar al Rey del Cielo, de nuevo descendido a la tierra! ¡Qué rico sagrario de oro y piedras preciosas se le tendría preparado! ¡Con cuánta luz se iluminaría la iglesia para solemnizar la presencia de Cristo!

Mas no, dice el Redentor, “no quiero morar en un solo templo, ni por un día solo, ni busco ostentación ni riquezas, sino que deseo vivir continua, diariamente, allí donde mis fieles estén, para que todos me encuentren fácilmente, siempre y a todas horas.”

¡Ah! Si Jesucristo no hubiese pensado en este inefable obsequio de amor, ¿quién hubiera sido capaz de discurrirlo? Si al acercarse la hora de su ascensión al Cielo le hubiesen dicho: ‘Señor, para mostrarnos vuestro afecto, quedaos con nosotros en los altares bajo las especies de pan, con el fin de que os hallemos cuando queramos,’ ¡cuán temeraria hubiera parecido tal petición!

Mas esto, que ningún hombre supiera imaginar, lo pensó e hizo nuestro Salvador amantísimo. ¿Y dónde está, Señor, nuestra gratitud por tan excelsa merced? Si un poderoso príncipe llegase de lejana tierra con el único fin de que un villano le visitase, ¿no sería éste en extremo ingrato si no quisiera ver al príncipe, o sólo de paso le viera?

¡Oh, a cuán alto precio pagó Jesús, nuestro Redentor, su morada en la Eucaristía! Sufrió primero dolorosa muerte, antes de vivir en nuestros altares, y luego innumerables injurias en el Sacramento por asistirnos y regalarnos con su real presencia. Y, en cambio, nosotros nos descuidamos y olvidamos de ir a visitarle, aunque sabemos que le complace nuestra visita y que nos colma de bienes cuando ante Él permanecemos. Desde ahora, visita a menudo a tu Jesús, y detente cuanto puedas en su presencia para darle gracias, amarle, y pedirle mercedes, que tal es el fin que le movió a quedarse en la tierra, acogido a los sagrarios y prisionero nuestro por amor.

Consideremos, en segundo lugar, cómo Jesucristo en la Eucaristía a todos nos da audiencia. Decía Santa Teresa que no a todos los hombres les es dado hablar con los reyes de este mundo. La gente pobre apenas si logra, cuando lo necesita, comunicarse con el soberano por medio de tercera persona. Pero el Rey de la gloria no ha menester de intermediarios. Todos, nobles o plebeyos, pueden hablarle cara a cara en el Santísimo Sacramento.

Con Jesucristo en el Santísimo Sacramento podemos hablar todos en cualquier hora del día. San Pedro Crisólogo, tratando del nacimiento de Cristo en el portal de Belén, observa que no siempre los reyes dan audiencia a los súbditos; antes acaece a menudo que cuando alguno quiere hablar con el soberano, se le despide diciéndole que no es hora de audiencia y que vuelva después. Mas el Redentor quiso nacer en un establo abierto, sin puerta ni guardia, a fin de recibir en cualquier instante al que quiere verle. No hay sirvientes que digan: ‘aún no es hora.’



Lo mismo sucede con el Santísimo Sacramento. Abiertas están las puertas de la iglesia, y a todos nos es dado hablar con el Rey del Cielo. Y Jesucristo se complace en que le hablemos allí con ilimitada confianza, para lo cual se oculta bajo las especies de pan, porque si Cristo apareciese sobre el altar en resplandeciente trono de gloria, como ha de presentársenos en el día del juicio final, ¿quién osaría acercarse a Él?

Mas porque el Señor, dice Santa Teresa, desea que le hablemos y pidamos mercedes con suma confianza y sin temor alguno, encubrió su Majestad divina con las especies de pan. Quiere, según dice Santo Tomás de Kempis, que le tratemos como se trata a un fraternal amigo.

Cuando el alma tiene al pie del altar amorosos coloquios con Cristo, parece que el Señor le dice aquellas palabras del Cantar de los Cantares: “Levántate... Muéstrame tu rostro y suene tu voz en mis oídos: Porque tu rostro es bello y tu voz es dulce. Apresúrate, Esposa mía, Paloma mía, Hermosa mía, y ven.” ‘Levántate,’ alma, le dice, y nada temas. ‘Apresúrate,’ acércate a Mí. ‘Esposa mía, Paloma mía,’ ya no eres mi enemiga, ni lo serás mientras me ames y te arrepientas de haberme ofendido. ‘Hermosa mía,’ no eres ya deforme, sino bella, porque mi gracia te ha hermosado. ‘Y ven,’ ven y pídemelo que deseas, que para oírte estoy en este altar: que ‘suene tu voz en mis oídos.’

Qué gozo tendrías, si el rey te llamase a su palacio y te dijese: ¿Qué deseas, qué necesitas? Te aprecio en mucho, y sólo deseo favorecerte. Pues eso mismo dice Cristo, Rey del Cielo, a todos los que le visitan: “Venid

a Mí todos los que estáis fatigados y agobiados, que Yo os aliviaré.” (Evangelio). Venid, pobres, enfermos, afligidos, que yo puedo y quiero enriqueceros, sanaros y consolaros, pues con este fin resido en el altar.

Puesto que Jesús reside en los altares para oír las súplicas que le dirigen los desventurados pecadores que recurren a Él, confía que oirá lo que le ruegas. Pídele que te otorgue la gracia de su amor divino en tal manera, que de todo te olvides y te ocupes no más que en servir y complacer a su Sagrado Corazón.

Jesús, en el Santísimo Sacramento, a todos nos oye y recibe para comunicarnos su gracia, pues más desea el Señor favorecernos con sus dones que nosotros recibirlos. Dios, que es la infinita Bondad, generosa y difusiva por su propia naturaleza, se complace en comunicar sus bienes a todo el mundo y se lamenta si las almas no acuden a pedirle mercedes. ¿Por qué, dice el Señor, no venís a Mí? ¿Acaso he sido para vosotros como tierra tardía o estéril cuando me habéis pedido beneficios?

Vio el Apóstol San Juan en el Apocalipsis que el Rostro del Señor resplandecía como el sol del mediodía y que Él iba ceñido con un cinturón de oro, símbolo de la misericordia de Cristo y de la amorosa solicitud con que desea dispensarnos su gracia.

Siempre está el Señor pronto a auxiliarnos; pero en el Santísimo Sacramento concede y reparte especialmente abundantísimos dones. San Enrique Suso decía que Jesús en la Eucaristía atiende con mayor complacencia nuestras peticiones y súplicas.

Así como algunas madres hallan consuelo y alivio cuidando generosamente, no sólo a su propio hijo, sino también a otros pequeñuelos, el Señor en este Sacramento a todos nos invita y nos dice “Como una madre acaricia a su hijo pequeño, así Yo, vuestro Dios y Señor, os llevaré en el regazo... Yo os consolaré.” (Isaías). Al Padre Baltasar Álvarez se le apareció visiblemente Cristo en el Santísimo Sacramento, mostrándole las innumerables gracias que tenía dispuestas para darlas a los hombres; mas no había quien se las pidiese.

¡Bienaventurada el alma que al pie del altar se detiene para solicitar la gracia del Señor! La condesa de Feria, que fue después religiosa de Santa Clara, permanecía ante el Santísimo Sacramento todo el tiempo de que podía disponer, por lo cual la llamaban “la esposa del Sacramento,” y allí recibía continuamente tesoros de riquísimos bienes. Le preguntaron una vez qué hacía tantas horas postrada ante el Señor Sacramentado, y ella respondió: “Me estaría allí por toda la eternidad. Preguntáis qué se hace en presencia del Santísimo Sacramento. ¿Y qué es lo que se deja de hacer? ¿Qué hace un pobre en presencia de un rico? ¿Qué un enfermo ante el médico? Se dan gracias, se ama y se ruega.”

Se lamentaba el Señor con su amada sierva Santa Margarita de Alacoque de la ingratitud con que los hombres le trataban en este Sacramento de amor; y mostrándole su Sagrado Corazón en trono de llamas circundado de espinas y con la cruz en lo alto, para dar a entender la amorosa presencia del mismo Cristo en la Eucaristía, le dijo: “Mira este Corazón, que tanto ha amado a los hombres, y que nada ha omitido, ni aun el anonadarse, para demostrarles su amor; pero en reconocimiento no recibo más que ingraticudes de la mayor parte de ellos, por las irreverencias y desprecios con que me tratan en este Sacramento. Y lo que más deploro es que así lo hacen no pocas almas que me están especialmente consagradas.”

No van los hombres a conversar con Cristo, porque no le aman. ¡Se recrean largas horas hablando con un amigo y les causa tedio estar breve rato con el Señor! ¿Cómo ha de concederles Jesucristo su amor? Si antes no arrojan del corazón los afectos terrenos, ¿cómo ha de entrar allí el amor divino? ¡Ah! Si pudierais verdaderamente decir de corazón lo que decía San Felipe Neri al ver el Santísimo Sacramento: “He aquí mi amor,” no os cansaría nunca estar horas y días ante Jesús Sacramentado.

A un alma enamorada de Dios, esas horas le parecen minutos. San Francisco Javier, fatigado por el diario trabajo de ocuparse en la salvación de las almas, hallaba de noche regaladísimo descanso en permanecer ante el Santísimo Sacramento.

San Juan Francisco de Regis, famoso misionero de Francia, después de haber invertido todo el día en la predicación, acudía a la iglesia, y cuando la veía cerrada, se quedaba a la puerta, sufriendo las inclemencias del tiempo con tal de obsequiar, siquiera de lejos, a su amado Señor.

San Luis Gonzaga deseaba estar siempre en presencia de Jesús Sacramentado; mas como los Superiores le prohibieron que se estuviese en esos prolongados actos de adoración, acaecía que cuando el joven pasaba delante del altar, sintiendo que Jesús le atraía dulcemente para que con Él permaneciese, se alejaba obligado por la obediencia, y amorosamente decía: “Apártate, Señor, apártate de mí; no me mováis hacia Vos; dejad que de Vos me separe, porque debo obedecer.”

Pues si tú no sientes tan alto amor a Cristo, procura visitarle diariamente, que Él sabrá inflamar tu corazón. ¿Tienes frialdad o tibieza? Aproxímate al fuego, como decía Santa Catalina de Siena, y ¡dichoso de ti si Jesús te concede la gracia de abrasarte en su amor! Entonces no amarás las cosas de la tierra, sino que las menospreciarás todas, pues, según observa San Francisco de Sales: “Cuando en casa hay fuego, todo lo arrojamos por la ventana.”

Pidamos a Jesús que le conozcamos y amemos. Tan amable es, que con eso basta para que le amen los hombres. ¿Y cómo son tan pocos los que le entregan su amor? Oh, entre tales ingratos quizás has estado tú también. No negaste tu gratitud a las criaturas de quienes recibiste mercedes o favores. Sólo para Dios, que se ha dado a ti, fuiste tan desagradecido, que llegaste a ofenderle gravemente e injuriarle a menudo con tus culpas. Y el Señor, en vez de abandonarte, te busca todavía y reclama tu amor. Pues ya que, a pesar de tu desagradecimiento, Dios quiere que tú le ames, ámale, que es tu amor y tu todo.

Conformidad con la voluntad de Dios: Todo el fundamento de la salud y perfección de nuestras almas consiste en el amor de Dios. “El que no ama a Dios y al prójimo, está muerto a la Caridad.” (1 Juan). “Sobre todo, revestíos de la virtud de la Caridad, la cual es el vínculo de unión perfecta de unos con otros y de todos con Dios.” (Colosenses). Mas la perfección del amor es la unión de nuestra propia voluntad con la voluntad divina, porque en esto se cifra, como dice San Dionisio el Areopagita, el principal efecto del amor, en unir de tal modo la voluntad de los amantes, que no tengan más que un solo corazón y un solo querer.

Nuestras obras, penitencias, limosnas, Comuniones, agradan al Señor en tanto en cuanto se conforman con su divina Voluntad, pues de otra manera no serían virtuosas, sino viciosísimas, fruto del amor propio y dignas de castigo.

Esto mismo, muy especialmente, nos manifestó con su ejemplo nuestro Salvador cuando del Cielo descendió a la tierra. Esto, como enseña el Apóstol, dijo el Señor en un salmo antes de entrar en el mundo: “Sacrificio y ofrenda no quisiste más, y me apropiaste un Cuerpo. Holocausto y víctima por el pecado ya no pediste. Entonces dije: ‘He aquí que vengo. Al principio de la Ley está escrito de Mí: Hacer tu voluntad, Dios mío, me deleita, y tu Ley está en mi Corazón’.” (Hebreos). Y lo mismo declaró en su vida mortal muchas veces, diciendo que no había venido sino para cumplir la Voluntad de su Padre.

Con lo cual quiso hacer patente el infinito amor que al Padre tiene, puesto que vino a morir para obedecer el divino mandato. Dijo, además, que reconocería por suyos únicamente a los que cumplieran la Voluntad de Dios, y por esta causa el único fin y deseo de los Santos en todas sus obras ha sido el cumplimiento de ella. San Enrique Suso exclama: “Preferiría ser el gusano más vil de la tierra, por voluntad de Dios, que ser por la mía un serafín.”

Santa Teresa dice que lo que ha de procurar el que se ejercita en oración es conformar su voluntad con la divina, y que en eso consiste la más encumbrada perfección, de modo que quien se esforzare rectamente en ello recibirá de Dios más altos dones y adelantará más en la vida interior.

Los bienaventurados en la gloria aman a Dios perfectamente, porque su voluntad está unida y conforme por completo con la Voluntad Divina. Así, Jesucristo nos enseñó que pidiéramos la gracia de cumplir en la tierra la Voluntad de Dios como los Santos en el Cielo: “Fiat volúntas tua sicut in cœlo et in terra.”

Quien así lo hiciere, será hombre conforme al corazón de Dios, como llamaba el Señor a David, porque éste se hallaba siempre dispuesto a cumplir lo que Dios quería, y continuamente le suplicaba que le enseñase a ponerlo por obra: “He hallado a David hijo de Jesé, hombre conforme a mi corazón, que cumplirá todos mis deseos.” (Reyes).

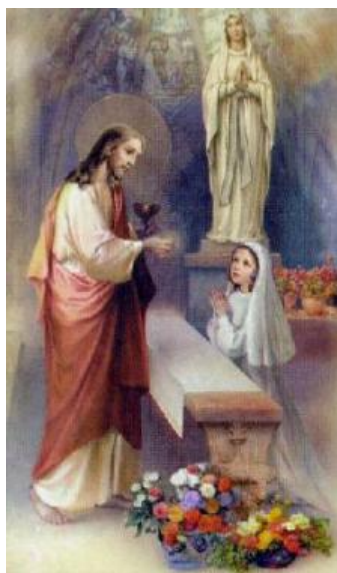
¡Cuánto vale un solo acto de perfecta resignación a lo que Dios dispone! Bastaría para santificarnos. Va Pablo a perseguir a la Iglesia, pero Cristo se le aparece, y le ilumina y convierte con su gracia. El Santo se ofrece a cumplir lo que Dios le mande: “Señor, ¿qué quieres que haga?” Y Jesucristo le encarga ser el Apóstol de las gentes.

El que ayuna y da limosna y se mortifica por Dios, da una parte de sí mismo; pero el que entrega a Dios su voluntad, le da todo cuanto tiene. Esto es lo que Dios nos pide, el corazón, la voluntad.

Tal ha de ser, en suma, el blanco de nuestros deseos, de nuestras devociones, Comuniones y demás obras piadosas, el cumplimiento de la Voluntad Divina. Éste debe ser el norte y mira de nuestra oración: el impetrar la gracia de hacer lo que Dios quiera de nosotros.

Para esto hemos de pedir la intercesión de nuestros Santos protectores, y especialmente de María Santísima, para que nos alcance luces y fuerzas, con el fin de que se conforme nuestra voluntad con la de Dios en todas las cosas, y sobre todo en las que repugnan a nuestro amor propio. Decía San Juan de Ávila: “Más vale un ‘bendito sea Dios’, dicho en la adversidad, que mil acciones de gracias en los sucesos prósperos.”

Todas tus desventuras han procedido de no querer rendirte a la Santa Voluntad de Dios. Ahora dale tu voluntad toda, y pide al Señor acogerla, y unirla de tal modo a su amor, que no pueda rebelarse otra vez. Ama a Dios y glorifícale, y, animado por el deseo de alcanzar altísimos méritos y salvar muchísimas almas, ofrécete



enteramente a Él, para que disponga de ti y de todas tus cosas como le agrade, y en todo resígnate gustoso a su Santísima Voluntad, en lo cual se cifra tu salvación.

Menester es conformarnos con la voluntad divina, no sólo en las cosas que recibimos directamente de Dios, como son las enfermedades, las desolaciones espirituales, la pérdida de hacienda o de parientes, sino también en las que proceden sólo mediatamente de Dios, que nos la envía por medio de los hombres, como la deshonra, desprecios, injusticias y toda suerte de persecuciones. Y adviértase que cuando se nos ofenda en nuestra honra y se nos dañe en nuestra hacienda, no quiere Dios el pecado de quien nos ofende o daña, pero sí la humillación o pobreza que de ello nos resulta. Cierto es, pues, que cuanto nos sucede, todo acaece por la divina voluntad. Los bienes y los males, la vida y la muerte vienen de Dios. Después de sufrir una terrible persecución de parte de los paganos en Éfeso, San Pablo dijo: “Esto fue todo permitido por Dios, a fin de que no pusiéramos nuestra confianza en nosotros, sino en Él, que tiene poder hasta para resucitar a los muertos.” Todo, en suma, de Dios procede, así los bienes como los males, queridos o permitidos por Él.

Se llaman males ciertos accidentes, porque nosotros les damos ese nombre, y en males los convertimos, pues si los aceptásemos como es debido, resignándonos en manos de Dios, serían para nosotros, no males, sino bienes. Las joyas que más resplandecen y avaloran la corona de los Santos son las tribulaciones aceptadas por Dios, como venidas de su mano.

Cuando supo el santo Job que los sabeos le habían robado los bienes, no dijo: “El Señor me lo dio y los sabeos me lo quitaron,” sino: “El Señor me lo dio todo; el Señor me lo ha quitado: Se ha hecho lo que es de su agrado: Bendito sea el nombre del Señor.” Y diciéndolo, bendecía a Dios, porque sabía que todo nos sucede por la divina voluntad.

La Revolución Comunista en Rusia de 1917 y la implantación por Lenin del maldito y tiránico régimen comunista en octubre de 1917, fue todo permitido por Dios, en castigo a las grandes injusticias de la nobleza y de la burguesía y a los muchos pecados del pueblo ruso en general. Igualmente, la Tercera Guerra Mundial será permitida por Dios para descargar su Santa Ira sobre el mundo impío; lo mismo que hizo Él directamente en otra ocasión con el Diluvio Universal.

El Papa San Pedro II dijo: “Podéis daros una idea de la maldición divina que pesa actualmente sobre la humanidad corrompida. Este diluvio universal de la herejía y del pecado, en todas sus clases y malicias es, por permisión divina, el mayor castigo que hasta ahora ha caído sobre el universo, ya que es inmensamente superior a cualquier mortandad corporal, por muy numerosa que sea. A su vez, este diluvio de la perversidad humana, está reclamando incesantemente el diluvio del fuego exterminador que caerá sobre la tierra.”

Los santos mártires Epicteto y Atón, atormentados con garfios de hierro y hachas encendidas, exclamaban: “Señor, hágase en nosotros tu santa voluntad,” y al morir, éstas fueron sus últimas palabras: “¡Bendito seas, oh Eterno Dios, porque nos diste la gracia de que en nosotros se cumpliera tu Voluntad Santísima!”

Refiere Cesario que cierto monje, aunque no tenía vida más austera que los demás, hacía muchos milagros. Maravillado el abad, le preguntó qué devociones practicaba. Respondió el monje que él, sin duda, era más imperfecto que sus hermanos, pero que ponía especial cuidado en conformarse siempre y en todas las cosas con la divina Voluntad. Replicó el abad: “Y aquel daño que el enemigo hizo en nuestras tierras, ¿no te causó pena alguna?” Dijo el monje: “¡Oh Padre!, antes doy gracias a Dios, que todo lo hace o permite para nuestro bien,” respuesta que descubrió al abad la gran santidad de aquel buen religioso.

Lo mismo debemos nosotros hacer cuando nos sucedan cosas adversas: recibámoslas todas como venidas de la mano de Dios, no sólo con paciencia, sino con alegría, imitando a los Apóstoles, que se complacían en ser maltratados por amor de Cristo: “se retiraron de la presencia del consejo muy gozosos por haber sido dignos de sufrir afrentas por su Divino Maestro.” Pues ¿qué mayor contento puede haber que sufrir alguna cruz y saber que abrazándola complacemos a Dios?

Si queremos vivir en continua paz, procuremos unirnos a la voluntad divina y decir siempre en todo lo que nos acaezca: “Señor, si así te agrada, hágase así.” A este fin debemos encaminar todas nuestras meditaciones, Comuniones, oraciones y visitas al Señor Sacramentado, rogando continuamente a Dios que nos conceda esa preciosa conformidad con su voluntad divina.

Y ofrezcámonos siempre a Él, diciendo: ‘Vedme aquí, Dios mío; haced de mí lo que os agrade.’ Santa Teresa se ofrecía al Señor más de cincuenta veces diariamente, a fin de que dispusiese de ella como quisiera.

Entrega tu voluntad toda al divino Rey de tu alma, de modo que no desees ni quieras sino lo que Dios quiera, y que haga de ti lo que le agrade. Bien sabes cuánto le has ofendido oponiéndote a su santa Voluntad, y de ello arrepíentete de corazón. Mereces castigo, no lo rechaces sino acéptalo, rogándole solamente que no te imponga la pena de privarte de su amor. ¡La Voluntad divina, sea tu norte y guía, tu amor y tu paz! En ella desea descansar y vivir. Di en todos los sucesos de tu vida, que nada quieras sino lo que desee Dios; cúmplase en ti su Voluntad: ‘Fiat volúntas tua,’ a ejemplo de nuestra Madre celestial que dijo “hágase en Mí según tu palabra”.

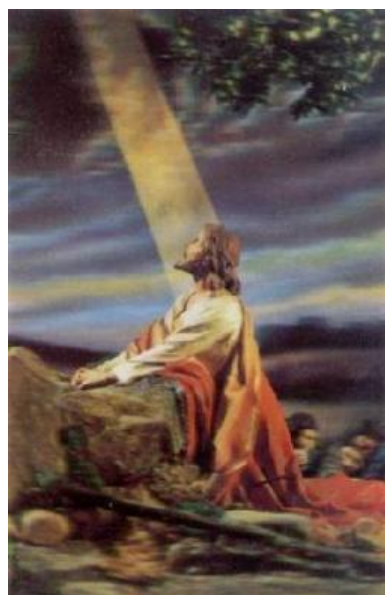
El que está unido a la divina Voluntad disfruta, aun en este mundo, de admirable y continua paz. El que de verdad ama la Voluntad de Dios, no se contrista por cosa que le acontezca; porque el alma se contenta y satisface al ver que sucede todo cuanto desea; y el que sólo quiere lo que quiere Dios, tiene todo lo que puede desear, puesto que nada acaece sino por efecto de la divina Voluntad.

El alma resignada, dice Salviano, si recibe humillaciones, quiere ser humillada; si la combate la pobreza, se complace en ser pobre; en suma: quiere cuanto le sucede, y por eso goza de vida venturosa. Padece las molestias del frío, del calor, la lluvia o el viento, y con todo ello se conforma y regocija, porque así lo quiere Dios. Si sufre pérdidas, persecuciones, enfermedades y la misma muerte, quiere estar pobre, perseguido, enfermo; quiere morir, porque todo eso es Voluntad de Dios.

El que así descansa en la divina Voluntad y se complace en lo que el Señor dispone, se halla como el que estuviera sobre las nubes del cielo y viera bajo sus plantas furiosa tempestad sin recibir él perturbación ni daño. Ésta es aquella paz que supera a todas las delicias del mundo; paz continua, serena, permanente, inmutable. El pecador es mudable como la luz de la luna, que hoy crece y otros días mengua. Hoy le vemos reír; mañana, llorar; ora se muestra alegre y tranquilo; ora afligido y furioso. Cambia y varía, en fin, como las cosas prósperas o adversas que le suceden. Pero el justo, como el sol, se mantiene en su ser con igualdad y constancia. Ningún acontecimiento le priva su dichosa tranquilidad, porque esa paz de que goza es hija de su conformidad perfecta con la voluntad de Dios. “En la Tierra paz a los hombres de buena voluntad.”

“Que yo quiera lo que Dios quiere que quiera; que yo hable como Dios quiere que hable; que yo obre como Dios quiere que obre. Esta es mi única aspiración.” Así decía San Pedro Poveda.

Santa María Magdalena de Pazzi no bien oía nombrar “Voluntad de Dios,” sentía consolación tan profunda, que se quedaba sumida en éxtasis de amor. Con todo, nuestra naturaleza humana no dejará de hacernos sentir algún dolor en las cosas adversas; pero en la voluntad del alma, si está unida a la de Dios, reinará siempre profunda e inefable paz. “Ninguno os quitará vuestro gozo.” (Evangelio).



Indecible locura es la de aquellos que se oponen a la Voluntad de Dios. Lo que Dios quiere se ha de cumplir seguramente. Los desventurados que resisten a la Divina Voluntad, tienen por fuerza que llevar su cruz, aunque sin paz ni provecho.

¿Y qué otra cosa desea Dios para nosotros sino nuestro bien? Quiere que seamos santos para hacernos felices en esta vida y bienaventurados en la otra. Penetrémonos de que las cruces que Dios nos envía cooperan a nuestro bien, y de que ni los mismos castigos temporales vienen para nuestra ruina, sino a fin de que nos enmendemos y alcancemos la eterna felicidad.

Dios nos ama tanto, que no sólo desea nuestra salvación, sino que se muestra solícito para procurárnosla. ¿Y qué nos ha de negar quien nos dio a su mismo Hijo?

Abandonémonos, pues, siempre en manos de Dios, que jamás deja de atender a nuestro bien. “Piensa tú en Mí, que Yo pensaré en ti,” decía el Señor a Santa Catalina de Siena. Digamos siempre como la Esposa: ‘Mi amado para mí, y yo para Él. Mi amado se ocupa de mi bien, y yo no he de pensar más que en complacerle y unirme a su santa Voluntad.’

No debemos pedir, decía el santo Abad Nilo, que haga Dios lo que deseamos, sino que nosotros hagamos lo que Él quiera. Quien así proceda tendrá venturosa vida y santa muerte. El que muere resignado por completo a la divina Voluntad nos deja certeza moral de su salvación. Mas el que no vive así unido a la Voluntad de Dios, tampoco lo estará al morir, y así ¿cómo se salvará?

Procuremos, pues, familiarizarnos con ciertos pasajes de la Sagrada Escritura, que sirven para conservarnos en esa unión incomparable: “Señor, ¿qué quieres que haga?": Dime, Señor, lo que quieres que haga, pues yo deseo hacerlo; he aquí a tu siervo: manda y serás obedecido. “Guíame por la senda de tus mandatos, porque esa es la que deseo seguir.” “Mi gozo sólo lo hallo en tu Ley.” “Hacer tu voluntad, Dios mío, me deleita, y tu Ley está en mi corazón.” Señor, haz de mí lo que quieras; tuyo soy, y no mío.

Y cuando nos suceda alguna adversidad, digamos en seguida: “Hágase así, Dios mío, porque así lo quieres.” Especialmente, no olvidemos la tercera petición del Padrenuestro: “Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el Cielo.” Digámosla a menudo, con gran afecto, y repitémosla muchas veces. ¡Dichosos nosotros si vivimos y morimos diciendo: ‘Fiat volúntas tua!’

Jesús, tu Redentor, dio en la cruz la vida a fuerza de dolores y con tanto amor para salvarte y redimirte, para que no vayas a odiarle eternamente en el infierno. Nada dejó de hacer para obligarte a amarle, como nos lo manifestó cuando antes de expirar en el Calvario dijo aquellas amorosas palabras: “Todo está consumado.” ¿Y

cómo has correspondido a su amor? Quizás por tu parte no has omitido nada para ofenderle y obligarle a que te aborreciera. Dale gracias por la paciencia con que te ha sufrido y por el tiempo que te concede para que repares tu ingratitud y le ames y sirvas antes de morir. Amarle debes, sí, y hacer cuanto quisiere; y darle toda tu voluntad, tu libertad y todas tus cosas. Desde ahora conságrale tu vida y acepta la muerte que te envíe, con todos los dolores y circunstancias que la acompañen, uniendo este sacrificio al gran sacrificio de su vida que tu Jesús hizo en la cruz por ti. Desea morir para que se cumpla su voluntad. Pídele, por los merecimientos de su Sacratísima Pasión, darte la gracia de que estés tú en esta vida resignado y conforme siempre con sus disposiciones, y en la hora de tu muerte que el Señor haga que la abrace y recibas con entera conformidad a su Voluntad santísima. Desea morir para complacerle a Jesús; morir diciendo: 'Fiat volúntas tua.' Que María, Madre nuestra, que siempre abrazó la Voluntad Divina, te alcance la inefable dicha de que mueras así, por intercesión del Santísimo José, Patrón de la buena muerte. En fin, repetimos: Desde ahora acepta de la mano de Dios, con ánimo conforme y gustoso, cualquier género de muerte que quiera darte, con todas sus amarguras, penas y dolores.

Este año, debido a las restricciones impuestas por los gobiernos, no ha sido posible celebrar todas las peregrinaciones como de costumbre. Sin embargo, Nos, mediante la presente Carta Apostólica, llamamos a todos los fieles de la Iglesia Una, Santa, Católica, Apostólica y Palmariana, para que, los que tengan la posibilidad, acudan en peregrinación a este Sagrado Lugar el próximo día 12 de octubre, Fiesta de Nuestra Madre del Palmar Coronada, Iluminadora de los Santos Concilios Palmarianos; y Fiesta de la Santa Faz de Nuestro Señor Jesucristo, Luz y Fortaleza de los Crucíferos Palmarianos; y el día 13 de octubre, Fiesta del Corpus Christi; el Cuerpo de Cristo, Pan de los Ángeles, descendido de los Cielos en el Altar del Sacrificio Eucarístico. Recordad también que el día 11 de octubre, habrá la ceremonia de Adoración a la Santa Faz, que tendrá lugar, Dios mediante, a las 11.30. Que vengan todos los miembros de la Santa Iglesia que puedan, para postrarse delante de la Santa Faz de Nuestro Señor Jesucristo en este glorioso Año Santo de la Santa Faz. Aprovechad bien las oportunidades que tengáis para venir, porque no sabemos si habrá muchas más.

Dado en El Palmar de Troya, Sede Apostólica, día 29, Fiesta de los Apóstoles San Pedro I Magnísimo y San Pablo Magno, y Día del Papa, junio del MMXX, Año de Nuestro Señor Jesucristo y quinto de Nuestro Pontificado.

Con Nuestra Bendición Apostólica,
Petrus III, P.P.
Póntifex Máximus.



Petrus III P.P.